BERNARD SAHW

a otra Isla de John Bull

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ

Copyright, by Julio Broutá, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
L. T. BORRAS

N.º de la procedencia
2366.

LA OTRA ISLA DE JOHN BULL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BERNARD SAHW

LA OTRA ISLA DE JOHN BULL

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

PERSONAJES

LARRY DOYLE.
TOMÁS BROADBENT.
NORA CRYNA.
CORNELIO DOYLE.
PADRE DEMPSEY.
MR. KEEGAN.
JUDIT DOYLE.
MATEO HAFFIGAN.
BARNEY DORAN.
DOOLAN.
HODSON.
PATSY FARRELL.

Varios vecinos

La acción pasa en nuestros días en Londres y en Roscullen, pequeña población irlandesa

ACTO PRIMERO

Great George Street, Westminster, esas son las señas de Doyle y Broadbent, ingenieros civiles. En la puerta se lee que la casa consta de Mr. Laurence Doyle y Mr. Thomas Broadbent, y que sus habitaciones se encuentran en el piso primero. La mayor parte de esas habitaciones son particulares, porque los dos socios, siendo solteros y amigos íntimos, viven allí; y la puerta con un letrero que dice: «Particular», junto á la oficina de los empleados, da al cuarto que sirve de sala lo mismo para su comodidad personal como para recibir á los clientes. Describámosla brevemente desde el punto de vista de un gorrión puesto en el alfeizar de la ventana. La puerta exterior está en la pared de enfrente, junto al rincón de la derecha. Entre esa puerta y el rincón de la derecha hay un perchero y una mesa larga de dibujar cargada de planos, instrumentos, papel de dibujar y calcar y otros accesorios por el estilo. En la pared de la izquierda está la chimenea y la puerta de un cuarto interior entre dicha chimenea y nuestro gorrión observador. Contra la pared de la derecha hay una especie de aparador, con copas en él, y, más cerca, una mesa alta con un taburete. En el centro de la habitación una gran mesa ministro doble con una silla en cada lado. Es una habitación que ninguna mujer toleraría, oliendo á tabaco y muy necesitada de ser empapelada, pintada y alfombrada de nuevo; pero esto es el efecto del descuido y la indiferencia de solteros, no de la falta de medios; porque nada de lo que Doyle y Broadbent compraron ellos mismos es barato, ni nada de lo que necesitan falta. En las paredes hay un mapa

720950

grande de la América del Sur, un cartel anunciador de una compañia de vapores trasatlánticos, un hermoso retrato de Gladstone, y algunas caricaturas de Mr. Balfour bajo la forma de un conejo, y de Mr. Chamberlain representado como zorro por Francis Carruthers Gould.

A las cinco menos veinte de una tarde del verano de 1904, la habitación está vacía. Actualmente la puerta al pasillo está abierta, y entra un criado con un gran saco de mano y unas mantas de viaje con sus correas. Lo lleva todo al cuarto interior. Es un criado respetable, de bastante edad para haber perdido toda petulancia y haber adquirido cierto aire reposado y tranquilo. El equipaje pertenece á Broadbent quien entra detrás del criado. Se quita el gabán y el sombrero y los cuelga del perchero. Luego avanza hacia la mesa de escribir y echa una mirada á las cartas que allí le esperan. Es un hombre robusto, de buen color, enérgico, en la mejor edad, á veces anheloso y crédulo, á veces malicioso y regañón, otras veces portentosamente solemne, otras jovial é impetuoso, siempre boyante é irresistible, las más veces amable y enormemente absurdo en sus momentos más serios. Abre las cartas con el pulgar y echa una mirada rápida á su contenido, tirando los sobres sin cuidado por el suelo mientras habla con el criado.

Broad. (Llamando.) Hodson.

Hodson (Desde el dormitorio.) Mande.

Broad. Deja el equipaje listo. Recoge esos papeles y deja todo limpio.

Hodson (Haciendo su aparición en la puerta del dormitorio.) Bien, señor. (Vuelve á entrar en el dormitorio.)

Broad. Y oye. (Hodson vuelve otra vez.) ¿Recuerdas dónde puse mi revólver?

Hodson ¿Su revólver? ¡Ah! sí. Mr. Doyle lo emplea como peso cuando está dibujando.

Broad. Bien; hay que meterlo en el equipaje. Habrá por algún sitio una caja de cartuchos, supongo. Búscala y métela también.

Hodson Bien, señor.

Broad. De paso hazte también el equipaje para tí. Te voy á llevar conmigo en este viaje.

Hodson (Vacilando.) Señor, ¿es un sitio peligroso á donde va usted? ¿Tendré yo también que llevar un revólver?

Broad. Tal vez no esté demás. Vamos á Irlanda.

Hodson (Ya tranquilo.) ¡Ah! bien, señor.

Broad. ¿Supongo que no tendrás miedo?

Hodson Nada, señor.

Broad. ¿Has estado alguna vez en Irlanda?

Hodson No, señor. Según tengo entendido, es un clima muy húmedo. Meteré en el equipaje sus impermeables.

Broad. Bueno, sí. ¿Dónde está Mr. Doyle?

Hodson Le espero para las cinco, señor. Salió después del almuerzo.

Broad. ¿No ha venido nadie preguntando por mí?

Hodson Un individuo que se llama Haffigan vino dos veces.

Broad. Caramba, lo siento. ¿Por qué no esperó? Le dije que esperara si yo no estaba.

Hodson Dispense usted, que yo no sabía si le esperaba. Así es que no... no le animé.

Broad. Es buena persona. Algo descuidado en su modo de vestir.

Hodson Sí, señor; ya noté que era irlandés.

Broad. Si vuelve á presentarse déjale pasar.

Hodson Me parece que le ví pasearse delante de la puerta cuando usted subió. ¿Quiere usted que vaya á buscarle?

Broad. Sí, hombre.

Hodson Voy. (Va hacia la puerta del pasillo.)

Broad. Querrá tomar té. Procura que lo tengamos.

Hodson (Parándose.) No creo que le gustará té, señor.

Broad. Bueno, trae lo que te parezca.

Hodson Perfectamente. (Suena un timbre eléctrico.) Ya está aquí. Le habrá visto á usted llegar.

Broad. Bien, que pase. (Hodson sale. Broadbent despacha rápidamente el resto de sus cartas antes de que Hodson vuelva con la visita.)

Hodson (Anunciando.) Mr. Haffigan.

(Haffigan es un hombre de unos treinta años, enclenque, de cuello corto, de cabeza estrecha, de pelo rojo, narices rojas también y ojos furtivos. Viste un traje negro astroso, casi clerical, y podría ser tomado por un maestro de escuela de ínfima clase echado á perder por la bebida. Se apresura á apretar la mano de Broadbent con demostraciones de franca alegría y humor jovial realzado aun por su cómico acento irlandés parecido al que se habla en el teatro. Esto tal vez le favorece algo, porque se ve abocado á los horrores del «delirium tremens».)

Tim Tim Haffigan, caballero, para servir á usted. Muy buenos días, Mr. Broadbent.

Broad. (A quien divierte su visita irlandesa.) Muy buenas tardes, Mr. Haffigan.

Tim ¿Pero ya es la tarde? Yo llamo mañana todo el tiempo que precede al almuerzo.

Broad. ¿No ha almorzado usted?

Tim Las ganas.

Broad. Siento no haber podido volver de Brighton á tiempo para invitarle á usted á almorzar conmigo, pero...

Tim Ni una palabra más, caballero, ni una palabra más. Ya almorzaré mañana. Además, soy irlandés, la comida no me llama la atención, pero mi fuerte es el beber.

Broad. Iba precisamente á mandar subir el té cuando llegó usted. Siéntese, Mr. Haffigan.

Tim El té es una buena bebida para quien tiene buenos nervios. Los míos no lo resisten.

(Haffigan se sienta á la mesa de escribir, de espaldas al aparador. Broadbent está sentado en frente de él. Hodson entra con las manos ocupadas; toma dos vasos, un sifón y una botella de whisky del aparador, coloca todo delante de Broadbent en la mesa de escribir; mira fijamente á Haffigan, que no acierta á cruzar con él la mirada, y se retira.)

Broad. Pruebe usted con whisky y soda.

Tim (Tranquilizado.) Ahí ha dado usted con la flaqueza nacional, caballero. (Hipócritamente.) Y no es que yo la comparte. He visto demasiado los estragos que causa.

Broad. (Echando el whisky.) Usted dirá cuando sea bastante.

Tim No demasiado fuerte. (Broadbent para de echar y le mira interrogativamente.) Digamos mitad y mitad. (Broadbent, algo extrañado por semejante respuesta, echa un poco más y vuelve á pararse y á mirarle.) Una gota más: la mitad superior del vaso debe ser igual á la que está llena. Gracias.

Broad. (Riendo.) No se puede negar que ustedes los irlandeses entienden lo que es beber. (Echando un poco de whisky para sí mismo.) Ahora esta es mi pobre idea inglesa de un whisky con soda.

Tim Y también es una idea muy buena. La be-

bida es la maldición de mi desgraciado país. Yo bebo porque tengo el corazón débil y mala digestión, pero en principio soy abstemio.

Broad. (De repente solemne y enérgico.) Eso soy yo, naturalmente. Soy opcionista local hasta la médula de los huesos. No tiene usted una idea, Mr. Haffigan, de cuantas ruinas causa á este país la malhadada alianza de los republicanos, los obispos, los tories y el *Times*. Hay que cerrar los cafés á toda costa. (Bebe.)

Tim Ya lo creo. Es terrible. (Bebe.) Veo que es usted un buen liberal como yo.

Broad. Soy un amante de la libertad, como todo verdadero inglés, Mr. Haffigan. Me llamo Broadbent. Si me llamara Breitstein y tuviese una nariz corva y una casa en Park Lane, llevaría un pañuelo de marinero y una trompetita de á penique y pondría contribuciones á la comida del pueblo para sacar para la Liga Naval, y clamaría por la destrucción de los últimos restos de la libertad nacional.

Tim Ni una palabra más. Venga esa mano.

Broad. Pero yo quisiera explicarle...

Tim Sé todo lo que usted me va á decir. Sé qué clase de persona es usted. ¿De modo que piensa usted ir á pasar una temporada en Irlanda?

Broad. ¿A dónde quiere usted que vaya? Soy inglés y liberal, y ahora que el Africa del Sur ha sido esclavizado y destruído, no hay país ya por el que podría interesarme sino Irlanda. Entiéndase: no quiero decir que un inglés no tenga otros deberes. Tiene el deber de preocuparse por Finlandia y por Macedonia. Pero, ¿qué persona de juicio podrá negar que el primer deber de un inglés es preocuparse por Irlanda. Desgraciadamente tenemos aquí políticos menos escrupulosos aun que Bobrikoff, más sanguinarios que Abdul el Maldito; y debajo de su planta Irlanda está retorciéndose.

Tim Verdad como un templo, y todavía se atreven á censurar al pobre Bobrikoff.

Broad. No es que yo quiera defender el asesinato; Dios me guarde. Pero estamos todos convencidos de que el desgraciado y patriótico joven que vengó los agravios de Finlandia matando al tirano ruso, tenía perfecta razón desde su punto de vista, por más que toda persona civilizada debe aborrecer el matar. Ni aun para defender el libre cambio levantaría yo la mano contra un adversario político por mucho que lo hubiese merecido.

Tim Estoy seguro de que no; y por ello le estimo. ¿De modo que piensa usted ir á Irlanda á algún negocio, fuera de la simpatía que le inspira aquella tierra?

Broad. Pienso allí poner en explotación unos terrenos para el Sindicato del Desarrollo de las Tierras en el que estoy interesado. Estoy convencido que lo único que hace falta para obtener rendimientos es manejar aquello como es debido, como se explotan las tierras en Inglaterra. ¿Conoce usted el sistema inglés, Mr. Haffigan, ó no lo conoce?

Tim Vaya si lo conozco: sacar de Irlanda todo lo que se pueda y gastarlo en Inglaterra, ¿no es eso?

Broad. (No muy encantado de la respuesta.) Mi plan, caballero, consistirá en sacar algún dinero de Inglaterra y gastarlo en Irlanda.

Tim Que la suerte le acompañe y que gane usted mucho, es lo que le deseo, porque es usted un gran hombre. ¿Y cómo puedo ayudarle? Mande como guste y disponga hasta de mi última gota de sangre.

Broad. ¿Oyó usted hablar alguna vez de la ciudad de los jardines?

Tim (Dudando.) ¿Quiere usted decir el cielo?

Broad. ¡El cielo! No: está cerca de Hitchin. Si puede usted disponer de media hora le llevaré á usted allí.

Tim Le diré. Deme un prospecto y déjeme llevarlo á casa y examinarlo.

Broad. Tiene usted razón, es lo que haré. (Le da un ejemplar del libro de Mr. Ebenezer Howard y algunos folletos.) Comprenderá usted que el dibujo de la ciudad, la construcción de la ciudad, es sólo un proyecto.

Tim Todo lo examinaré con cuidado. (Mirando el dibujo con aire estúpido.)

Broad. Lo que yo digo es ¿por qué no edificar una ciudad de los jardines en Irlanda?

Tim (Con entusiasmo) Esa pregunta la tenía ya precisamente en la punta de la lengua. ¿Por qué no? (Retador.) Dígame por qué no.

Broad. Ofrece dificultades. Las venceré, pero existen. Al principio de llegar allí me odiarán como inglés. Como protestante seré denunciado desde todos los púlpitos. Tal vez mi vida corra peligro. Pero, no importa, estoy decidido á afrontarlo todo.

Tim No tema usted, caballero. Sabemos respetar á un enemigo valiente.

Broad. Lo que realmente temo es no ser comprendido. Creo que usted puede ayudarme á evitarlo. Al oirle á usted hablar el otro día en Bermondsey en el mitin de la Liga Nacional, ví desde luego que usted era... dispense si hablo francamente.

Tim Dígame todos mis defectos como de hombre á hombre. Puedo soportarlo todo, menos la adulación.

Broad. Pues bien; ví que usted era un irlandés de cuerpo entero, con todos los defectos y todas las cualidades de su raza, vivo é imprevisor, pero valiente y de buen corazón, sin capacidad para los negocios estando solo tal vez, pero elocuente, chistoso, amante de la libertad y un fiel partidario de aquel gran inglés Gladstone.

Tim No me haga enrojecerme por alabarme así en mi cara. Pero confieso que tengo buen corazón, es una flaqueza irlandesa. Partiría mi último chelín con un amigo.

Broad. Estoy convencido de ello, Mr. Haffigan.

Tim (Impulsivo.) Caramba, llámeme Tim. Un hombre que habla de Irlanda como usted, puede llamarme como quiera. Venga esa botella de whisky. (Vuelve á llenar su copa)

Broad. (Sonriendo con indulgencia.) Bien, Tim, ¿irá usted conmigo y me ayudará á romper el hielo entre sus impulsivos y generosos compatriotas y yo?

Tim A Madagascar y á Cochinchina iría yo con

usted, hasta el Polo Norte, con tal de que pague usted los gastos del viaje, pues yo no tengo ni para un billete de tercera clase.

Broad. He pensado también en eso, Tim. Ese pequeño detalle lo ajustaremos seriamente, á la inglesa, aunque el resto de nuestros tratos sea todo lo irlandés que á usted plazca. Irá usted como mi... mi... pues casi no sé cómo decir. Si le llamo mi agente le recibirán á tiros. Si le nombro mi administrador le zambullirán en el abrevadero de los caballos. Secretario ya tengo, y...

Tim Pues entonces le llamaremos á él el secretario del interior y á mí el secretario irlandés. ¿Eh?

Broad. (Riéndose de buena gana.) ¡Famoso! Su listeza irlandesa ha sabido quitar la primera dificultad. Hablemos ahora de su sueldo.

Tim ¡Sueldo ha dicho usted! ¡Ah, sí! Por cierto que con gusto lo haría todo de balde, pero me temo que no le gustaría á usted. Me vería obligado á pedir prestado dinero á sus amigos de usted, lo cual repugna á mi modo de ser. De todos modos, es inútil que me ofrezca usted más de cien libras anuales. (Mira con atención á Broadbent para ver hasta dónde puede llegarse.)

Broad. Si esto le parece bastante...

Tim (Más que tranquilizado.) ¿Por qué no había de parecerme bastante? Cien libras al año son doce al mes, ¿no es así?

Broad. No; son ocho libras, seis chelines y ocho peniques.

Tim ¡Dios de Dios! Y yo que tendré que mandarle cinco á mi pobre madre en Irlanda. Pero no importa; dije ciento y á ello me atengo, aunque me muera de hambre.

Broad. (Con precaución de hombre de negocios.) Bien; digamos doce libras por el primer mes. Luego veremos cómo seguimos.

Tim Usted es todo un caballero. Cuando se muera mi madre me vuelve usted á quitar las cinco libras, porque en eso de los gastos hay que andar con pies de plomo, y... (Es interrumpido por la llegada del socio de Broadbent.)

(Mr. Laurence Doyle es un hombre de treinta y seis

años, de ojos grises fríos, nariz estrecha, labios desdeñosos finos, cejas críticas, cabeza lista, algo refinado y de aspecto bondadoso en conjunto, pero con un rasgo de sensibilidad y de descontento que contrasta fuertemente con el aire de satisfacción jovial de Broadbent.

Entra como quien viene á casa, pero al ver al extraño se queda parado y está á punto de retirarse, cuando Broadbent le tranquiliza. Él entonces avanza hacia la mesa, por entre los otros dos.)

Doyle (Retrocediendo.) Está usted ocupado.

Broad. Nada de eso. Entre usted, hombre. (A Tim.) Este caballero es un amigo que vive aquí conmigo, mi socio, Mr. Doyle. (A Doyle.) Este señor es un nuevo amigo mío irlandés, míster Haffigan.

Tim (Levantándose con efusión.) ¡Oh! tenga usted la completa seguridad de que me llena de satisfacción el encontrarme con un amigo de Mr. Broadbent. Muy buenos días, caballero. Mi corazón pertenece á los dos. Pocas veces he tenido ocasión de topar con dos ejemplares tan magníficos de la raza anglosajona.

Broad. (Con una carcajada.) Ahí no va usted bien, Tim. Mi amigo Mr. Doyle es paisano de usted.

(Tim queda visiblemente contrariado por esas palabras. Al punto recoge velas y mira de reojo á Doyle con un aire fingido de camaradería, y se inclina con humilde cortesía, no desprovista de temor.)

Doyle (Con fría repugnancia.) Buenas tardes. (Se retira hacia la chimenea y dice á Broadbent en un tono que indica á Haffigan con toda claridad que está demás.) ¿Va usted á concluir pronto?

Tim (Con una voz que se esfuerza en ser amable, aunque aguardentosa.) Tengo que marcharme, caballero, que tengo una cita importante en West End.

Broad. (Levantándose.) Quedamos, pues, en que irá usted conmigo.

Tim Tendré mucho gusto en ello, caballero.

Broad. Pero tiene que ser pronto. ¿Puede usted ponerse en camino esta noche, desde Paddington? Vamos por Milford Haven.

Tim (Vacilando.) Bien, pero... yo... (Doyle entra bruscamente en el dormitorio dando un portazo y crispando los nervios de Tim. El pobre miserable sólo se evi-

ta estallar en lágrimas, volviendo á su papel de irlandés impertérrito. Se precipita hacia Broadbent, le coge de la manga con dedos temblorosos y formula su súplica con todo el deje irlandés de que dispone, bajando la voz para que Doyle no vuelva acaso y le oiga.) Mister Broadbent, no me abochorne delante de un paisano. Míreme, mi traje está hecho pedazos, deme usted un billete de cinco libras... le pagaré á usted el martes que viene cuando reciba fondos, ó me lo descuenta usted de mis mensualidades. Estaré puntual en el andén de Paddington. Démelo pronto antes de que vuelva. Y dispense que le haga esta petición.

Broad. Nada, hombre; iba yo precisamente á ofrecerle un anticipo para los gastos de viaje. (Le da un billete de Banco.)

Tim (Metiéndoselo en el bolsillo.) Muchas gracias. Estaré allí media hora antes de la marcha del tren. (Se oye á Doyle en el dormitorio con pasos que se acercan.) Vaya, vuelve ese señor. Adiós, y usted lo pase bien. (Sale precipitadamente casi llorando, porque el billete de cinco libras y toda la bebida que supone son demasiado para su estómago vacío y sus nervios sobreexcitados.)

Doyle (Volviendo.) ¿Dónde, demonio, ha recogido usted á ese golfo desarrapado? ¿Qué tiene que hacer aquí? (Va hacia la mesa donde están los planos y apunta algo en uno de ellos, consultando al mismo tiempo su cuaderno de apuntes.)

Broad. Ya le veo venir. ¿Por qué tiene usted esa manía á todo irlandés con quien tropieza, sobre todo si su traje está algo destrozado? Pobre diablo, ¿por qué ofenderse cuando le saluda á usted tan amablemente, aunque le haya salido el brillo en los codos?

Doyle (Despreciativo.) Como si lo viera, primero le dió á usted los buenos días, aunque ya es tarde. Luego ha dicho que es usted un gran hombre. (Se acerca á la mesa de escribir.)

Broad. (Triunfante.) Sí.

Doyle Y dijo que Dios le bendijera á usted.

Broad. Eso.

Doyle Y que la buena sombra le acompañe.

Broad. Precisamente.

Doyle (Levantando la botella de whisky casi vacía y me-

neando la cabeza.) Y se trincó media pinta de whisky.

Broad. No le hizo daño. No se le notaba nada.

Doyle ¿Cuánto dinero le pidió prestado?

Broad. Pedir prestado no es lo exacto. En cuestiones de dinero me parece muy honrado. Estoy seguro que partiría su último chelín con un amigo.

Doyle No dudo que partiría el último chelín de un amigo, si ese amigo fuese bastante tonto para permitírselo. Vamos, ¿cuánto le sacó á usted?

Broad. Nada, un anticipo sobre su sueldo... para gastos de viaje.

Doyle ¡Sueldo ha dicho usted! En el nombre de... Sueldo ¿para qué?

Broad. Por ser mi secretario del interior, como lo llamó muy chistosamente.

Doyle No le veo el chiste.

Broad. Cualquier chiste deja de serlo considerándolo con sangre fría. A mí me pareció bien cuando lo oí. Era gracioso aquello de... de secretario del interior y secretario irlandés. De todos modos me parece el hombre más conveniente para llevármelo á Irlanda, con el fin de que rompa el hielo para mí. Puede inspirar confianza á la gente de allí y hacer que me miren con buenos ojos. ¿No? (Se sienta en el taburete alto y encorva la espalda de modo que el ángulo de la mesa sostiene todo un lado de su cuerpo.)

Doyle ¡Por vida de ..! Magnífico acompañamiento. Pero ¿usted se figura que toda la población de Irlanda se compone de escribientes cesantes borrachos y, aunque así fuera, cree usted que valdría para algo la recomendación de uno de ellos para los demás?

Broad. ¡Bah, tonterías! no es más que un irlandés. ¿Cree usted en serio que Haffigan haya tratado de engañarme?

Doyle No, es demasiado perezoso para tomarse esa molestia. Lo único que tuvo que hacer es sentarse aquí y beberse el whisky de usted mientras usted se engañaba á sí mismo. Sea lo que quiera, no necesitamos hablar más de Haffigan, por dos razones: primera, con

el dinero de usted en el bolsillo no llegará jamás á Paddington, hay demasiadas tabernas en el camino; segunda, él no es irlandés, ni Cristo que lo fundó.

Broad. ¡Que no es irlandés! (Queda tan atónito que bruscamente se levanta del taburete.)

Doyle Nació en Glasgow. En su vida ha estado en Irlanda. Conozco todo lo que se refiere á él.

Broad. Pero si él habló... en fin, se portó como un irlandés legítimo.

Doyle ¡Como un irlandés! ¿Es posible que usted ignore que todas esas locuciones que empleó son tan particulares de Inglaterra como los conciertos de Albert Hall lo son de la música irlandesa? Ningún irlandés emplea semejantes locuciones, ni las empleó, ni las empleará. Pero cuando un irlandés sin mérito alguno viene á Inglaterra y encuentra á toda la gente llena de ilusiones románticas como usted, quien le deja haraganear y beber, vivir de gorra y darse importancia, mientras adula su sentido de superioridad moral haciéndose el tonto y degradándose á sí y á su país, pronto aprende los giros que tiene que emplear para ponerle á usted contento. Los aprende en el teatro y en los varietés. Haffigan aprendió los rudimentos de su padre, quien es oriundo de la misma parte de Irlanda que yo. Conozco á sus tíos, Matt y Andy Haffigan, de Rosscullen.

Broad. (Todavía incrédulo.) ¡Pero su deje!

Doyle ¿Su deje? Me hace gracia. Es el acento de Dublin, nada más. ¡Dios mío, no sabe usted distinguir entre Connemara y Rathmines! (Con violenta irritación.) Maldito sea ese Haffigan; hablemos de otra cosa, no vale la pena reñir por semejante individuo.

Broad. Pero ¿qué le pasa á usted hoy, Larry? ¿Por qué está usted de tan mal humor?

(Doyle le mira perplejo, se acerca despacio á la mesa de escribir y se sienta á su extremo, cerca de la chimenea, antes de contestar.)

Doyle Pues le diré. Primero su carta de usted me trastornó completamente.

Broad. ¿Por qué?

Doyle El que declare usted vencida aquella hipo

teca de Roscullen y al pobre Nick Lestrange le deje en la calle, me ha hecho impresión, porque de niño, yo quería al viejo pillo que me dejaba jugar en su parque. Se puede decir que me crié en aquella finca.

Broad. Pero él no quiere pagar la renta. No tengo más remedio que liquidar, por causa del sindicato. Ahora tengo que ir á Roscullen, para arreglarme con la finca yo. (Se sienta á la mesa de escribir en frente de Doyle y añade, al azar, pero con una mirada angustida hacia su socio.) Supongo que irá usted conmigo.

Doyle (Levantándose nervioso y volviendo á moverse intranquilo.) Eso es. Eso es lo que yo temo Eso es lo que á mí me trastorna.

Broad. Pero, ¿no está usted deseando volver á su país, después de dieciocho anos de ausencia á ver á los conocidos, á encontrarse en el antiguo hogar, á...?

Doyle (Interrumpiéndole muy impaciente.) ¡Sí, sí, si ya sé!

Broad. Hombre, bueno, (Encogiéndose de hombros.) si lo toma usted así, siento haber hablado.

Doyle No haga usted caso, Broadbent, ya sabe que mi mal humor, no va con usted. (Se vuelve á sentar un poco avergonzado de sus desplantes, reflexiona un momento con amargura, luego estalla.) Tengo una aprensión atroz contra volver á Irlanda, una aprensión tan fuerte, que antes quisiera ir con usted al polo Sur, que no á Roscullen!

Broad. ¡Parece mentira! ¡Y así habla usted, perteneciendo á una nación célebre por su amor al terruño! ¡Que antes irá usted á cualquier sitio que volver á su pueblo! No lo puedo creer. Estoy seguro de que en el fondo de su corazón ..

Doyle No le importe mi corazón: el corazón de un irlandés, no es más que su imaginación. Entre los millones de habitantes que dejaron á Irlanda, ¿cuántos volvieron ó desearon volver? Pero, ¿para qué tratar de convencerle? Tres versos sosos sobre el emigrante irlandés: «sentada en el poyo María», ó tres horas de declamaciones patrióticas irlandesas en Bermondsey ó la División de Escocia de Liverpool, le hacen á usted más efecto

que cuantos hechos reales se presenten á sus ojos. Míreme á mí, hombre de Dios. Usted sabe el mal genio que tengo, y lo cargante que soy á ratos, y que nunca estoy satisfecho y sé tentar la paciencia á mis mejores amigos.

Broad. Vamos, Larry, sea usted justo consigo mismo. Es usted muy divertido á ratos y agradable para los extraños.

Doyle Sí, para los extraños. Pero si fuese un poco más reservado para con los extraños y más cordial en casa, como un inglés, sería mejor compañía para usted.

Broad. Después de todo, nos entendemos. Usted, claro está, posee la melancolía de la raza céltica...

Doyle (Levantándose con violencia.) ¡¡Dios de bondad!!

Broad. (Burlón.) Y también su costumbre de usar un lenguaje violento cuando no hay para qué.

Doyle ¡Cuando no hay para qué! Cuando oigo hablar de la raza céltica, me dan ganas de pegar fuego á todo Londres. Esas locuciones tontas, hacen más daño que diez Actas de Coercion. ¿Se figura usted que un hombre necesita ser celta para sentir melancolía en Roscullen? ¿No sabe que Irlanda tuvo los mismos pobladores que Inglaterra y su raza se mezcló con los mismos invasores?

Broad. Verdad. Todos los que valen algo en Irlanda, son de origen inglés. Muchas veces me ha chocado como circunstancia digna de notarse, que el único partido en el parlamento que ostenta el antiguo y genuino carácter y espíritu inglés, es el partido irlandés. No hay más que fijarse en su independencia, su determinación, su desconfianza de malos gobiernos, su simpatía para con las nacionalidades oprimidas en el mundo entero. Eso es puro inglés.

Doyle Sin contar la solemnidad que emplea en hablar tonterías trasnochadas de las que sabe perfectamente que están retrasadas un siglo. Eso es puro inglés, si usted gusta.

Broad. No, Larry, no. No confunda con los híbridos modernistas que están monopolizando á Inglaterra, los hipócritas, los embusteros, los

alemanes, los judíos, los yankees, los extranjeros, toda la pandilla cosmopolita Esos no pertenecen á la vieja isla querida, sino á su maldito nuevo imperio, y ¡vive Dios! que son dignos de él y con su pan se lo coman.

Doyle (Sin inmutarse por esa salida.) Vamos. Ya está usted mejor, ¿no?

Broad. (Desconfiado.) Sí, mucho mejor.

Doyle Mi querido Tom, sólo necesita usted respirar el aire de Irlanda para volverse tan loco como soy yo. Si toda mi sangre irlandesa fuera inyectada en sus venas de usted, no cambiaría en un ápice su constitución y su carácter. Vaya usted y cásese con la inglesa más inglesa que pueda encontrar, y luego críe á su hijo en Roscullen, y el carácter de ese hijo vendrá á ser tan parecido al mío y tan desemejante al suyo, que todo el mundo me acusará de ser su padre. (Con súbita angustia.) ¡Roscullen, Dios mío, Roscullen! ¡El aburrimiento, la desesperación, la ignorancia y la mojigatería!

Broad. Lo que pasa en todos los pueblos, Larry. Aquí no hay otra cosa.

Doyle (Con viveza.) No, no, el clima es diferente. Aquí sí, la vida es gris, puede usted aburrirse también, pero el daño no es grande. (Abandonándose á un ensueño apasionado.) Pero allá el espíritu se ahoga en aquel aire espeso y húmedo, en aquellas carreteras blancas y arcillosas, en aquellos juncales brumosos y turbales pardos, en aquellas laderas de roca granítica, en aquellos páramos cubiertos de brezos y matorrales. No tienen ustedes tales colores en el cielo, tales matices en los horizontes, tales melancolías en los atardeceres. ¡Oh, los ensueños, los ensueños atormentadores que dejan el alma agotada y nunca satisfecha. (Violento.) Ningún desenfreno brutal y canallesco al que se entregue un inglés puede echarle á perder tanto como aquel soñar. La imaginación del irlandés nunca le deja en paz, nunca le convence, nunca le satisface, pero hace que jamás pueda mirar de frente la realidad, ni atacarla, ni manejarla, ni vencerla, sólo es ca-

paz de lloriquear ante los que sí lo pueden y (Con amargura) «ser agradable para con los extraños», como una mujer perdida por las calles. (Volviéndose hacia Broadbent.) Todos son ensueños, imaginación. No sabe ser religioso. El inspirado clérigo que le enseña la santidad de la vida y la importancia de la buena conducta pierde el tiempo, mientras el zafio sacerdote que le habla de milagros y de sentimentales historias de santos coge cuartos suficientes para construir una catedral. No puede ser político con inteligencia, sueña con lo que dijo Shan Van Vocht el noventa y ocho. Si quiere usted que se interese por Irlanda tendrá usted que llamar á la desgraciada isla Kathleen ó Hodihan y decir que es una viejecita. Eso ahorra el pensar. Ahorra el trabajar. Lo ahorra todo menos la imaginación, el fantasear, el soñar; y la imaginación es un tormento tal que no se puede soportar sin whisky. (Estremeciéndose de desprecio á sí mismo.) Acaba uno por lograr que no puede soportar nada real; antes se moría uno que guisar una comida, antes quiere uno ir sucio y astroso que no tener cuidado de su traje y lavarse; en casa gruñe y riñe uno porque la mujer no es un ángel, y ella le desprecia á uno porque no es uno un héroe, y uno odia á todos los que le rodean porque solo son unos pelambrones inútiles como uno. (Bajando la voz como quien hace una confesión que avergüenza.) Y con todo no cesa una risa horrible, insensata, maligna. La gente joven se reúne á beber y cambia entre sí chismes é historias viles, y si uno es demasiado nulo para inventar algo ó reir los cuentos de los demás, se burla de ellos y los desprecia y los zahiere por hacer lo á que uno no se atreve. Y siempre se ríe, se ríe, se ríe; es una diversión eterna, una eterna envidia, una eterna locura, una depravación y degradación eterna, hasta que, al llegar á un país donde las gentes toman las cosas en serio y las tratan en serio, se ríe uno de ellas diciendo que les falta el sentido de lo humorístico, y se vanagloría uno

de su propia inutilidad como si ella le hiciera á uno mejor que esas gentes.

Broad. (Muy serio á consecuencia de la elocuencia de Doyle.) No hay que desesperar, Larry. Irlanda tiene grandes posibilidades. El *home rule* hará milagros bajo la dirección inglesa.

Doyle (De repente encalmado, su rostro crispándose con sonrisa reluctante.) Tom, ¿por qué ha de escoger usted mis momentos más trágicos para sus golpes más irresistibles de festivo humor?

Broad. ¡Festivo humor! Yo hablo en serio. ¿Qué se figura usted? ¿Cree que no tomo en serio el *home rule?*

Doyle Estoy seguro, Tom, que en eso de la dirección inglesa habló usted en serio.

Broad. (Del todo tranquilizado.) Ya lo creo. Nuestra dirección es lo que importa. Tenemos los ingleses que poner nuestras capacidades para el gobierno sin restricción alguna al servicio de las naciones menos felizmente dotadas en este respecto que nosotros, de modo que puedan desarrollarse en perfecta libertad hasta alcanzar el nivel de la autonomía que existe en Inglaterra. ¿Me entiende usted?

Doyle Perfectamente. Roscullen le entenderá también.

Broad. (Con alegría.) Así lo espero. Y me alegro. (Levanta el asiento del taburete haciéndolo girar y se sienta cómodamente para arengar á Doyle.) Mire, Larry, acabo de escuchar con atención todo cuanto dijo usted de Irlanda, y no veo nada que pueda retraerle de venirse conmigo. Total, ¿á qué vino usted á parar? A decirme que era usted un muchacho cuando dejó á Irlanda. Todo lo que me dice del beber y del bromear y de contar historias escabrosas lo mismo lo tiene usted en Peckham que en Donnybrook. Usted vió á Irlanda con los ojos de un muchacho y sólo vió cosas de muchacho. Vuelva usted allí conmigo y mírela como hombre y tomará mejor opinión de su país.

Doyle Casi me atrevo á decir que, en parte, tiene usted razón; de todos modos sé perfecta-

mente que si hubiese sido el hijo de un labrador en vez de serlo de un corredor de fincas, hubiese visto las cosas mejor. Desgraciadamente al volver á ver ahora lo que veré no es la nación irlandesa, sino á mi tía Judit, á Nora Reilly y al padre Dempsey y á los demás.

Broad. Bien, ¿y qué? Se alegrarán de verle á usted y de que Inglaterra le hizo hombre.

Doyle (Vencido.) ¡Ah! Ha dado usted en el clavo ahora, Tom, con verdadera inspiración británica.

Broad. Con sentido común, querrá usted decir.

Doyle (Vivamente.) Nada de eso. No tiene usted más sentido común que un ganso. Ningún inglés tiene sentido común, ni lo tuvo jamás, ni lo tendrá. Está usted preparando una expedición sentimental por razones del todo ridículas, con la cabeza llena de disparates políticos que no cabrían en la de ningún tipógrafo medianamente inteligente, pero me puede usted desarmar sólo con hablarme de mi padre y los míos.

Broad. (Extrañado.) Yo nunca he mencionado á su padre.

Doyle (Sin notar la interrupción.) Allá está en Roscullen, un corredor de fincas que nunca ha hecho grandes negocios porque es católico, y la mayoría de los terratenientes son protestantes. Todos sus tratos y corretajes no le hubiesen dado para vivir si no hubiese vendido su pequeña alquería aprovechándose de la ley de Compra de Fincas. Puede que se haya alejado de su lugar más allá de Athenmullet en los últimos veinte años. Y aquí estoy yo, hecho un hombre, como usted dice, por Inglaterra.

Broad. (Para excusarse.) Le aseguro que nunca fué mi intención...

Doyle ¡Oh! no trate de excusarse, si es la verdad. Puedo decir que aprendí algo en América y en algunas partes aún más remotas, pero, en el fondo, ha sido viviendo con usted y trabajando á su lado como aprendí á vivir en un mundo real y no en uno imaginario como antes. Más le debo á usted que á ningún irlandés.

Broad. (Meneando la cabeza con un guiño en los ojos.) Muchas gracias, Larry, amigo mío, por más que usted me adula. Me gusta que me lisonjeen, por más que conozco que no hay para qué.

Doyle Está usted equivocado. Nunca hubiese yo hecho nada á no ser por usted. No me canso de admirar su cabeza con todas sus ideas en compartimientos estancos, y todos los compartimientos garantizados impenetrables para cuanto no le conviene á usted entender.

Broad. (Invencible.) Tontería pura, Larry, le aseguro.

Doyle Bien, en todo caso no negará usted que todos mis amigos ó son ingleses ú hombres influyentes en las grandes potencias. Toda la parte seria de mi vida ha sido vivida en esta atmósfera, toda la parte seria de mi obra ha sido hecha con hombres de esa clase. Y ahora tener que volver á Roscullen, aquel infierno de mezquindad y monotonía. ¿Cómo podré yo entendérmelas con un pequeño corredor de fincas que le saca cinco por ciento á una diminuta alquería y unas casuchas en un pueblo vecino? ¿Qué le podré yo decir? ¿Que me podrá él decir á mí?

Broad. (Escandalizado.) Pero, hombre, son ustedes padre é hijo.

Doyle ¿Y qué? ¿Qué diría usted si le propusiera ir á ver á su padre?

Broad. (Con rectitud filial.) Siempre consideré como mi deber ir á ver á mi padre con regularidad hasta que su razón se alteró.

Doyle (Con interés.) ¿Perdió la razón? Nunca me lo dijo usted.

Broad. Se adhirió á la Liga para la reforma arancelaria. Nunca hubiera hecho tal si su mente no flaqueara. (Empezando á declamar.) Cayó víctima de las arterías de un charlatán político quien...

Doyle (Interrumpiéndole.) De modo que se separó de su padre porque difiere de usted en lo del libre cambio y usted no quiere disputar con él. Pues bien, figúrese cómo estamos yo y mi padre. El es nacionalista y separatista. Yo soy un químico metalúrgico que ha venido á ser ingeniero civil. Pues la química

metalúrgica será lo que se quiera, pero nacional no es. Es internacional. Y mi negocio y el suyo como de ingenieros civiles estriba en juntar los países, no en separarlos. La única convicción política real que nuestros negocios nos ha imbuído es que las fronteras son obstáculos y las banderas son rémoras dañinas.

Broad. (Todavía bajo la influencia de la heregía económica de Mr. Chamberlain.) Sólo cuando haya un arancel proteccionista...

Doyle (Con firmeza.) Vaya, vaya, Tom; me quiere usted soltar un discurso sobre el libre cambio, y yo no estoy para aguantarlo. Mi padre desea que el canal de San Jorge sea una frontera y que se ice una bandera verde sobre College, Green y yo quiero que Galway diste tres horas de Colchester y veinticuatro de Nueva York. Yo quiero que Irlanda sea el cerebro y la imaginacion de un gran imperio y no la isla de un Robinson Crusoe. Luego hay la dificultad religiosa. Mi catolicismo es el de Carlomagno ó de Dante, calificado por una gran parte de la ciencia moderna y las investigaciones sobre las tradiciones populares, cosas que el padre Dempsey llamaría los extravíos del ateismo. En cambio, el catolicismo de mi padre es el catolicismo del padre Dempsey.

Broad. (Con viveza.) No quiero interrumpirle á usted, Larry, pero usted mismo sabe que todo eso es pamplina. Esas diferencias existen en todas las familias, lo que no impide que todos vivan en la mejor inteligencia. (Recayendo de repente en la prosopopeya.) Claro está que existen algunas cuestiones que tocan en los mismos cimientos de la moral, y respecto de ellas confieso que aun los parentescos más próximos no pueden excusar tibieza ó dejadez alguna. Por ejemplo...

Doyle (Levantándose impaciente y paseándose por la habitación.) Por ejemplo el *home rule*, Africa del Sur, el libre cambio, el impuesto para instrucción. Pues discrepo con él sobre cada uno de esos puntos, probablemente lo mismo que con usted.

Broad. Sí, pero usted es irlandés, y esas cosas no las toma tan en serio como un inglés.

Doyle ¡Qué! ¿Ni aun el *home rule?*

Broad. (Firme.) Ni aun el *home rule.* Debemos el *home rule,* no á un irlandés, sino á nuestro Gladstone. No, Larry, no puedo remediarlo, hay algo detrás de todo aquello.

Doyle (Quemado.) ¿Qué va á haber? ¿Cree usted que le estoy engañando?

Broad. Vamos, no se sulfure, hombre. Solo yo pensé...

Doyle ¿Qué pensó?

Broad. Pues bien, hace un momento pronunció usted un nombre que es nuevo para mí: miss Nora Reilly, me parece. (Doyle se queda parado y le mira asustado.) No quisiera ser impertinente, bien lo sabe, Larry, pero diga usted, ¿no tiene ella nada que ver con su repugnancia de usted á acompañarme á Irlanda?

Doyle (Volviéndose á sentar, derrotado.) Tomás Broadbent, me rindo. El pobre listo y vanidosillo irlandés se quita el sombrero delante del inglés avasallador. El hombre capaz de hacer aquella observación suya sobre el *home rule* y Gladstone bate el *record* mundial del idiotismo. Pero el hombre que inmediatamente después destruye toda mi argumentación y llega derecho al mismo corazón de mis motivos debe de ser un genio. Lo extraño es que el mismo hombre sea un idiota y un genio á la vez. ¿Cómo es posible eso? (Levantándose con viveza.) Por Júpiter, ahora lo veo claro. Voy á escribir un artículo sobre ello y mandarlo á *The Nature.*

Broad. (Mirándole con los ojos muy abiertos y fijamente.) Pero ¿qué le pasa?

Doyle Pues es muy sencillo. Usted sabe que una oruga...

Broad. ¡¡Una oruga!!

Doyle Sí, una oruga. Ahora, preste atención á lo que voy á decir, porque es una nueva é importante teoría del carácter nacional inglés. Una oruga...

Broad. Mire usted, Larry, no sea tonto.

Doyle (Insistiendo.) Digo una oruga y quiero decir una oruga. Entenderá usted en seguida. Una

oruga (Broadbent murmura una ligera protesta pero no la acentúa.) cuando se pone en un árbol instintivamente se da la apariencia de las hojas del mismo de modo que tanto sus enemigos como su propia presa la puedan confundir y no se preocupen de ella.

Broad. ¿Qué tiene que ver eso con nuestro carácter nacional inglés?

Doyle Se lo voy á decir. El mundo está tan lleno de tontos como de hojas un árbol. Pues bien, el inglés hace lo de la oruga. Instintivamente se da la apariencia de un tonto y á favor de esta treta se come cómodamente á todos los verdaderos tontos, mientras sus enemigos le dejan hacer y se ríen de él por ser un tonto como los demás. ¡Oh! la Naturaleza es sabia, muy sabia. (Se sienta absorto en la contemplación de su alegoría.)

Broad. (Con admiración cordial.) ¿Sabe usted una cosa, Larry? eso nunca se me hubiera ocurrido á mí. Son ustedes los irlandeses maravillosamente listos. Claro está que todo se reduce á palabras. ¡Pero es tan sutil y brillante! ¿Cómo demonios puede usted imaginar esas cosas? De veras tiene usted que escribir un artículo sobre eso; seguramente que se lo pagarán bien. Si *Nature* no lo toma, yo puedo colocarlo en *Engineering*, que conozco al director.

Doyle Volvamos á nuestros asuntos. Más vale que le hable de Nora Reilly.

Broad. No haga usted caso. No debiera yo haber hecho esa alusión.

Doyle ¿Por qué no? Sepa usted, pues, que Nora tiene una fortuna.

Broad. (Fuertemente interesado.) ¡Qué! ¿Cuanto?

Doyle Cuarenta anuales.

Broad. ¿Cuarenta mil libras?

Doyle No. Cuarenta. Cuarenta libras.

Broad. (Chasqueado.) ¡Eso es lo que llama usted una fortuna! Lo será en Roscullen.

Doyle En Roscullen, una muchacha con un dote de cinco libras anuales lo llama una fortuna. Por lo tanto, cuarenta libras es allí realmente una fortuna, y Nora Reilly goza de toda la consideración social que le correspon-

de como á heredera de esa importancia. Ella sacó á mi padre de muchos apuros. Mi padre fué agente del suyo. Ella vino á visitarnos cuando su padre murió y desde entonces vive en mi casa paterna.

Broad. (Prestando atención, empezando á sospechar á Larry de mal comportamiento para con Nora y resuelto á saber el fondo de la verdad.) ¿Desde cuándo? Quiero decir; ¿qué edad tenía usted cuando sucedió aquello?

Doyle Tenía yo diecisiete, la misma edad que ella. Si ella hubiese tenido más años, hubiese tenido más juicio y no hubiese vivido con nosotros. Yo viví á su lado dieciocho meses hasta que fuí á Dublin á estudiar. Cuando yo volvía á mi casa por Navidad y Pascua de Resurrección, allí la encontraba. Supongo que para ella mis regresos eran acontecimientos, por más que por entonces yo nunca me fijé en ello.

Broad. ¿Y en ella en general?

Doyle La verdad, no. En aquellos tiempos pensaba yo solamente en dos cosas: primera, en aprender á hacer algo, y, segunda, en marcharme de Irlanda para tener probabilidad de ejercer mi actividad. Ella no entraba en mis cálculos. Yo la quería con amor romántico lo mismo que quería á las heroinas de Byron ó la vieja torre redonda de Roscellen, pero nada más. No crucé ni una vez el canal de San Jorge desde entonces por causa de ella, y ni desembarcando en Queenstown para volver á Londres pasé por Irlanda.

Broad. Pero, ¿no le dijo usted nunca nada que justificaría el que ella le esparara á usted?

Doyle No, nunca. Pero ella me está esperando.

Broad. ¿Cómo lo sabe usted?

Doyle Me escribe... cuando es su santo. Tenía la costumbre de escribirme también cuando era el mío y mandarme algunos regalitos; pero yo puse fin á eso diciéndole que por mis viajes las cosas se perdían en el correo.

Broad. Y, ¿usted contesta sus cartas?

Doyle No muy puntualmente, pero contesto, si no es hoy otro día.

Broad. ¿Qué siente usted cuando ve su letra?

Doyle Siento cierto malestar. Diera cincuenta libras esterlinas por no recibir una carta.

Broad. (Muy serio y echándose para atrás en su silla, para indicar que el interrogatorio terminó y su resulta poco favorable al declarante.) ¡Vaya!

Doyle ¿Qué quiere usted decir?

Broad. Hombre, no desconozco que el código moral es diferente en Irlanda. Pero, en Inglaterra no se considera decente jugar con los afectos de una mujer.

Doyle Quiere usted decir que un inglés se comprometería con otra mujer, devolvería á Nora sus cartas y sus regalos y le escribiría que no se consideraba digno de ella, que ella se merecía más, y que le deseaba toda clase de felicidad.

Broad. Pues, aun así, la pobre muchacha podría tranquilizarse en algún modo.

Doyle Lo dudo. Yo puedo decirle á usted una cosa: que Nora esperaría hasta morir de vieja antes de preguntarme por mis intenciones ó de condescender en hacer alguna indicación para saber si las tengo. Usted no sabe lo que es el orgullo irlandés. Inglaterra tal vez me haya quitado á mí buena parte de él, pero ella nunca ha estado en Inglaterra, y si yo tuviese que escoger entre herir esa delicadeza en ella y darle una bofetada, haría lo último sin la menor vacilación.

Broad. (Que ha estado acariciándose la rodilla y reflexionando, al parecer, de un modo agradable.) ¿Sabe usted que todo eso es interesante? Hay en ello un encanto genuinamente irlandés. Eso es lo peor para usted: el encanto irlandés no existe para usted.

Doyle ¡Oh! sí, existe. Pero es el encanto de un sueño. Viva usted en contacto con ensueños y percibirá algo de su encanto; viva en contacto con hechos, y adquirirá algo de su brutalidad. Quisiera poder encontrar un país para vivir donde los hechos no fuesen brutales y los ensueños no fuesen irrealizables.

Broad. (Cambiando de actitud y contestando á la seriedad de Doyle con profunda convicción, los codos en la mesa

y las manos cruzadas.) No se desespere, Larry, las cosas tienen apariencia negra, pero habrá probablemente un cambio grande después de las próximas elecciones.

Doyle (Levantándose con violencia.) ¡Váyase usted á paseo, idiota!

Broad. (Levantándose también sin inmutarse lo más mínimo.) ¡Ah! ¡ah! puede usted reirse, pero ya veremos. En fin, dejemos eso. Vamos á ver; quiere usted saber mi opinión sobre Miss Reilly?

Doyle (Ruborizándose.) No, señor. Maldito lo que me importa su opinión. (Suavizándose.) En fin, dígala usted.

Broad. Pues bien; todo lo que usted me ha dicho de ella me impresiona favorablemente. Parece que tiene sentimientos elevados, y aunque hay que tener presente que en Inglaterra sus ingresos apenas bastarían para colocarla en la clase media inferior....

Doyle (Interrumpiendo.) Mire usted, Tom. Ahora caigo en una cosa. Cuando vaya usted á Irlanda, guárdese de hablar de la clase media y de decir que pertenece á ella. En Irlanda ó es usted un caballero ó no es nada. Si quiere ofender particularmente á Nora, puede usted llamarla papista; pero si le dice que ella pertenece á la clase media, ¡cielos! no quiero pensarlo.

Broad. (Impertérrito.) No hay cuidado. Ustedes todos descienden de los antiguos reyes, ya lo sé. (Complaciente.) No soy tan falto de tacto como se figura usted, amigo mío. (Otra vez serio.) Espero que encontraré en Miss Reilly una perfecta señora, yo le doy á usted el consejo de acompañarme y de verla otra vez antes de tomar una decisión acerca de ella. A propósito: ¿tiene usted una fotografía de ella?

Doyle Sus fotografías cesaron cuando tuvo veinticinco años.

Broad. (Entristecido.) Ya. (Con sentimiento, severamente.) Larry, ha tratado usted á esa pobre muchacha con poca amabilidad.

Doyle Por vida de Jorge, si supiese que dos hombres están hablando de ella así...

Broad. No le agradaría, ¿verdad? Claro que no. Debíamos avergonzarnos, Larry (Más y más arrebatado por su nueva fantasía.) Sabe usted que tengo una especie de presentimiento que Miss Reilly es una mujer muy superior.

Doyle (Mirándole con fijeza.) Pero ¿es de veras?

Broad. Le digo á usted que sí. Hay algo de conmovedor en la historia de aquella hermosa muchacha.

Doyle Hermosa... ¡Hola! Ya veo una proporción, para Nora. Y para mí. (Llamando.) ¡Hodson!

Hodson (Apareciendo en la puerta del dormitorio.) ¿Ha llamado el señor?

Doyle Haga también equipaje para mí. Voy también á Irlanda con Mr. Broadbent.

Hodson Bien, señor. (Se retira en el dormitorio.)

Broad. (Dándole á Doyle un golpe en el hombro.) Así me gusta, amigo. Adelante con los faroles.

ACTO SEGUNDO

Roscullen. Al Oeste, un acantilado de rocas graníticas y, más arriba, cruzando de Norte á Sur el paisaje, unos collados con brezales. Una enorme piedra se yergue en medio, en una posición inverosímil, como colocada allí por la mano de un gigante. Más allá, en el valle desolado, hay una torre redonda. Una solitaria carretera blanca se extiende á lo lejos en dirección Oeste y pasando por delante de la torre se pierde á los pies de las lejanas montañas. Anochece, y hay grandes manchones verdosos en el cielo irlandés. El sol se está poniendo.

Un hombre con cara de joven santo, á pesar de sus canas y sus cincuenta años, está de pie cerca de la piedra en un rapto de intensa melancolía, mirando por encima de las colinas como si con la intensidad de sus miradas pudiera traspasar las glorias del ocaso y penetrar hasta las calles del cielo. Viste de negro y más apariencia de clérigo tiene que la mayoría de los curas ingleses hoy en día, pero no lleva el hábito de los párrocos. Es distraído de su absorción por el chirrido de un insecto desde una mata de yerba en una grieta de la piedra. Sus facciones se distienden, se vuelve calmosamente con aire grave, se quita el sombrero delante de la mata y se dirige al insecto con un tonillo festivo, propio de una persona instruída, y no es el habla natural de un campesino.

Hombre ¡Ah, es usted, señor Saltamontes! Espero que está usted bueno en tan hermosa noche.

Salt. (Pronto y estridente en la respuesta.) Cri, cri.

Hombre (Animándole.) Muy bien. ¿Supongo habrá sali-

do usted para hartarse admirando la puesta del sol?

Salt. (Melancólico.) Cri, cri.

Hombre ¡Ay, es usted un verdadero Saltamontes irlandés!

Salt. (Alto.) Cri, cri, cri.

Hombre Tres vivas por la vieja Irlanda, ¿no es eso? Eso ayuda para afrontar la miseria, la pobreza y el dolor, ¿verdad?

Salt. (Lastimero.) Cri, cri.

Hombre ¡Ah! es inútil, mi pobre amiguito. Si pudiese usted dar saltos como un Kanguro no podría escapar de su corazón y su castigo. Sólo puede usted mirar al cielo desde aquí, no puede alcanzarlo. ¡Mire! (Apuntando el ocaso con su bastón.) Esa es la puerta de la gloria, ¿la ve?

Salt. (Aprobando.) Cri, cri.

Hombre Por cierto que es usted un Saltamontes sabio, ya que eso sabe. Pero dígame, señor sabio sin habla: ¿por qué la vista del cielo oprime el corazón suyo y mío lo mismo que la vista del agua bendita oprime el corazón del diablo? ¿Qué maldad ha cometido usted de haber cargado sobre sí esa maldición? ¡Vamos! ¿adónde está usted saltando? ¿Qué maneras son estas de escapar como un cohete en medio de su confesión? (Le amenaza con el bastón.)

Salt. (Arrepentido.) Cri.

Hombre (Bajando el bastón.) Acepto sus excusas, pero no lo vuelva usted á hacer. Y ahora dígame una cosa antes de que le deje ir á casa á acostarse. ¿Qué ha dicho usted que era este país: infierno ó purgatorio?

Salt. Cri.

Hombre ¡Infierno! En verdad me temo que tenga razón. Me pregunto qué hicimos usted y yo cuando vivíamos por haber sido enviados aquí.

Salt. (Estridente.) Cri, cri.

Hombre (Meneando afirmativamente la cabeza.) Sí, como bien dice usted, es un asunto delicado, y no quiero insistir. Ahora márchese.

Salt. Cri, cri. (Se aleja á saltos.)

Hombre (Tremolando el bastón.) ¡Ande con prisa! (Se ale-

ja á paso lento hacia el ribazo. Al punto un joven labrador, la cara crispada por el terror, se desliza hacia delante desde detrás de la piedra.)

Joven (Santiguándose repetidamente.) ¡Dios mío todo poderoso! ¡Virgen Santísima! Yo me muero, me muero. (Entre sí, implorando.) ¡Padre Keegan, Padre Keegan!

Hombre (Volviendo.) ¿Quién está ahí? ¿Qué pasa? (Vuelve y encuentra al joven que tiembla como un azogado.) ¡Patsy Farrell! ¿Qué está usted haciendo aquí?

Patsy Por el amor de Dios, no me deje usted solo con el Saltamontes. Le oí á usted hablar con él. No permita usted que me haga daño, reverendo Padre.

Keegan Levántate, tonto, levántate. ¿Te asustas de un pobre insecto porque creíste que me estaba hablando?

Patsy No es que lo creo, sino que es verdad. ¿No dió tres vivas y dijo que era un diablo del infierno? Sálveme, Padre, y deme su bendición para que ese espíritu maligno no me lastime. (Llora de terror.)

Keegan ¿Qué hacías allí, Patsy, escuchando? ¿Por qué me espías?

Patsy No, Padre, por mi salvación se lo juro; estaba esperando á mister Larry para trasportar su equipaje desde la parada del coche y me quedé dormido en la hierba; luego usted, Padre, me despertó hablando con el Saltamontes; y oí su vocecita maligna. ¡Ay! Padre, ¿cree usted que me moriré antes de que fine el año?

Keegan Pero ¿no te da vergüenza, Patsy? ¿Es esa tu religión, asustarte de un pobrecito saltamontes? Supón que fuese un demonio, ¿qué miedo tendrías que tenerle? Si pudiese yo cogerlo te obligaría, por penitencia, á llevártelo en tu sombrero á casa.

Patsy Ay, Padre, vuestra reverencia, si no le dejaba usted hacerme daño, no estaría asustado. (Se levanta, un poco tranquilizado. Es un mozo barbilampiño, rubio pálido, con bozo apenas visible, alto, pero de pocas carnes, ojos azules y de aire, naturalmente, amedrentado y bobo que indica, no su carácter real, sino el miedo que le inspira una dominación

hostil á la que trata habitualmente de desarmar haciéndose el tonto. Los ingleses le toman por tonto, que es precisamente lo que él quiere. Viste pantalones de dril, chaqueta sin abrochar y camisa basta de rayas azules.)

Keegan (En tono de admonición.) Patsy, ¿qué te dije de llamarme padre Keegan y vuestra reverencia? ¿Qué te dijo de ello el padre Dempsey?

Patsy Sí, padre.

Keegan ¡Padre!

Patsy (Desesperado.) Pero ¿cómo le voy á llamar á usted? El padre Dempsey dijo que usted no era sacerdote, y todos sabemos que usted no es un hombre. ¿Cómo vamos á saber lo que nos puede pasar si le faltamos al respeto? A mí no me digan, bien se ve que un sacerdote siempre es un sacerdote.

Keegan (Severo.) Mira, Patsy, á ti te está mal discutir las recomendaciones de tu párroco y juzgar de si tiene razón ó no.

Patsy Tiene usted razón, señor.

Keegan La Iglesia dejó que yo fuera su sacerdote mientras me juzgó apto para ello. Cuando consideró que debía cesar, fué porque supo que yo era un pobre loco incapaz é indigno de hacerme cargo de las almas de la gente.

Patsy Pero si dicen que fué porque sabía usted más latín que el padre Dempsey y él le tenía envidia.

Keegan (Reconviniéndole para no tener que sonreir.) Vaya, ¿cómo te atreves, Patsy, á suponer en el corazón de tu párroco tus propias mezquindades y tonterías? Casi estoy por contarle lo que acabas de decir.

Patsy (Asustado.) Por Dios, no lo haga...

Keegan No sé. Dios te perdone, vales poco más que un pagano.

Patsy Yo no, Padre, es mi hermano el hojalatero en Dublin á quien querrá usted decir. Seguramente que debe de ser un librepensador, cuando aprendió un oficio y se fué á vivir en la ciudad.

Keegan Pues, sin embargo, ganará el cielo mejor que tú, si no tienes cuidado, Patsy. Y ahora escúchame, una vez para siempre. Llámame Pedro Keegan y reza por mí con ese nombre, si quieres. Y cuando estés enfadado y

te den tentaciones de pegar á tu burro ó de aplastar con el pie el pobrecito saltamontes, acuérdate que el burro es el hermano de Pedro Keegan; y el saltamontes su amigo. Y cuando te den tentaciones de tirar una piedra á un pecador ó una maldición á un mendigo, piensa que Pedro Keegan es un peor pecador y un peor mendigo, y guárdate para él tu piedra y tu maldición. Ahora dí: «Dios le bendiga, Pedro», antes de que me vaya, para que tomes la costumbre.

Patsy Yo no puedo, Padre. Me es imposible.

Keegan Sí puedes. Vamos, habla; si no te entrego este bastón y te obligo á que me pegues con él.

Patsy (Echándose de rodillas en un éxtasis de adoración.) Lo que deseo, padre Keegan, es que Dios le bendiga. No podría yo tener felicidad de no suceder así.

Keegan (Irritado.) Vamos, levántate, hombre. No te arrodilles, que no soy ningún santo.

Patsy (Con intensa convicción.) ¡Oh, sí lo es señor! (El Saltamontes chírria. Patsy, aterrorizado, se agarra de la mano de Keegan.) ¡Por Dios, haga usted que no me lastime, Padre, que haré cuanto usted quiera!

Keegan (Levantándole con energía.) ¡Habrá animal! ¿No ves que canta para decirme que está llegando Miss Reilly? Mira, ahí está. Avergüénzate y márchate por la carretera, no vas á llegar al coche si no te das prisa. (Le empuja hacia abajo.) Ya se ve el polvo de la diligencia.

Patsy ¡Dios me tenga de su mano! (Baja la colina hacia la carretera como alma que lleva el diablo.

Nora Reilly baja la colina. Es una figulina envuelta en un vestido de muselina estampada (el mejor que tiene), no ofrece nada de particular para ojos irlandeses, pero hace una impresión muy diferente para habitantes de países modernos, donde se trabaja mucho, se come mucho y se engorda mucho. La ausencia de todo síntoma de ordinariez, dureza ó apetito en ella, su comparativa delicadeza de modales, su comprensión agudísima, sus manitas estrechas y su figura delgada, su acento ingenuo, con la dulce y quejumbrosa entonación de su deje irlandés le prestan un encanto, tanto más efectivo cuanto ella, no habiendo visto mundo

es del todo inconsciente y nunca piensa en explotarlo deliberadamente, como sucede con muchos irlandeses en Inglaterra. Por lo tanto, para Tom Broadbent tiene que ser una mujer atractiva, etérea, como él la llamaría. Para Larry Doyle, en cambio, es una mujer como hay tantas, hechas para haber vivido en el siglo XVIII, sin recursos. inútil, casi sin sexo, una inválida sin la excusa de la enfermedad, una encarnación de cuanto en Irlanda le hizo irse á otras tierras. Esos juicios tienen poco valor y ningún objeto, pero son los juicios que en este momento rigen sus respectivas suertes. Keegan se toca el sombrero al acercarse ella, pero no se lo quita.)

Nora Mr. Keegan, quisiera hablarle un momento si no le molesta.

Keegan (Cesando su plática con Patsy.) Una hora aunque sea, Miss Reilly, ya sabe que siempre estoy á sus órdenes. ¿Quiere usted que nos sentemos.

Nora Gracias. (Se sientan en los brezos. Ella está tímida y angustiada; pero pronto va al grano, como que no puede pensar en otra cosa.) Dicen que usted ha viajado algo en sus tiempos.

Keegan Algo, sí. De joven admiraba á la generación más vieja de sacerdotes que se había educado en Salamanca. Así, pues, cuando estuve seguro de mi vocación, me fuí á Salamanca. Desde allí fuí á pie á Roma, en donde estuve en un monasterio durante un año. Mi peregrinación á la ciudad eterna me enseñó que el andar á pie es un modo de viajar mejor que en el tren; así, pues, me fuí á Roma, á la Sorbona de París, y quisiera haber podido andar de París á Oxford, porque Dios sabe si me mareé en el buque. Después de un año en Oxford me marché, siempre á pie, á Jerusalem, para sacudir fuera el espíritu de Oxford. Desde Jerusalem fuí á Patmos y me quedé seis meses en el monasterio de Athos. De allí volví á Irlanda y estuve actuando de párroco, hasta que me volví loco.

Nora (Desagradablemente impresionada.) ¡Oh, no diga usted eso!

Keegan ¿Por qué no? ¿No sabe usted la historia? Pues mire, confesé á un hombre negro y le

dí la absolución, y él me embrujó y me volvió loco.

Nora ¿Cómo puede usted decir esas tonterías? Debiera darle vergüenza.

Keegan No es tontería, es la verdad... en cierto modo. Pero no se preocupe del hombre negro. Ahora que sabe usted lo mucho que he viajado, diga ¿qué puedo hacer por usted? (Ella vacila y arranca nerviosamente briznas de brezo. Él le para amablemente la mano.) Querida miss Nora, no arranque las florecitas. Si fueran niños bonitos no quisiera usted quitarles las cabezas y colocarlas en un vaso de agua para mirarlas. (El Saltamontes canta. Keegan vuelve la cabeza y se dirige á él en su lenguaje particular.) No te apures, hijo mío, que esta señora no destruirá los columpios de tu parquecito. (A Nora, volviendo á adoptar su tono de urbanidad.) Ya ve usted que estoy completamente guillado, pero no le importe, soy inofensivo. Vamos á ver, ¿qué hay?

Nora (Cohibida.) Pues nada, una mera curiosidad. Desearía saber si encontró usted á Irlanda—hablo, naturalmente, de su campo—muy pequeña y atrasada cuando volvió usted de Roma y Oxford y todas aquellas grandes ciudades.

Keegan Cuando fuí á aquellas grandes ciudades ví maravillas que nunca había visto en Irlanda. Pero al volver á Irlanda me encontré aquí todas las maravillas esperándome. Por lo visto habían existido de siempre, pero mis ojos no se habían abierto para ellas. No sabía á lo que se parecía mi propia casa, porque nunca la había visto desde fuera.

Nora ¿Cree usted que pasa lo mismo con todo el mundo?

Keegan Con todo el que tenga ojos en el alma lo mismo que en la cara.

Nora Pero dígame, ¿no se encuentra la gente más bien desilusionada al volver á estas tierras? A mí me parece que las muchachas hacemos el efecto de la ordinariez y el desaliño después de ver á las princesas y personas distinguidas de fuera. Por supuesto, que un sacerdote no reparará en esto.

Keegan Un sacerdote tiene que fijarse en todo. No quisiera decirle todo lo que he notado en las mujeres, pero le diré lo siguiente: Cuanto más sabe un hombre y cuanto más ha viajado, tanta más probabilidad hay de que luego se case con una muchacha del campo.

Nora (Poniéndose colorada de placer.) Está usted bromeando, Mr. Keegan, estoy segura.

Keegan Mi manera de bromear consiste en decir la verdad. Es la manera más graciosa.

Nora (Incrédula.) ¡Qué cosas tiene usted!

Keegan (Levantándose con actividad.) Ea, volvamos á la carretera y vamos á la estación. (Ella le tiende la mano y él la ayuda á levantarse.) Patsy Farrell me dijo que estaba usted esperando al joven Doyle.

Nora (Levantando bruscamente la cabeza.) ¡Oh! no estoy esperándole particularmente. Es un milagro que haya vuelto por esta tierra. Después de haber estado ausente durante dieciocho años no puede esperar que estemos muy ansiosos de verle.

Keegan Ansiosos quizás no, pero tendrá usted curiosidad de ver cuánto ha cambiado en todos esos años.

Nora (Con súbito acceso de amargura.) Supongo que también será el motivo que le trae aquí ver cuánto hemos cambiado nosotros. Pues puede esperar y verme á la luz de las velas. Yo no he salido para ir á recibirle, sino para dar un paseo hacia la Torre Redonda. (Va hacia el Oeste, cruzando el ribazo.)

Keegan No puede usted hacer cosa mejor en tarde tan hermosa. (Serio.) Yo le diré á dónde ha ido usted. (Ella se vuelve como para prohibirlo, pero la profunda inteligencia en los ojos de Keegan se lo impide; sólo le mira con seriedad y se va. Él observa su marcha por la pendiente de la colina, y luego dice:) ¡Ah! habrá venido para atormentarla, y usted también quiere atormentarle á él. (Menea la cabeza y se aleja lentamente en dirección opuesta, absorto en sus reflexiones.)

(Mientras tanto, la diligencia ha llegado y dejado á tres de sus viajeros en la carretera al pie de la colina. Es una diligencia amarilla prehistórica de las que existen todavía bastantes en Irlanda. Los tres viajeros son el

párroco, padre Dempsey, Cornelio Doyle, el padre de Larry y Broadbent, todos con gabanes y entumecidos del viaje en diligencia.

El cura, recio y paternal, está lejos de pertenecer al tipo más fino de párroco rural que representa el genio de la clase sacerdotal, pero tampoco se le puede clasificar entre aquellos campesinos de arranque y sin escrúpulos que emplean la Iglesia para sacar dinero, poder y privilegio. Es sacerdote ni por vocación ni por ambición, sino porque le gusta esa vida. Posee una autoridad absoluta sobre sus feligreses y les impone bastantes cargas para ser un hombre rico. La antigua ascendencia protestante está ahora demasiado quebrantada para ponerle trabas. En general es un hombra comodón, amable y hasta modesto mientras cobra lo que le corresponde, y se admite sin restricción su autoridad y dignidad.

Cornelio Doyle es un hombre de cierta edad, flaco y sarmentoso, con una cara curtida, algo atormentada, afeitada, excepto donde están las patillas canosas, de un amarillo pálido en las puntas y completamente blancas en las raíces. Su traje es el de un campesino acostumbrado á ir con frecuencia á la ciudad por sus negocios; es un traje de cazador bastante estropeado, con botas de elástico, que desdicen con el mismo. Estando cohibido en presencia de Broadbent, sus maneras son bruscas, que es el modo suyo de aparentar naturalidad.

Broadbent, por razones que luego se verán, no trae equipaje, fuera de unos gemelos de campaña y una guía. Los otros dos han dejado el suyo al infortunado Patsy Farrell, que suda detrás de ellos subiendo la cuesta, cargado con un saco de patatas, un cesto, un ganso cebado, un salmón colosal y varios paquetes envueltos en papel.

Cornelio hace de guía, con Broadbent en sus talones. Sigue el sacerdote, y Patsy viene detrás con mucho trabajo.)

Cornelio Este camino es un poco abrupto, Mr. Broadbent, pero es un atajo, y mucho más corto que yendo por la carretera.

Broad. (Parándose para examinar la gran piedra.) Un momento, Mr. ¡Doyle, quiero ver esa piedra; debe de ser el dado de Finian.

Cornelio (Atónito.) ¿Qué?

Broad. Murray la describe. Uno de los héroes na-

cionales de ustedes... No sé pronunciar el nombre... Finian no sé cuantos, supongo.

P. Dem. (También perplejo y algo escandalizado.) Es Fin McCool que querrá usted decir.

Broad. Puede que sea. (Hojeando la guía.) Murray dice que una piedra enorme, probablemente de orígen druídico, se designa como el dado de Fin cuando su célebre juego con el diablo.

Cornelio (Dudando.) Es la primera vez que oigo hablar de eso.

P. Dem. (Muy serio y hasta un poco severo.) No crea usted esas tonterías, caballero. Nunca hubo tales cosas. Cuando la gente le hable de Fin McCool y cosas así, no haga usted caso. Todas son historias vanas y supersticiones.

Broad. (Algo indignado, porque ser reprendido de supersticioso por un cura irlandés pasa ya de la raya.) Supongo que no se figurarán ustedes que yo lo creo.

P. Dem. Pues yo me lo figuraba. ¿Ve usted allá la cima de la Torre Redonda? Esa sí que es una antigüedad digna de ser vista.

Broad. (Con gran interés.) ¿Existe alguna teoría de lo que fué esa torre?

P. Dem. (Un poco ofendido.) ¡Una teoría! ¡Vaya por Dios! (En su mente relaciona esa palabra con el difunto profesor Tyndall y el escepticismo científico en general: tal vez también con la opinión de que las torres redondas son símbolos fálicos.)

Cornelio (Reprendiéndole.) El Padre Dempsey es nuestro párroco, Mr. Broadbent. ¿Qué tiene él que ver con teorías?

P. Dem. (Con énfasis amable.) Tengo un conocimiento acerca de lo que fueron las Torres Redondas, si es lo que usted pregunta. Son los dedos índices de la Iglesia apuntando hacia Dios.

(Patsy, intolerablemente sobrecargado, pierde el equilibrio y se sienta involuntariamente. Sus bultos y paquetes se desparraman por la pendiente de la colina. Cornelio y el Padre Dempsey se vuelven furiosos hacia él, dejando á Broadbent examinar la piedra y la torre con interés fatuo.)

Cornelio ¡Hábrase visto! ¡Con mil pares de narices! ¿Qué le pasa, estúpido, animal?

P. Dem. ¿Estás borracho, Patsy? No te dije que lle-

varas esa cesta con todo el cuidado del mundo...

Patsy (Frotándose el occipucio, que á ido á chocar con la roca.) Resbalé con el pie. Además, yo no puedo con el equipaje de tres.

P. Dem. Ya se te dijo que dejaras lo que no pudieses llevar y que volvieras luego por ello.

Patsy ¿Y qué iba á dejar? ¿Qué habría dicho vuestra reverencia si dejo su cesta ahí en la yerba húmeda, y qué habría dicho mi amo si dejo el salmón y el ganso en la cuneta para que cualquiera venga y los coja?

Cornelio Ya te dirán cuántos son cinco, manos de trapo. Cuando la tía Judit vea en qué esta do viene ese salmón, hablará contigo. Vamos, dame á mí ese pescado y llévale la cesta al Padre Dempsey á su casa, y luego vente aquí por el resto.

P. Dem. Anda, Patsy, y cuidado con caerse otra vez.

Patsy Yo...

Cornelio (Empujándole hacia arriba.) Calla, ahí está la tía Judit. (Patsy se va gruñendo en su desgracia, con la cesta del Padre Dempsey.)

(La tía Judit viene bajando por la colina. Es una mujer de cincuenta años, notable por ningún estilo, viva y atareada sin energía ni arranque, plácida sin calma, amable sin interesarse por los demás: bien es verdad que también sin cuidarse mucho de sí misma: el producto amorfo de una vida estrecha y sin luchas. Lleva el cabello partido por una raya en medio de la cabeza y completamente liso, con un moño sencillo atrás. Su traje se compone de un vestido sencillo color castaño, con una pelerina de lana negra y morada en los hombros, todo muy bien cuidado en honor de la ocasión. Mira á su alrededor á ver si está Larry; queda sorprendida; luego mira incrédula hacia Broadbent.)

Judit ¡Pero si no es Larry!

Cornelio ¿Cómo va á ser Larry, mujer. Larry por lo visto no tiene prisa en volver a ver á su tierra. No le he visto hasta la fecha. Este caballero es un amigo suyo. Mr. Broadbent, tengo el honor de presentarle á mi hermana Judit.

Judit (Hospitalaria, yendo hacia Broadbent y dándole cordialmente la mano.) Mr. Broadbent, dispense le

haya tomado por Larry. No le hemos visto hace ya dieciocho años y era un muchacho cuando se fué de aquí.

Broad. Si no llegó Larry todavía, no habrá sido culpa suya, pues quedamos en que él estaría aquí antes que yo. Se marchó en nuestro automóvil una hora antes de encontrarme con Mr. Doyle, quedando en encontrarnos en Athenmullet, así es que debiera haber llegado aquí mucho antes que yo.

Judit ¡Dios mío! ¿le habrá pasado algo?

Broad. No, señora; telegrafió que había tenido una parada del motor y qué llegaría tan pronto como pudiera. Espera llegar á cosa de las diez.

Judit ¡Vamos, qué cosas tiene! Meterse en automóvil cuando todos le estamos esperando. Eso si que es bien propio de él. Nunca puede hacer algo como los demás. ¿Qué le vamos á hacer? Entren ustedes. Estará usted deseando tomar te, Mr. Broadbent.

Broad. (Con extrañeza.) ¡Oh! me parece que es algo tarde para tomar te. (Se mira el reloj.)

Judit Nada de eso. Nunca lo tomamos más pronto. Espero que la comida en Athenmullet no habrá sido demasiado mala.

Broad. (Tratando de ocultar su consternación al descubrir que no le van á poner comida después de su viaje) ¡Oh! al contrario, excelente, excelente. A propósito, creo que lo mejor será que yo no vaya demasiado tarde al hotel para retener una habitación.

(Le miran con extrañeza.)

Cornelio ¡Al hotel!

P. Dem. ¿Qué hotel?

Judit ¿Qué va usted á ir al hotel? Estará usted aquí. Yo le hubiese metido á usted en el cuarto de Larry, pero creo que la cama del chico es demasiado pequeña para usted. Pero ya le arreglaremos una cama cómoda en el sofá del salón.

Broad. Es usted muy amable; Miss Doyle, pero realmente me avergüenzo de molestarles tanto sin necesidad. A mí no me importa nada ir al hotel.

P. Dem. Pero hombre, si no hay hotel en Roscullen.

Broad. ¡No hay hotel! Pues el cochero me dijo que precisamente aquí se encontraba el mejor hotel de Irlanda. (Le miran todos sin alegría alguna.)

Judit ¿Por qué hace usted caso de lo que dicen los cocheros? Ese hombre le dijo eso porque así creyó que á usted le gustaría y que usted le daría más propina.

Broad. Tal vez haya una taberna.

P. Dem. (Con amargura.) Hay dieciseis.

Judit Pero, ¿cómo va usted á estar en una taberna? No tendrán sitio para usted aunque fuese decente ir á semejantes casas. Vamos, se asusta usted del sofá. No se apure, le cederé mi propia cama. Yo puedo dormir con Nora.

Broad. Nada de eso, nada: yo con muchísimo gusto estaría aquí. Pero no quiero causar semejante trastorno.

Cornelio (Deseando cortar la conversación que le avergüenza de su casa, porque ve mejor que su hermana que Broadbent está acostumbrado á más comodidad.) No se preocupe, que no hay trastorno ninguno. ¿Dónde está Nora?

Judit Yo, qué sé. Hace un rato que salió por ahí. Creí que había ido al encuentro de la diligencia.

Cornelio (Descontento.) No está bien que salga así por la carretera á estas horas.

Judit La verdad es que es una muchacha muy rara. Pero ¿no entran ustedes?

P. Dem. Le doy á usted las buenas noches, mister Broadbent. Si en algo puedo valer en esta feligresía, disponga de mí. (El y Broadbent se dan la mano.)

Broad. (Efusivamente cordial.) Gracias, Padre. He tenido un verdadero placer en conocerle.

P. Dem. (A la tía Judit.) Buenas noches, Miss Doyle.

Judit ¿No se queda usted para tomar te?

P. Dem. Esta noche, no, gracias. Tengo que hacer en casa. (Se vuelve para irse y se encuentra con Patsy Farrell que vuelve descargado.) ¿Dejaste la cesta en mi casa?

Patsy Sí, señor.

P. Dem. Bravo, muchacho. (Quiere irse.)

Patsy (A la tía Judit.) El padre Keegan dice...

P. Dem. (Volviéndose bruscamente hacia él.) ¿Qué estás diciendo?

Patsy (Asustado.) El padre Keegan...

P. Dem. ¿Cuántas veces no te habré dicho llames á Mr. Keegan como se debe. ¿Qué es eso de padre Keegan? ¿No puedes colegir la diferencia que hay entre un sacerdote y algún viejo loco con hábito negro?

Patsy Me temo que me haya embrujado.

P. Dem. (Iracundo.) O haces caso de lo que te digo, ó te embrujaré yo de modo que no tengas gana de más. Con que tú verás. (Vase.)

(Patsy baja la cuesta para recoger el pescado, el ave y el saco.)

Judit Pero, ¿no podrás callarte delante del Padre Dempsey? ¡Por vida de...!

Patsy Yo no sé ya qué hacer. El Padre Keegan me mandó decirle á usted que Miss Nora se había ido á la Torre Redonda.

Judit Y ¿no podías esperar para decirlo que se hubiese marchado el Padre Dempsey?

Patsy Yo temía olvidarlo y que luego de noche hubiese él mandado al saltamontes ó al pequeño veedor de las tinieblas negro, recordármelo de noche.

(El veedor de las tinieblas es el mochuelo gris que, según creen los campesinos irlandeses, se baja por la garganta de los incautos dormidos y los ahoga lentamente.)

Cornelio Pero, ¿qué está hablando ese imbécil? ¿Qué es eso de saltamontes y veedores? Anda, recoge las cosas y cállate esa boca de tonto. (Patsy obedece.) Puedes coger debajo de un brazo el salmón. (Le mete el salmón debajo del sobaco.)

Patsy Deme también el ganso, que puedo con todo. Colóquemelo en los hombros y métame el cuello del bicho en la boca.

(Cornelio, sin pensar, va á hacerlo.)

Judit (Consciente de que la presencia de Broadbent exige ciertos miramientos.) ¡Estás loco, Patsy! Ofrecerte á meterte en la boca el ganso que tendremos nosotros que comerlo después. Ya lo traerá tu amo.

(Patsy, enfadado é irritado por tan ridícula pulcritud carga los otros objetos y sube la cuesta.)

Cornelio ¿A qué demonios habrá Nora tenido que ir á la Torre Redonda?

Judit ¡Dios sabe! Caprichos que le dan. Tal vez se figure que Larry irá por allí para mirar si viene y acompañarla á casa.

Broad. Me temo que la culpa de todo la tiene mi automóvil. A Miss Reilly no se la puede dejar esperando sola y volver sola de noche. ¿Voy yo por ella?

Judit (Despreciativa.) Pero, ¿qué puede sucederle? Vamos á entrar, Cornelio. Venga, mister Broadbent. Dejé el té hecho y va á estar negro si no lo tomamos ahora.

(Suben todos la cuesta. Mientras tanto llegó la penumbra del ocaso.

Broadbent, después de todo, no se encuentra tan mal en la pensión de la tía Judit. Le dan no solamente té y tostadas, sino también lonchas de carnero asado en mayor cantidad que él en su vida hubiese creído posible comer en una sola sesión. También hay en la mesa una cosa que llena mucho, llamada queso de patatas. Apenas sus temores de morir de hambre hanse sustituído por la aprensión de haber comido demasiado y de que mañana lo sentirá, cuando su apetito se reaviva por la aparición de una botella de whisky de destilación ilícita, llamado «potcheen», del que ha leido y con él ha soñado muchas veces (él lo llama pottine), y el que va á probar por fin. Su buen humor sube de punto mientras Cornelio da muestras de tener sueño. El contraste entre la mesa de la tía Judit y la de las fondas de las costas meridionales y levantinas, donde suele pasar una parte de sus vacaciones cuando está en Londres, le parece deliciosamente irlandés. La casi total atrofia del sentido de la alegría en Cornelio, hasta la falta de deseo de tal sentido, su imposibilidad de concebir la vida bajo otro aspecto que el de una serie continua de molestias sórdidas, aliviadas por el tabaco, el ponche, las mañanas hermosas y los pequeños beneficios hechos en vender y comprar, pasan á los ojos de su huésped como afectación y rareza de un humorista irlandés caprichoso y derrochador incorregible. La tía Judit se le presenta como la encarnación del humor festivo. No se le ocurre ni por un momento que probablemente al cabo de un mes ó cosa así las facciones de la pobre mujer habrán perdido todo su encanto, y en ningún tiempo lo tuvieron para los naci-

dos en Roscullen, ó que está viéndola al través de su fantástico temperamento inglés, y lo que le hace gracia es la mala pronunciación inglesa de ella. En fin, él está tan encantado y tan poca gana tiene de ir á la cama y de soñar quizás con la prosaica Inglaterra, que insiste en salir para fumar un cigarro y mirar si está Nora por los alrededores de la Torre Redonda. No que haga falta para ello una insistencia especial, porque las costumbres restrictivas inglesas parecen no existir en Roscullen. Precisamente como parece que Nora va á perder una comida para estarse por ahi fuera, la familia lo considera como razón suficiente para que Broanbent salga mientras ella se acueste dejando la puerta de la calle abierta; así, pues, su idea de salir de noche no provoca la más ligera sorpresa ni objeción. Al contrario, la tía Judit se alegra de que se ausente un momento mientras ella haga la cama para él en el sofá. Él, pues, sale, bien alimentado, dichoso y entusiasmado, para explorar el valle á la luz de la luna.

La Torre Redonda se yergue á cosa de media milla inglesa de Roscullen, como unas cincuenta yardas al Sur de la carretera en un altozano con un círculo de grama silvestre á su alrededor. La carretera antiguamente pasaba por aquel altozano, pero la ingeniería moderna ha bajado su nivel para facilitar el paso de las diligencias, en parte haciendo un rodeo al pie del altozano y en parte por medio de una trinchera; así es que el camino desde la población á la Torre lo constituye un sendero que aranca de la carretera y sube por abrojos y malezas.

Al extremo superior del sendero se halla Nora aguzando la vista por el claror de la luna, esperando á Larry. Finalmente renuncia á ello con un suspiro de impaciencia y retrocede hacia la base ruinosa de la torre en donde se sienta desanimada y llora un poco. Luego se resigna á esperar más tranquila y tararea una canción—no una canción irlandesa, sino una balada de salón inglesa que estuvo de moda en Londres en tiempos de su abuela—hasta que un ligero ruido le hace suponer que se acercan pasos. Entonces se levanta bruscamente y corre otra vez hacia el extremo del sendero donde principia la pendiente. Siguen algunos momentos de silencio y de pausa, interrumpidos por el ruido indudable de pasos. Lanza una exclamación sorda al ver aparecer á un hombre.)

Nora ¿Eres tú, Larry? (Un poco asustada.) ¿Quién es?

Broad. (Su voz viene desde el sendero.) No tenga cuidado.

Nora Pero ¡qué acento inglés tienes!

Broad. (Apareciendo á la vista.) Tengo que presentarme...

Nora (Asustada de veras, retrocediendo.) ¡No es él ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Broad. (Avanzando.) Siento de veras haberla asustado, Miss Reilly. Me llamo Broadbent. Soy amigo de Larry.

Nora (Pasmada.) Y Mr. Doyle, ¿no ha venido con usted?

Broad. No. He venido yo en su lugar. Espero que seré bienvenido.

Nora (Muy mortificada.) Siento que Mr. Doyle le haya causado esa molestia.

Broad. Como soy forastero é inglés, pensé que sería interesante ver la Torre Redonda á la luz de la luna.

Nora ¡Ah! vino usted á ver la torre. Pensé... (Confusa, tratando de recobrar la calma.) Pero, naturalmente... me asusté tanto... Qué hermosa noche, ¿verdad?

Broad. Magnífica. Tengo que explicarle por qué Larry no vino él mismo.

Nora ¿Por qué había de venir? Ha visto la Torre bastantes veces, no le llama la atención. (Cortés.) Y ¿qué piensa usted de Irlanda, Mr. Broadbent? ¿Es la primera vez que viene usted?

Broad. Sí, la primera vez.

Nora Y ¿qué le parece?

Broad. (Dejándose de repente arrastrar hacia la sentimentalidad.) Pues puedo asegurar que me gusta sumamente. Lo mágico de esta escena irlandesa... realmente no quisiera molestarla, Miss Reilly... pero el encanto de su voz y acento...

Nora (Muy acostumbrada á las galanterías y no dándoles importancia.) ¡Cómo madruga usted, Mr. Broadbent! Ya siente usted palpitar su corazón por mí después de verme dos minutos en la oscuridad.

Broad. La voz es tan bonita en la oscuridad como á la luz. Luego le diré que he oído á Larry hablar bastante de usted.

Nora (Con amarga indiferencia.) Sí, ¿eh? Para mí es mucho honor.

Broad. Estaba yo deseando conocerla con más afán de lo que se figura.

Nora (Irónica.) Parece mentira.

Broad. Pues es así. Si solamente se interesara usted por mí en la mitad, me daría por muy contento.

Nora Pero si yo estaba muriendo por verle á usted. Ya puede usted imaginar el efecto que había de hacer un inglés como usted entre este pobre pueblo irlandés.

Broad. ¡Ah! ahora se está usted burlando de mí, Miss Reilly. Bien lo sabe usted. Pues no se burle. Yo estoy seriamente enamorado de Irlanda y todo lo irlandés. Y muy serios son también mis sentimientos para con usted y para con Larry.

Nora Larry no tiene nada que ver conmigo, Mr. Broadbent.

Broad. Si esto fuese realmente así, Miss Reilly, me abandonaría más á aquel encanto del que acabo de hablar, aquel encanto que... que...

Nora Ahora, ¿me está usted haciendo el amor?

Broad. (Herido en lo profundo y muy trastornado.) A fe mía, creo que sí, Miss Reilly. Si usted me lo dice otra vez, le contestaré que todas las harpas de Irlanda suenan en su voz. (Ella se ríe mirándole. El de repente pierde la cabeza y le coge los brazos con gran indignación de ella.) No se ría usted, ¿me oye usted? Lo digo en serio, con toda la seriedad de un inglés. Cuando digo yo una cosa así á una mujer es que la pienso. (Soltándola y tratando de recobrar su compostura á pesar de su emoción intensa.) Dispénseme usted.

Nora ¿Cómo se atreve usted á tocarme?

Broad. No hay muchas cosas á las que yo no me atrevería por usted. No es muy correcto, lo confieso, pero yo, la verdad... (Se para y se pasa la mano por la frente, algo trastornado.)

Nora Debiera usted avergonzarse. Creo que si usted fuese un caballero, estando yo sola con usted aquí de noche, debiera usted antes morir que hacer semejante cosa.

Broad. Quiere usted decir que es un acto de traición para con Larry.

Nora Nada de eso. ¿Qué tiene que ver Larry con ello? Es un acto de falta de respeto y de rudeza para conmigo. Muestra por quien usted me toma. Puede usted marcharse ahora, que yo seguiré mi camino. Buenas noches, Mr. Broadbent.

Broad. No, dispense, Miss Reilly. Un momento. Escúcheme. Hablo en serio, muy en serio. Dígame que estoy interponiéndome entre usted y Larry y ahora mismo me vuelvo á Londres para no volverla á ver á usted en mi vida. Se lo juro. Dígame: ¿qué hay de ello?

Nora (Contestando á pesar suyo con súbito acceso de amargura.) Usted puede saber mejor que yo lo que pasa con Larry. Tiene usted más ocasión de verle que yo. Le conoce mejor que yo, por lo mismo. Usted ha venido á mí más pronto que él.

Broad. Estoy en la obligación de decirle, Miss Reilly, que Larry todavía no ha llegado á Roscullen. Tuvo la intención de llegar antes que yo, pero su automóvil tuvo una rotura, y tal vez no llegue hasta mañana.

Nora (Serenándose su faz.) ¿Es verdad eso?

Broad. Sí, es verdad. (Ella lanza un suspiro de alivio.) Se alegra usted, ¿eh?

Nora (Al punto sobre guardia.) ¡Alegrarme! ¿A qué? Así como hemos esperado dieciocho años, podemos esperar un día más, me parece.

Broad. Si esta es realmente su manera de pensar de usted, supongo que otro podría concebir esperanzas.

Nora (Profundamente ofendida.) Supongo, Mr. Broadbent, que en Inglaterra la gente es diferente de la de aquí. Así es posible que usted haya dicho eso sin mala intención. En Irlanda nadie se preocupa de lo que un hombre dice en broma, ni se aprovecha de lo que una mujer haya contestado. Si una mujer no pudiese tratar durante dos minutos con un hombre á quien ve por primera vez sin tomar las cosas como usted las toma, ninguna mujer decente dirigía la palabra á un hombre.

Broad. Yo no entiendo eso. No lo admito. Soy sin-

cero, y mis intenciones son completamente honradas. Creo que aceptará usted el hecho de que soy inglés como una garantía de que no soy hombre que obre precipitada y románticamente, por más que confieso que su voz ejerció un efecto tan extraordinario sobre mí cuando me preguntó usted de un modo tan extraño si estaba haciéndole el amor...

Nora (Ruborizándose.) No pensé nunca que...

Broad. (Vivamente.) Claro que no. No soy tan tonto que vaya á creerlo. Pero no pude aguantar la risa que le inspiraban mis sentimientos. Usted... (Luchando otra vez con una oleada de emoción.) usted no sabe lo que yo... (Como si se ahogara; luego con firmeza nada natural.) ¿Quiere usted ser mi mujer?

Nora (Pronto.) De ninguna manera. ¡Qué idea! (Mirándole con más atención.) Volvamos á casa, Mr. Broadbent, y recobre su serenidad. Creo que no está usted acostumbrado á tomar ponche de *potcheen* por la noche después del té.

Broad. (Horrorizado.) ¿Quiere usted decir con eso que yo... yo... ¡Dios mío!... le parezco á usted borracho, Miss Reilly?

Nora (Compasiva.) ¿Cuántos vasos tomó usted?

Broad. (Desolado.) Dos.

Nora Los aromas de la turba le impidieron notar la fuerza de esa bebida. Lo mejor será que se acueste.

Broad. (Muy inquietado.) Pero qué horrible duda mete usted en mi espíritu. Por vida de... Miss Reilly, ¿si estaré yo realmente borracho?

Nora (Suavizándole.) Mañana por la mañana podrá usted juzgar mejor. Véngase usted conmigo y no piense más en ello por ahora. (Le coge el brazo con solicitud maternal y le empuja suavemente hacia el sendero.)

Broad. (Cediendo con desesperación.) Debo de estar borracho... horriblemente borracho; porque su voz de usted me quitó los sentidos... (Tropieza con un guijarro.) No, palabra de honor, Miss Reilly, no es nada, tropecé con ese canto. Una casualidad nada más.

Nora Claro. Tome usted mi brazo, Mr. Broad-

bent, para bajar el sendero y verá usted cómo no habrá más tropiezos.

Broad. (Tomándolo sumiso.) No sé cómo pedirle excusas, Miss Reilly, ni expresarle mi agradecimiento por su amabilidad cuando me encuentro en estado tan lamentable. Pero, ¿cómo habré podido yo..? (Resbala otra vez.) ¡Malditos guijarros, otra vez tropiezo!

Nora Animo, ánimo. Adelante. (Se deja guiar hacia la carretera cual borracho convicto. Para él hay algo de divino en la indulgencia simpática con que reemplaza el disgusto pasado, y no sospecha siquiera el hecho ni la ignorancia que ella tiene del mismo, de que, cuando un inglés se pone sentimental, se porta poco más ó menos como un irlandés que está borracho.)

ACTO TERCERO

A la mañana siguiente Broadbent y Larry están sentados á los extremos de una mesa, donde se les ha servido el desayuno, situada en medio de una plazoleta cubierta de grama delante de la casa de Cornelio. Han acabado de comer y están sepultados en periódicos. La mayor parte de la vajilla está amontonada en una gran bandeja negra, cuadrada, de metal japonés. La tetera es de barro obscuro de Delft. No hay plata, y la manteca, encima de una fuente ordinaria, está en un bloque. El fondo lo forma la casa, un pequeño edificio blanqueado de cal, en el que la puerta de entrada lleva vidrios en su mitad superior. Una persona que salga de esta puerta al jardín, encontrará la mesa directamente enfrente, y, á su derecha, en la mitad de la cuesta que forma el jardín, una puertecita que da á la carretera. Si se vuelve bruscamente á la izquierda, verá, dando la vuelta al extremo de la casa, un bosquecillo de arbustos sin podar. El mutilado resto de una gran estatua de yeso, casi derretida por las lluvias de un siglo, y figurando vagamente una matrona romana majestuosa, con una corona en la mano, se yergue descuidada en medio de unos laureles. Semejantes estatuas, al parecer obras de arte, crecen naturalmente en jardines irlandeses. Su germinación es un misterio para los habitantes más ancianos, á cuyos medios y gustos son completamente ajenos.

Hay un banco rústico, muy ensuciado por los pájaros y descortezado y agrietado por la intemperie, cerca de la puertecita. Por el lado opuesto yace un cesto allí

dejado como podría haberlo sido en cualquier otra parte. Una silla vacía á la mesa estuvo últimamente ocupada por Cornelio, quien concluyó su desayuno y entró en el cuarto, en el que recibe las rentas y guarda los libros y la caja, conocido en la casa por «el despacho». Esa silla, semejante á las ocupadas por Larry y Broadbent, tiene un esqueleto de caoba y está tapizada de crin negra.

Larry se levanta y se marcha al bosquecillo con sus periódicos. Hodson entra en el jardín por la puertecita, desconsolado. Broadbent que está sentado cara á la puertecita, augura lo peor por su expresión.

Broad. ¿Has ido al pueblo?

Hodson Es inútil, señor, todo lo tendremos que traer de Londres por paquetes postales.

Broad. ¿Qué tal has pasado la noche?

Hodson Supongo que no habrá sido peor que usted en aquel sofá. Hay que tener paciencia.

Broad. Indudablemente tendremos que buscar otro alojamiento. (Como bajo el súbito impulso de una alegría irrepresible.) Después de todo, es gracioso lo que pasa. ¿Cómo encuentras á los irlandeses, Hodson?

Hodson Pues á mí me parecen muy bien en todas partes menos en su propio país. En Inglaterra he conocido á muchos y me gustaron por lo general. Pero aquí, señor, me estomagan, dicho sea en verdad. Me empezó esta impresión en cuanto desembarcamos en Cork. Es inútil que luche contra ello, no los puedo aguantar. Todo en mí se subleva contra esa gente.

Broad. No hagas caso. Sus defectos son muy superficiales; en el fondo es una de las razas mejores del mundo. (Hodson se vuelve á otro lado sin tratar de corresponder á su entusiasmo.) A propósito, Hodson...

Hodson (Volviéndose hacia él.) Mande, señor.

Broad. ¿No me notaste nada de particular anoche cuando entré con aquella señora?

Hodson (Sorprendido.) Yo, nada.

Broad. Vamos, habla francamente.

Hodson No noté nada, señor. ¿A qué se refiere usted, señor?

Broad. Pues... pues... vamos, ¿me notaste que estaba... algo trastornado?

Hodson (Atónito) Nada, señor.

Broad. ¿Estás seguro?

Hodson Hasta no poder más. Ordinariamente cuando está usted un poco alegre, está muy expansivo. Anoche, en cambio, parecía usted más bién algo abatido y reservado.

Broad. La verdad es que no tengo el más mínimo dolor de cabeza. ¿Has probado tú el *potcheen?*

Hodson Tomé justamente un sorbo. Sabe á turba, es una cosa horrenda. Buena para los de aquí. Les gusta el dichoso *potcheen* y la cerveza muy alcoholizada. Por cierto no sé como pueden con esas bebidas. Donde esté la cerveza inglesa...

Broad. A propósito: me dijiste que no podría tener sopa de harina para el desayuno y me la sirvieron, sin embargo.

Hodson Sí, señor, ya lo ví. Dispénseme. Aquí le dan otro nombre, por lo que me equivoqué.

Broad. En fin, dejemos la conversación.

(Hodson entra en la casa. Al abrir la puerta se encuentra con Nora y la tía Judit en el umbral. Se retira á un lado para dejarlas pasar, con el aire de un criado que sabe su obligación engolfado en graves tareas. Luego entra. Broadbent se levanta. La tía Judit va hacia la mesa y recoge en la bandeja los platos y las tazas. Nora va hacia el respaldo del banco rústico y mira hacia la puertecita con el aire de una mujer acostumbrada á no tener que hacer nada. Larry vuelve del bosquecillo.)

Broad. ¿Se ha descansado, Miss Doyle?

Judit (Pareciéndole muy tarde el momento para semejante salutación.) ¡Descansado, ya! (Antes de mover su plato) ¿Ha concluído usted?

Broad. Ya lo creo. Nos dispensarán de no haberlas esperado. El aire del campo nos incitó á levantarnos temprano.

Judit ¿Temprano dice usted?

Larry Mi tía Judit habrase desayunado á eso de las seis y media.

Judit ¡Qué ocurrencia, sacar las sillas del salón aquí al jardín y servirle el desayuno á Mister Broadbent al aire libre con este fresco.

¡Milagro si no ha cogido algún mal! (A Broadbent.) ¿Por qué no se opuso usted á semejante locura, Mr. Broadbent?

Broad. Pero si á mí me gusta mucho el aire libre.

Judit Por Dios, ¿cómo puede gustarle lo que no es natural? ¿Cómo ha dormido usted?

Nora ¿No le despertaron á usted con un estrépito grande á cosa de las tres? Creí que la casa se hundía. Yo tengo el sueño muy ligero.

Larry Creo recordar que una de las patas del sofá estaba desvencijada hace dieciocho años. Habrá sido ello, Tom.

Broad. (Vivamente.) No importa. No me hice daño, solo que...

Judit ¡Cuánto lo siento! Y eso que había dicho á Patsy que clavara bien esa pata.

Broad. La clavó, Miss Doyle; pero, como si no.

Judit ¡Dios mío, Dios!

(Un campesino que va para viejo, bajito, enjuto, bronceado, con una voz profunda y una entonación al parecer agresiva, pero en realidad patética—la voz de un hombre de existencia dura y numerosos cuidados—entra por la puertecita. Es bastante viejo para tal vez haber gastado casaca larga de lana burda y calzones cortos en sus tiempos; pero ahora va vestido con cierta elegancia llevando largo gabán negro, sombrero de copa y pantalones color de salvado. Su cara está tan limpia como el lavado lo permite, lo que no dice mucho, por ser la costumbre adquirida y no congénita.)

Campesino (En la puertecita.) ¡Buenos días nos dé Dios! (Entra un poco en el jardín.)

Larry (Protector, hablando al través del jardín.) ¿Es usted Mr. Haffigan? ¿No se acuerda usted de mí?

Mateo (Intencionadamente brusco y torpe.) No. ¿Quién es usted?

Nora ¡Oh! estoy segura de que le recuerda, mister Haffigan.

Mateo (Cediendo con trabajo.) Ya caigo. ¿No es el joven Larry Doyle?

Larry Lo ha dicho usted.

Mateo (A Larry.) He sabido que le ha ido muy bien por América.

Larry Sí, bastante bien.

Mateo Supongo que habrá usted visto á mi hermamano Andrés por allí.

Larry Pues no. Es un sitio tan grande que buscar

á un hombre por allí es igual que buscar una aguja en un pajar. Me dijeron que era un gran hombre en aquellas tierras.

Mateo Así es, á Dios gracias. ¿Dónde está su padre de usted?

Judit Está ahí dentro, en el despacho, Mr. Haffigan, con Barney Doran y el padre Dempsey. (Mateo, sin gastar más palabras con la reunión, entra en la casa.)

Larry (Mirando hacia él con extrañeza.) ¿Está enfadado el viejo Mateo?

Nora No. Está como siempre. ¿Por qué?

Larry Parece que para conmigo no es el mismo. Antes me trataba con tanto respeto, hasta con exageración. Ahora parece tan brusco y tan orgulloso.

Judit Seguramente habrá vendido su cortijo á la compañía de Compras territoriales. Ahora ya vive de lo suyo.

Nora Las cosas han cambiado mucho, Larry. Están desconocidos los antiguos terratenientes. Parece que se toma uno una libertad dirigiéndoles la palabra, á algunos de ellos, por lo menos. (Va hacia la mesa y ayuda á quitar el mantel y lo doblan entre ella y la tía Judit.)

Judit Tengo curiosidad por saber á qué ha venido á ver á Cornelio. No ha estado aquí desde que pagó el resto de su antigua renta, y entonces casi se lo tiró á la cara á Cornelio.

Larry No me extraña. Toda esa gente nos odiaba á muerte. ¡Demonios! (Mustio.) Los he visto en aquel despacho diciendo á mi padre qué niño más hermoso era yo, abrumándole con sus zalamerías, dándole tratamiento de señoría, mientras se crispaban sus manos con afán de ahogarle.

Judit ¿Por qué habían de querer hacerle daño al pobre Cornelio? El fué quien á Mateo le dió los medios de librar su cortijo de la hipoteca y respondió por él por hombre decente, trabajador é industrioso.

Broad. ¿Industrioso? Es extraño en un irlandés, sabe usted.

Larry ¡Industrioso! La industria de ese hombre me ponía mal aun de chico. Le digo á usted que la industria de un campesino irlandés

no tiene nada de humana, es peor que la industria de un pólipo coralígeno. Un inglés trabaja con cierta sensatez, nunca háce más de lo que es menester, lo suficiente para que no esté mal hecho, pero en cambio un irlandés trabaja como si había de morir en cuanto pare. Ese hombre, Mateo Haffigan y su hermano Andrés construyeron un cortijo con un montón de piedras que había en un ribazo, roturaron el terreno con los dedos, como quien dice, y compraron la primera pala con el producto de la primera cosecha de patatas. ¡Cuestión de hacer crecer dos espigas de trigo donde antes solo crecía una! Esos dos hombres criaron trigo en un pedregal donde antes no crecía ni retama.

Broad. Pues lo encuentro magnífico. Solo una gran raza es capaz de producir á semejantes hombres.

Larry Semejantes locos, querrá usted decir. ¿Qué bienes pueden sacar de eso? En cuanto hubieron hecho fructificar la tierra, el dueño de ella les impuso una renta de cinco libras al año y los echó por no poder pagarla.

Judit ¿Por qué no pudieron pagar lo mismo que Billy Byrne que la tomó después?

Larry (Con enfado.) Bien sabe usted que Billy Byrne nunca pagó. Solo ofreció pagar para lograr la posesión. Nunca pagó.

Judit Por eso fué porque Andrés Haffigan le dió con un ladrillo en la cabeza y le dejó como sabemos. Andrés por ello tuvo que huir á América.

Broad. (Enardecido y con indignación.) Pues hizo bien, miss Doyle. Le doy la razón.

Larry Tontería. Un hombre que se moría de hambre fuera de una granja matando á otro que se moría de hambre en ella. ¿Es eso lógico?

Broad. Pues yo, yo hubiese hecho más, hubiese... (Balbuceando de rabia.) hubiese pegado un tiro al maldito propietario y retorcido el cuello al maldito agente y volado la granja con dinamita y con ella hasta el castillo de Dublin.

Larry Sí, hubiese usted hecho grandes cosas, y de provecho sobre todo. ¡Lo que son los ingleses! Hacen unas leyes malas y reparten todo el terreno, y luego, cuando su incapacidad económica produce sus naturales é inevitables resultados, se indignan moralmente y quieren matar á los que están encargados de ejecutar aquellas leyes.

Judit No haga usted caso, Mr. Broadbent. Pero de todos modos los propietarios ya poco daño pueden hacer; dentro de poco no quedará ni uno.

Larry Al contrario, pronto no habrá más que propietarios Y entonces ¡Dios la tenga de su mano á Irlanda!

Judit Pero usted, Larry, nunca está contento. (A Nora) Ven, hija, y haz la masa del pastel. Podemos dejar á esos señores discutir. No nos necesitan. (Coge la bandeja y entra en la casa.)

Broad. (Levantándose y protestando galantemente.) ¡Oh, miss Doyle, realmente, realmente...

(Nora, siguiendo á la tía Judit con el mantel arrollado en la mano, le mira y le deja aturdido. El la mira hasta que desaparece, luego se acerca á Larry y se dirige á él con súbita vivacidad.)

Broad. Larry.

Larry Usted dirá.

Broad. Me emborraché anoche y le hice una declaración á miss Reilly.

Larry Pero ¡qué me dice usted! (Grita en medio de una carcajada con un registro atiplado no usado en Inglaterra en semejantes casos.)

Broad. ¿De qué se ríe usted?

Larry (Serenándose bruscamente.) No lo sé. Son cosas de las que se ríe un irlandés. Y ella, ¿qué dijo?

Broad. Nunca olvidaré que, con la nobleza que caracteriza á su nación y á pesar de encontrarme yo á merced suya, me rechazó.

Larry Pues obró muy imprudentemente. (Empezando á reflexionar.) Pero dígame, ¿cuándo estaba usted borracho? Estaba usted completamente sereno cuando volvió con ella de la Torre Redonda.

Broad. No, Larry, yo estaba borracho, lo siento decirlo. Había bebido dos vasos de ponche.

Ella tuvo que llevarme hacia casa. Debe usted de haberlo notado.

Larry Yo, nada.

Broad. Pues ella sí.

Larry ¿Quiere usted decirme cuánto tiempo tardó usted en declararse? Cuando más habrá sido á las dos horas de conocerla.

Broad. Me parece que fué al cabo de dos minutos. Ella no estaba aquí cuando llegué, y la ví por primera vez junto á la torre.

Larry ¡Pues es usted un valiente chico para que le dejen andar sólo por este país! Eso de la borrachera es pura fantasía.

Broad. Fué una borrachera que no me atacó la cabeza—pues no me duele—ni las piernas, y hablaba con toda claridad. Por lo visto el *potcheen* ataca el corazón. ¿Qué debo hacer ahora?

Larry Nada. ¿Qué falta hace?

Broad. Estoy en una situación algo delicada. La cuestión es la siguiente: ¿estuve bastante borracho para no quedar moralmente responsable de mi proposición? ó ¿estuve bastante sereno para estar obligado á reiterarla ahora que mi serenidad no deja lugar á duda.

Larry Yo observaría un poco más antes de decidirme.

Broad. No, no. Eso no estaría bien. No sería caballeroso. O estoy obligado ó no lo estoy. Quisiera saber hasta qué punto estaba borracho.

Larry Pues, evidentemente, estaba usted en un estado de sentimentalismo alegre.

Broad. Eso es verdad, Larry, lo concedo. Su voz tuvo un efecto muy extraordinario sobre mí. ¡Esa voz irlandesa!

Larry (Con simpatía.) Sí, ya sé. La primera vez que estuve yo en Londres estuve á punto de proponer un paseo á una vendedora de una tahona, porque su acento de Whitechapel era tan distinguido, tan extrañamente conmovedor, tan bonito...

Broad. (Enfadado.) Creo que miss Reilly no es una vendedora.

Larry ¡Ah! pues la vendedora era una muchacha preciosa.

Broad. Para usted todas las inglesas son ángeles. En eso realmente, Larry, tiene usted gustos muy ordinarios. Miss Reilly es un tipo de los más finos, un tipo raro en Inglaterra, excepto tal vez en lo mejor de la aristocracia.

Larry ¡Vaya con la aristocracia! ¿Sabe usted lo que come Nora?

Broad. ¿Come? ¿Qué quiere usted decir?

Larry Desayuno: té con tostadas de manteca, á veces con un torrezno y, en muy pocas ocasiones, digamos el día de su santo, un huevo. Comida al medio día: un plato y nada más. A la noche otra vez té con tostadas. La compara con las inglesas que se embaulan de tres á cinco comidas al día y, naturalmente, encuentra que es una sílfide. La diferencia no es una diferencia de tipo, sino la diferencia entre la mujer que no come racionalmente por comer demasiado mucho, y la que no come racionalmente por comer demasiado poco.

Broad. (Furioso.) Larry, usted me... me... me asquea. Es usted un chiflado. (Se sienta enfadado en el banco rústico que con dificultad resiste la pesadumbre.)

Larry ¡Firme, firme! (Se ríe y se sienta en la mesa.)

(Cornelio Doyle, el padre Dempsey, Barney Doran y Mateo Haffigan salen de la casa. Doran es un hombre robusto, de brazos cortos, cabeza redonda, pelo rojo, de mediana edad, de temperamento sanguíneo, con una afición enorme por los chistes ridiculizantes, obscenos, blasfemadores ó sencillamente crueles y sin sentido, y de una violenta é impetuosa intolerancia para con otros temperamentos y opiniones, representando todo eso energía y capacidad gastada y desmoralizada por falta de suficiente educación y ambiente social para encauzarla hacia una actividad bienhechora y construir con ella un carácter; porque Barney no es en modo alguno ni estúpido ni débil. Es muy descuidado de su persona, pero los peores efectos de su descuido se mitigan por la capa de harina y polvo de molino que le cubre; y su traje sin cepillar revela cierta elegancia de hechura y ser de tela cara.

Mateo Haffigan, algo molesto, vaga por el jardín tímidamente, por el lado del bosquecillo, hasta echar ancla cerca del cesto donde siente que menos estorba.

El sacerdote se acerca á la mesa y da un golpecito en el hombro de Larry. Larry, volviéndose rápidamente y reconociendo al padre Dempsey, se levanta de la mesa y da al sacerdote un cordial apretón de manos. Doran baja por el jardín entre el padre Dempsey y Mateo; y Cornelio al otro lado de la mesa se vuelve hacia Broadbent, quien se levanta alegre.)

Cornelio Creo que todos nos vimos anoche.

Doran Tuve ese gusto.

Cornelio Por cierto, se me olvidaba. (A Broadbent presentando á Barney.) Le presento á usted á mister Doran. Es suyo aquel hermoso molino que vió usted desde el coche.

Broad. (Muy á gusto con todos.) Tengo mucho gusto en conocerle, Mr. Doran.

(Doran, en la inseguridad de si le cortejan ó le tratan con benevolencia protectora, menea la cabeza.)

Doran Y usted, ¿cómo va, Larry?

Larry Perfectamente, gracias. A usted no hay que preguntarle. (Doran sonríe, y se dan la mano.)

Cornelio Dale una silla al padre Dempsey, Larry.

(Mateo Haffigan corre hacia el extremo más próximo de la mesa, coge allí una silla y la coloca cerca del cesto, pero Larry ya cogió una silla del otro extremo y la colocó enfrente de la mesa. El padre Dempsey acepta esta posición más central.)

Cornelio Siéntese, Barney, ande; y usted Mateo. (Doran coge la silla que Mateo está todavía ofreciendo al cura, y el pobre Mateo, dejado sin asiento, humildemente pone el cesto boca abajo y se sienta en él. Cornelio trae su propia silla desde la mesa y se sienta á la derecha del Padre Dempsey. Broadbent vuelve á ocupar su sitio en el banco rústico. Larry cruza hacia el banco y se va á sentar en él á su lado, cuando Broadbent le detiene nerviosamente.)

Broad. ¿Cree usted, Larry, que resistirá el peso de dos?

Larry Quizás no. Quédese usted sentado. Yo estaré de pié. (Se coloca detrás del banco.)

Cornelio ¿Quiere usted tomar la palabra, Padre Dempsey?

P. Dem. No, usted hable, la Iglesia no tiene que meterse en la política.

Cornelio ¿No has pensado nunca en hacerte diputado, Larry?

Larry ¡Yo!

P. Dem. (Animándole.) Sí, usted. ¿Por qué no?

Larry Me temo que mis ideas no son bastante populares.

Cornelio No sé. ¿Que dice usted, Barney?

Doran Lo que digo es que hay demasiada palabrería en la política irlandesa.

Larry Pero su actual diputado de ustedes, ¿se quiere retirar?

Cornelio No, que yo sepa.

Larry ¿Pues?

Mateo (Estallando con amargura intensa.) Ya estamos hartos de sus discursos tontos contra los propietarios de tierras. ¿Quién es él, para hablar del campo, cuando en toda su vida no ha puesto los pies fuera de una oficina en la ciudad?

Cornelio Estamos cansados de él. No sabe lo que se dice. No todo el mundo puede poseer tierras. Algunos tienen que poseerlas para aprovecharlas. Todo aquello estaba muy bien cuando hombres formales como Doran y yo y Mateo no podían poseer tierras. Pero, ¿quién que tenga dos dedos de frente pensaría en hacer propietario á Patsy Farrell ú otros por el estilo?

Broad. Pero no hay duda que el sistema de latifundios irlandés, tiene la culpa de lo que sufrió Mr. Haffigan.

Mateo No importa lo que yo sufrí. No me acordaría si no me hablara usted de ello. Yo nunca he querido sino poseer la granja que hice con mis propias manos: dígale, sino, Doyle, y ustedes que lo saben. Creo que soy apto para ser propietario y tener responsabilidad de tal. (Gruñendo enfadado con Cornelio.) ¿Puédeseme comparar con Patsy Farrell, que apenas sabe distinguir su mano derecha de su mano izquierda?

Cornelio Pues es precisamente lo que digo. Le comparé á usted, para favorecerle.

Mateo (Testarudo.) Pues, ¿qué quería usted decir cuando hablé de si había que darle tierras?

Doran Calma, Mateo, calma. Está usted como un oso con el lomo herido.

Mateo (Temblando de ira.) Y ¿quién es usted, para enseñarme á mí buenas maneras?

P. Dem. (Exhortando.) ¡Vamos, vamos! Mateo, tranquilícese. Cuántas veces he dicho que es usted demasiado pronto para ofenderse cuando no hay de qué. Usted no entiénde: Cornelio dice precisamente lo que usted quiere que diga. (A Cornelio.) Adelante, Mr. Doyle, y no haga usted caso.

Mateo (Levantándose.) Bien, entonces, si mis tierras han de darse á Patsy y otros por el estilo, me voy de aquí. Yo...

Doran (Con impaciencia violenta.) Pero, ¿quién trata ahora de dar sus tierras á Patsy, tonto de Dios?

P. Dem. Cuidado, Barney, cuidado. (Con severidad á Mateo.) Ya le dijo á usted, Mateo Haffigan, que Cornelio Doyle no ha dicho nada que pueda ofender á usted. Siento que la palabra de su cura párroco, no le baste á usted. Me marcharé antes de hacerle á usted cometer un pecado contra la Iglesia. Adiós, señores. (Se levanta. Todos se levantan menos Broadbent.)

Doran (A Mateo.) ¡Ve usted! Bien empleado, viejo chocho y pendenciero.

Mateo (Aplastado.) Pero, ¿qué dice usted, Padre Dempsey? Nunca tuve la menor intención contra usted y la Santa Iglesia. Reconozco que fácilmente salgo de mis casillas, cuando se trata de las tierras. Dispénseme.

P. Dem. (Volviendo á su sitio con reservada dignidad.) Bien, por esta vez pase. (Se sienta, los demás se sientan, excepto Mateo. El Padre Dempsey, á punto de decir á Cornelio que prosiga, se acuerda de Mateo y se vuelve hacia él, echándole sólo una migaja de benevolencia.) Siéntese, Mateo. (Mateo, aniquilado, se sienta y se calla, mientras sus ojos van lastimeramente de uno á otro con afán intensamente desconfiado, por entenderlos.) Prosiga, mister Doyle. Hay que ser indulgente. Prosiga.

Cornelio Pues, Larry, la cosa es lo siguiente: En todo el contorno, nos hemos hecho con las tierras y no necesitamos que el gobierno se meta con nosotros. Necesitamos una nueva clase de hombres en el Parlamento, hombres que comprendan que los terratenientes somos la espina dorsal del país, hombres que no se

preocupen por los asuntos de las ciudades, ni por las tonterías de los renteros.

Doran Sí, y hombres que puedan vivir en Londres por su propia cuenta y esperen allí hasta que se vote el *home rule,* sin necesitar suscripciones y otras gangas.

P. Dem. Sí, eso es importante, Barney. Cuando los políticos cobran demasiado, resulta en perjuicio de la Iglesia. Un miembro del Parlamento debiera ser una ayuda para la Iglesia, en vez de ser una carga para ella.

Larry Aquí, Tom, hay un camino para usted. ¿Qué le parece?

Broad. (Como rechazando, pero sonriendo y halagado.) ¡Oh! yo no tengo derecho á pretender semejante puesto. Soy sajón.

Doran ¿Qué ha dicho?

Broad. Que soy sajón, inglés, vamos.

Doran ¡Sajón! Nunca he oído esa palabra.

Mateo (Haciéndose el entendido.) A mi parecer, Padre, no hay nadie, para tener independencia completa en lo que concierne á la cuestión de las tierras, como un protestante inglés, mientras nadie puede convenir menos, para hablar de ella, que un católico irlandés.

Cornelio Pero yo creo que á Larry se le puede considerar como inglés. ¿Qué te parece á ti,

Larry Mira, papá, quítate esas ideas de la cabeza, en lo que á mí me atañe.

Cornelio ¿Pero por qué?

Larry Tengo opiniones muy cerradas que á ustedes no podrían convenir.

Doran (Con voz atronadora.) Pero ¿es ese Larry el orgulloso *feniano* de antes?

Larry No, el orgulloso *feniano* ahora es más viejo, y tal vez más loco.

Cornelio Pero á nosotros, ¿qué nos importan tus opiniones? Tú sabes que tu padre compró su granja lo mismo que aquí Mateo la suya y Barney su molino. Lo que ahora queremos es que no se metan con nosotros. Supongo que no te opones á eso.

Larry Ya lo creo que me opongo. Creo que hay que meterse con todo y con todo el mundo.

Cornelio (Montando en cólera.) Pero, ¿qué está diciendo ese joven tonto? Acabo de ofrecerle un acta

de diputado, y no se le ocurre otra respuesta que hacer dengues y decir tonterías. Vamos al grano, ¿aceptas ó no aceptas?

Larry Pues bien, aceptaré ese acta con gusto si me la dais.

Cornelio (Calmándose de repente.) ¡Ah! eso es otra cosa. Menos mal que por fin has comprendido que no es mal negocio el que te ofrecen.

Doran (Desconfiado.) Espere un poco, espere.

Mateo (Luchando entre su descontento y su miedo del Cura.) No es por ser hijo de usted que le ofrecemos el mandato. Padre Dempsey, ¿no le parece á usted que sería bueno que se explicara muy claramente acerca de su punto de vista en cuanto á las tierras?

Larry (Poniéndose rápidamente cerca de Mateo.) Pues me voy á explicar, Mateo. Yo siempre he pensado que era una cosa tonta, inútil, hasta dañosa, dejar las tierras en manos de los antiguos dueños sin pedirles cuenta estrecha del uso que de ellas hicieron y de cómo viven los que las trabajan. Creo haber observado que lo único que les preocupa es sacar lo más posible para gastarlo en Inglaterra, y muchos gastan sin tasa, y luego se empeñan hasta el punto de no poder ya atender sus propiedades. Pero le digo á usted lisa y llanamente, Mateo, que si alguien cree que las cosas van á mejorar porque las tierras pasen á manos de pobretones como usted y otros, sin pedirles cuenta alguna de cómo tratan á los trabajadores, está muy equivocado.

Mateo (Enfadado.) ¿Quién es usted para despreciarme á mí? Se figurará usted que es usted superior por ser su padre corredor de fincas.

Larry ¿Y quién es usted para despreciar á Patsy Farrell? Se figurará usted que es usted superior por ser dueño de algunas tierras.

Mateo ¿Han abusado alguna vez de Patsy Farrell como se ha abusado de mí, dígame?

Larry Ya abusarán de él si cae en poder de usted. Como usted estuvo en poder del antiguo dueño de sus fincas. ¿Cree usted que por ser usted pobre é ignorante y estar muy desgastado por el trabajo será usted menos

duro y opresor para los que no tienen tierra alguna que el viejo Nicolás Lestrange, quien fué un caballero de buena educación, que había viajado mucho y á quien seguramente no le importarían tanto cien libras como á usted cinco chelines? Ese caballero estaba demasiado por encima de Patsy Farrell para que éste le hiciese sombra; pero usted, que solo está encima de él algunas pulgadas, preferiría morir á dejarle subir esas pocas pulgadas. Bien lo sabe usted.

Mateo (Pálido de rabia, con voz ahogada.) No quiero oir más. (Trata de levantarse, pero Doran le agarra del abrigo y le obliga á volverse á sentar.) Me voy, le digo. (Alzando la voz.) Suelte usted, Barney.

Doran Siéntese, viejo chiflado. (Bajando la voz.) Piénselo, no le conviene oponerse á su candidatura.

P. Dem. (Levantando el índice.) ¡Mateo! (Mateo se sienta.) Vamos, vamos. ¿Qué significan todas esas cosas que dicen de Patsy Farrell? Para qué hay que meterle á él en el asunto

Larry Porque explotando la pobreza de Patsy para vender más barato en los mercados mundiales fué como indujimos á Inglaterra á que arruinara á Irlanda. Y ella nos volverá á arruinar en cuanto levantemos cabeza para explotar la baratura de la mano de obra. Y bien empleado nos estará. Si yo logro entrar en el Parlamento trataré que se vote una ley prohibiendo á cualquiera de ustedes dar á Patsy menos de una libra por semana, (Todos le miran atónitos, no pudiendo creer en sus oídos.) ni hacerle trabajar más que harían con un caballo que les hubiese costado cincuenta guineas.

Doran Pero, ¿qué está usted diciendo?

Cornelio (Espantado.) ¡Una libra por...! ¡Dios nos tenga de su mano! Ese chico está loco.

(Mateo, sintiendo instintivamente que allí hay algo que pasa de su comprensión, se vuelve, con la boca abierta, hacia el Cura, como esperando por lo menos la excomunión sumaria de Larry.)

Larry ¿Cómo se va el hombre á casar y á vivir decentemente con menos?

P. Dem. Pero hombre, ¿en dónde ha estado usted

viviendo todos esos años? Y ¿con qué ha estado usted soñando? ¿No comprende usted que, no pudiendo estos honrados señores sacar de las tierras sino para vivir con estrechez, no pueden dar más de lo que dan á los trabajadores?

Larry (Ahora completamente soliviantado.) Entonces que hagan sitio á los que pueden. ¿Por qué Irlanda ha de pasar por todo? Primero fué entregada á los ricos, y ahora que éstos se han cebado en su carne, se quiere echar los huesos á los pobres, que no pueden hacer otra cosa que sorberle la médula. Si no es posible que hombres de honor posean la tierra, dejad siquiera que la poseen hombres inteligentes. Si no podemos tener á hombres inteligentes, dejad siquiera que vengan hombres con capital. Cualesquiera son mejores que Mateo, que no tiene ni honor, ni inteligencia, ni capital, ni nada, sino la laboriosidad del bruto, el afán del avaro.

Doran Bueno, pero no todos somos unos viejos chochos como Mateo. (Dirigiéndose al objeto de su burla.) ¿No es verdad, Mateo?

Larry Es usted igual, Barney, para lo que concierne á fines industriales. Todos son ustedes unas criaturas. La gente gorda, á la que yo pertenezco, no puede utilizarles. Además, nosotros los irlandeses, no valemos para terratenientes, y nunca haremos nada de provecho como tales. Somos como los judíos: el Todopoderoso nos dió sesos y nos mandó arrendarlos y no arrimarnos á los terruños.

P. Dem. (Con ironía amable.) ¡De modo que quiere usted compararnos con los judíos! Me parece que tengo que catequizarle á usted un poco. La cosa más próxima que va usted á hacer, si le hacen á usted diputado, será sin duda, oponerse á la disolución de la así llamada iglesia irlandesa.

Larry Ya lo creo, ¿y por qué no? (Sensación.)

Mateo (Rencoroso.) Es un renegado.

Larry A San Pedro, sobre cuya roca fué edificada nuestra Iglesia, le crucificaron con la cabeza abajo por haber sido un renegado.

P. Dem. (Con una dignidad llena de calma y de autoridad, que pone á Doran á punto de estallar.) Eso es verdad. Cállese, Mateo, como corresponde á su ignorancia, y deje usted discutir á su párroco con este caballero. Ahora le diré, Larry Doyle, que cualquier cosa que haya sido por lo que fué crucificado el bendito San Pedro, no fué por ser protestante. ¿Lo es usted?

Larry No. Soy un católico bastante inteligente para ver que los protestantes nunca son tan peligrosos para nosotros como cuando están libres de toda alianza con el Estado. La así llamada Iglesia irlandesa es más fuerte hoy día que nunca.

Mateo Padre Dempsey, dígale usted que á una tía de mi madre se la mató á tiros en la calle de Roscullen por un soldado en la guerra del Diezmo. (Frenético.) Quiere imponernos de nuevo el diezmo... Quiere...

Larry (Interrumpiéndole con desprecio soberano.) ¡Imponerles á ustedes otra vez el diezmo! Pero, ¿se han librado á caso de él? ¡Había más cargas cuando pagaba usted el diezmo al párroco que cuando pagaba usted el mismo dinero á Lestrange, bajo forma de renta, y éste lo entregaba al fondo para el sostenimiento de la Iglesia! ¿Quiere usted siempre ser engañado por leyes del Parlamento, que no cambian otra cosa que la corbata del hombre que diezma sus bolsillos de ustedes? Le diré lo que yo haría con usted, mister Haffigan: le haría pagar diezmos á su propia Iglesia. Quiero que la Iglesia católica sea reconocida oficialmente en Irlanda, eso es lo que quiero. ¿Cree usted que yo, acostumbrado desde que nací á considerarme como hijo de una Iglesia grande y santa, puedo ver con tranquilidad que esa Iglesia tiene que mendigar su pan de la ignorancia y superstición de hombres como usted? Yo la quisiera tan encima de mundanales necesidades como de mundanal orgullo y ambición. Sí, y hasta quisiera que Irlanda compitiese con Roma misma para la silla de San Pedro y la ciudadela de la iglesia; porque Roma, á pesar de toda la sangre de los mar-

tires, es pagana de corazón hasta la fecha, mientras en Irlanda el pueblo es la Iglesia y la Iglesia es el pueblo.

P. Dem. (Extrañado, pero nada disgustado.) Calle usted, hombre, es usted peor que el mismo Pedro Keegan.

Broad. (Quien ha escuchado con la mayor admiración.) Me extraña usted, Larry. ¿Quién pensara que había usted de salir con esas? (Solemne.) Pero, por mucho que aprecio su elocuencia, realmente brillante, le suplico que no abandone el gran principio liberal de la secularización.

Larry Yo no soy liberal. ¡Dios no quiera! Una Iglesia secularizada es la mayor tiranía bajo la que pueda gemir una nación.

Broad. (Poniendo cara mustia.) No sea usted paradógico, Larry. Realmente me hace usted daño.

Larry Pronto verá usted aquí la verdad de lo que digo. Mire usted al padre Dempsey, él está secularizado, no tiene nada que esperar ni que temer del Estado, y el resultado es que es el hombre más influyente de Roscullen. El diputado por Roscullen se moría de miedo si el padre Dempsey le mirase torcido.

(El padre Dempsey se sonríe, complacido del reconocimiento de su autoridad.) Mírese á sí mismo; desafiaría usted diez veces al día al arzobispo oficialmente reconocido de Canterbury y no le pasaría á usted nada; pero, ¡ay de usted si soltase una palabra que ofendiese á un prelado secularizado! El partido conservador es hoy día el único que no admite la tutela del clero, porque es el único que reconoció á su Iglesia y puede impedir á un cura llegar á obispo si no es hombre de Estado tanto como hombre de iglesia.

(Calla. Le miran estupefactos y dejan al sacerdote el contestarle.)

P. Dem. (Con tono de juez) Joven, usted no será diputado por Roscullen, pero tiene usted más en su cabeza que lo que saca el peine.

Larry Siento, Padre, haberle desilusionado, pero ya le dije que era inútil hacerme tales ofrecimientos. Y ahora, el candidato se retira y les deja á ustedes discutir acerca de su su-

cesor. (Coge un periódico de la mesa y se aleja por el bosquecillo, enmedio de un silencio sepulcral; todos le siguen con la mirada hasta que desaparece por la esquina de la casa.)

Doran ¡Pero qué diablo de muchacho!

P. Dem. Es listo. Se hará un hombre de valía.

Mateo (Consternado.) ¿Quiere usted decir que he de meterle en el Parlamento para que traiga otra vez á Nicolás Lestrange y traiga los diezmos y me despoje en favor de Patsy Farrell y otros por el estilo, y todo por ser hijo único de Cornelio Doyle?

Doran (Brusco) Cállese, por Dios. ¿Quién trata de votarle ahora? Lo mismo; como si dijese que vamos á votarle á usted para que en el Parlamento explique sus angustias acerca de su cochino patatar.

Mateo (Lastimero.) ¡Que así se me hable después de todo lo que he sufrido!

Doran ¡Demonios! ya me va usted cargando con eso de sus sufrimientos. No oímos hablar de otra cosa desde que nacimos que de sufrimientos. Cuando no de usted, de cualquier otro, y cuando no era de alguno, era de la vieja Irlanda. Aquí ¡demonios! no se puede vivir á fuerza de lo que sufren los demás.

P. Dem. Esa es una verdad como un templo, Barney Doran. Sólo que su lengua de usted es un poco demasiado familiar con el demonio. (A Mateo.) Si pensara usted un poco más en los sufrimientos de los santos benditos, Mateo, y un poco menos en los de usted, encontraría más corto el camino de su granja al cielo. (Mateo va á contestar.) Bien, bien, basta; ya sabemos su opinión, y no estoy enfadado con usted.

Broad. ¿No ve usted, mister Haffigan, la simple explicación de todo eso? Mi amigo Larry Doyle es un orador muy brillante, pero es tory, un tory convencido y chapado á la antigua.

Cornelio ¿Y cómo lo conoce usted, Mr. Broadbent, si me permite la pregunta?

Broad. (Recogiéndose para un discurso político.) Ya sabe usted, mister Doyle, que en el fondo del carácter irlandés hay corrientes fuertes de torysmo. Larry mismo dice que el gran duque

de Wellington fué el irlandés más típico que jamás existiera. Claro que esto es una paradoja absurda, pero hay en ello una gran parte de verdad. Pues yo soy liberal. Conoce usted los grandes principios del partido liberal. La paz...

P. Dem. (Piadoso.) Escuchen, escuchen.

Broad. (Animándose.) Gracias. Las economías... (Espera otro aplauso.)

Mateo (Tímidamente.) ¿Qué significa eso de las economías?

Broad. Significa una reducción inmensa en la carga de los impuestos y contribuciones.

Mateo (Aprobando respetuosamente.) Muy bien. Muy bien, caballero.

Broad. (Siguiendo su oración.) Y, claro está, la reforma.

Cornelio
P. Dem.
Doran (Convencionales.) Claro está.

Mateo (Todavía desconfiado.) ¿Qué significa la reforma, caballero? ¿Quiere decir el cambio de todo lo existente ahora?

Broad. (Recalcando.) Significa, señor Haffigan, el mantener cuantas reformas han sido ya otorgadas á la humanidad por el partido liberal y el confiar en el desarrollo futuro hacia la libre actividad de un pueblo libre sobre la base de todas reformas.

Doran Muy bien. No más intermediarios. Estamos bien ahora y queremos que nos dejen en paz.

Cornelio Y del *home rule*, ¿qué?

Broad. (Levantándose para dirigirse á ellos de un modo más imponente.) En verdad, no puedo decirles mi opinión acerca del *home rule* sin usar el lenguaje de la hipérbole.

Doran No olvide que está presente el Padre Dempsey.

Broad. (No entendiéndole.) Perfectamente, ¡hum!... eso es. Lo único que puedo decir es que como inglés estoy por la unión. Es la mancha más negra en nuestra historia nacional. Veo acercarse el tiempo... y no puede estar lejano, señores, porque toda la humanidad lo ve acercarse y está anhelándolo con inequívocas muestras de impaciencia... veo acercarse el

tiempo, digo, en que una legislación puramente irlandesa impere en las esmeraldinas praderas de College Green, y la bandera actual, el *union jack*—ese detestable símbolo de un imperialismo decadente—sea sustituído por una bandera tan verde como la isla encima de la que flamea, una bandera en la que para Inglaterra sólo pediremos un modesto cuartel en recuerdo de nuestro gran partido y el nombre inmortal de nuestro grande anciano jefe.

Doran (Entusiasmado.) Eso es hablar, así, así. (Se da una palmada en la rodilla y hace guiños á Mateo.)

Mateo ¡Bravo, caballero, bravo!

Broad. Les dejo á ustedes ahora á sus deliberaciones, caballeros. Con gusto me hubiese extendido más sobre los servicios prestados por el partido liberal á la fe religiosa de la inmensa mayoría del pueblo irlandés; pero me limitaré á decir que en mi opinión no deben ustedes elegir representante que, cualesquiera que sean sus creencias personales, no sea partidario fervoroso de la libertad de conciencia y no esté dispuesto á demostrarlo con donativos, en la medida de sus medios, para contribuir á la grande y benéfica obra que usted, Padre Dempsey, (El Padre Dempsey se inclina) está realizando en pro del pueblo de Roscullen. Tampoco habrá que olvidar la cuestión, aunque menos siempre, sumamente importante de los deportes para el pueblo. El club local de *cricket*...

Cornelio ¿El qué?

Doran Aquí nadie juega á la pelota, si es lo que quiere decir.

Broad. Bien, digamos el juego de la barra. Parece que ví anoche dos hombres ocupados en ese juego... pero, en fin, esas son cuestiones de detalle. Lo principal es que su candidato de ustedes, esté donde esté, deberá ser un hombre de recursos capaz de ayudar á la población en vez de ser para ella una carga. Y si fuese paisano mío, el efecto moral en la Casa de los Comunes sería inmenso, tremendo. Dispensen ustedes estas palabras,

que nadie más que yo siente su impertinencia. Adiós, señores.

(Se va orondo hacia la puerta del jardín, felicitándose á sí mismo, con un ligero meneo de la cabeza y un guiño de ojos, de haber dado un golpe hábil en sus asuntos políticos.)

Haffigan (Aplastado.) Adiós, caballero.

Todos Adiós. (Le siguen con la mirada hasta estar fuera del alcance del oído.)

Cornelio ¿Qué le parece á usted, Padre Dempsey?

P. Dem. (Indulgente.) Hombre, no es un Séneca, Dios me oye; pero si vamos á ver, tampoco lo es nuestro diputado actual.

Doran ¡Qué demonios! Para el Parlamento puede valer: allí no hace falta sino saber charlar un poco, apurar al gobierno y votar con el partido irlandés.

Cornelio (Pensativo.) Es el inglés más raro que he visto en mi vida. Cuando abrió el papel esta mañana, lo primero que vió fué que una expedición inglesa había sido derrotada en algún punto de la India y se alegró tanto como el *Punch*. Larry le dijo que si hubiese vivido cuando llegó la noticia de Waterloo, se hubiese muerto de pena. La verdad, no creo que ese señor esté bien de la cabeza.

Doran ¿Y qué importa si está repleto de dinero? Para nosotros ya valdrá.

Mateo (Muy impresionado por lo que dijo Broadbent y no comprendiendo por qué los demás no están en el mismo caso.) ¿Tienen ustedes reparo por lo que dijo de las economías? Pues á mí me pareció muy bien.

P. Dem. Usted, Cornelio, podría saber por Larry cual es su fortuna. Dios nos perdone á todos, pero no hay que comprar el caballo sin mirarle los dientes. Antes de comprometerme quiero saber si vale la pena. (Se levanta. Todos se levantan respetuosos.)

Cornelio (Con algún sentimiento.) Me hubiese gustado que Larry hubiese logrado el puesto; pero, por lo visto, no puede ser.

P. Dem. (Consolándole.) ¡Bah! el muchacho es joven todavía y tiene disposiciones. Señores, queden ustedes con Dios. (Sale por la puerta del jardín.)

Doran Yo también tengo que marcharme. (Llama la atención de Cornelio sobre lo que está pasando en la carretera.) Vea cómo el orgulloso inglés aprieta la mano al padre Dempsey, como candidato en día de elección. Y vea usted cómo el padre Dempsey le da golpecitos en el hombro, como quien está convencido. Ahora está esperándome á mí para darme otro apretón. Le voy á decir que puede darse por elegido. (Sale riendo maliciosamente.)

Cornelio Venga usted conmigo adentro, Mateo. Después de todo, creo que le voy á vender el cerdo. Vamos á hacer el trato.

Mateo (Instantáneamente recayendo en el tono plañidero del rentero.) Me parece que no vamos á ponernos de acuerdo sobre el precio. (Sigue á Cornelio y entran en la casa.)

(Larry, todavía con el periódico en la mano, viene bajando por el bosquecillo. Broadbent vuelve por la puerta.)

Larry Bien, ¿qué ha pasado?

Broad. (Altamente satisfecho.) Me parece que he dado en el clavo. Les hablé una miaja y á todos les convencí. Todos juran por mí y votarán por mí el día de la elección. Usted dirá lo que quiera, Larry, pero ellos lo que quieren es un inglés. Saben que pueden fiarse de él.

Larry ¿De modo que le han traspasado á usted el honor?

Broad. (Complacido.) Hombre, creo que era natural. Esa gente, sabe usted, es muy lista á pesar de sus rarezas irlandesas. (Hodson sale de la casa. Larry se sienta en la silla de Doran y lee.) ¡Ah! á propósito, Hodson...

Hodson (Avansando por entre Broadbent y Larry.) Mande, señor.

Broad. Dime algunos datos de cómo marchas en tus tratos con la gente de aquí.

Hodson No tengo tratos con nadie. Si fuera yo á aceptar todos los tratos que se me ofrecen, no podría estar aquí en este momento, señor.

Broad. Bien, pero no seas demasiado reservado, sabes, Hodson. Si resultan algunos gastos, ya los pagaré yo. No importa, aunque tengas que convidar algo, así te tomarán más afecto.

Hodson Es usted muy bueno, señor, pero me parece que me puede tener sin cuidado el que me tomen afecto ó no. No pienso presentarme para diputado aquí.

Broad. Pero yo sí, ¿me entiendes?

Hodson (Despertando al punto.) ¡Ah, ya, dispense usted! Entendido, entendido.

Cornelio (Apareciendo en la puerta de la casa con Mateo.) Patsy le llevará el cerdo á casa. Adiós, Mateo. (Vuelve á entrar en la casa. Mateo va hacia la puerta del jardín. Broadbent le detiene. Hodson, crispado por el cesto que estorba, lo recoge y lo lleva detrás de la casa.)

Broad. (Con amabilidad de candidato.) Tengo que darle á usted particularmente las gracias, mister Haffigan, por su apoyo, esta mañana. Lo aprecio tanto más cuanto estimo que el verdadero corazón de la nación es la clase á la que usted pertenece, como quien dice la de los terratenientes.

Mateo (Atónito.) Terratenientes, ¿qué es eso?

Larry (Alzando la vista de su lectura.) No crea usted que se trata de militares. Quiere decir los dueños de tierras.

Mateo (Huraño.) Larry Doyle, no necesito lecciones de usted. Hay gentes que creen que sólo ellas saben algo. (A Broadbent, con deferencia.) Bien sé que un caballero como usted no me va á comparar á mí con la soldadesca. Mi abuelo fué arrastrado por ella por las calles de Athenmullet y su casa arrasada á cañonazos.

Broad. (Con interés simpático.) Entonces no es usted el primer mártir de su familia, mister Haffigan.

Mateo Me echaron de mi granja, que con mis propias manos había sacado yo de las piedras de un cerro.

Broad. Ya oí hablar de ello, y todavía me hierve la sangre al pensarlo. (Llamando.) Hodson...

Hodson (Desde la esquina de la casa.) Voy, señor. (Viene corriendo.)

Broad. Hodson, lo que ha sufrido este caballero debiera dar que pensar á todo inglés. Más es la falta de pensamiento que la falta de corazón la que permite tales iniquidades para desgracia de la sociedad.

Hodson (Prosaico.) Sí, señor.

Mateo Bien; pero yo tengo que marcharme. Con que, abur, caballero.

Broad. Tiene usted que andar bastante distancia, mister Haffigan. ¿Me permite usted que le lleve á su casa en mi coche?

Mateo ¡Oh! no quisiera molestarle tanto.

Broad. Nada de eso, tendré sumo gusto en ello, le aseguro á usted. En cinco minutos está el coche listo.

Mateo Bien, caballero, y si no hay inconveniente podríamos llevar el cerdo que acabo de comprar á Cornelio.

Broad. (Con entusiasmo.) Perfectamente, mister Haffigan; será muy delicioso llevar un cerdo en un automóvil, en eso me siento completamente irlandés. Hodson, estate con mister Haffigan, y échale una mano para el cerdo si lo necesita. Venga usted, Larry, para ayudarme. (Se aleja corriendo por el bosquecillo.)

Larry (Tirando malhumorado el papel sobre la silla.) Bueno, ya voy. ¡Qué ocurrencia!

Mateo (Mirando con desdén á Hodson y sentándose en la silla de Cornelio como para marcar las distancias.) ¿De modo que es usted el criado?

Hodson ¿El criado? ¡Ah! Sí, mande usted, soy el ayuda de cámara de mister Broadbent.

Mateo No parece que le mata el trabajo, tiene usted muy buena apariencia. (Con fiereza reprimida.) Míreme á mí que yo no he tenido esa suerte.

Hodson (Melancólico.) Ya quisiera tener la salud de usted: usted parece de hierro. Yo sufro de un exceso de ácido úrico.

Mateo ¿Qué caramba de enfermedad es esa? ¿No ha sufrido nunca de injusticia y de hambre? Esa es la enfermedad irlandesa ¡Puede usted hablar de sufrimientos, usted que vive de lo que han chupado de este país!

Hodson (Fríamente.) Pero ¿qué le pasa á usted, amigo? ¿Le han hecho algo?

Mateo ¡Si me han hecho algo! ¿No dijo su amo inglés que la sangre hervía en su corazón al oir lo que habían hecho conmigo, cuando me echaron de mi granja para dársela á Billy Byrne?

Hodson ¡Oh! la sangre de Tom Broadbent hierve fácilmente por cualquier cosa que pase fuera de su país. No hay que tomar las cosas tan á pecho, Patricio.

Mateo (Indignado.) ¡Patricio! ¿Cómo se atreve usted á llamarme á mí Patricio?

Hodson (Sin inmutarse.) Usted abra los oídos y escúcheme. Ustedes los irlandeses están demasiado bien, eso es lo que les pasa. (Con apasionamiento súbito.) Habla usted de su triste granja porque la hizo removiendo algunas piedras. Y ¿qué dirá usted si le cuento que mi abuelo puso en Londres una tienda de paños de primera á fuerza de trabajar sesenta años y luego fué lanzado de ella al fin de su vida sin tener ni un penique para telas? Habla usted de desposeimientos, usted á quien no pudieron echar sino después de haber dejado de pagar la renta de dieciocho meses. Yo una vez debía en Lombeth cuatro semanas de alquiler por estar sin colocación en el invierno. Pues quitaron la puerta y la ventana del cuarto y mi mujer por ello cogió una pulmonía. Ahora soy viudo. (Entre dientes.) ¡Dios mío! Cuando pienso en las cosas que nosotros los ingleses tenemos que aguantar y además oir las quejas sempiternas de ustedes los irlandeses, sin contar que ustedes todo lo empeoran con aceptar cualquier trabajo por cualquier sueldo y alojarse en los zaquizamís más inmundos, ma parece que sería capaz de coger la maldite vieja isla y regalársela á ustedes para que sepan lo que es canela.

Mateo (Levantando la vista, más incrédulo y escandalizado que enfadado.) ¿Querrá usted comparar á Inglaterra con Irlanda en eso de las injusticias y los atropellos, la miseria y los sufrimientos?

Hodson (Con intenso disgusto y desprecio, pero con la calma del hijo de Londres.) Pero ¿qué sabe usted? Se queja usted de vicio. En eso entiendo más que usted. Con todo, yo soy partidario del *home rule*, ¿y sabe usted por qué?

Mateo (Igualmente despreciativo.) Tal vez no lo sepa usted mismo.

Hodson Ya lo creo que lo sé. Es porque quiero que á mi propio país se le dedique alguna atención. Y eso nunca será mientras ustedes los irlandeses no cesan de quejarse y de alborotar en el Parlamento como si no hubiese más que ellos en el mundo. Que vuelvan al infierno ó á Connaught (Provincia de Irlanda, N. D. T.) como dijo Cromwell. Estoy de Irlanda hasta la coronilla. Que vaya por su lado. Cortemos las amarras. Regalémosla á Alemania para que el kaiser esté ocupado durante unos momentos, y que se deje en paz á la pobre vieja Inglaterra; eso es lo que yo digo.

Mateo (Con gran enfado.) Cuidado no cortemos las amarras nosotros. Estamos buenos. ¿Qué me habla usted de Inglaterra? ¿Tienen acaso allí el *coercion act?* (Especie de ley de expropiación forzosa. N. D. T.) ¿Tienen los lanzamientos? ¿Tienen el castillo de Dublin para suprimir cuantos periódicos defiendan la causa de su país?

Hodson Podemos pasarnos sin esas cosas.

Mateo Tiene usted razón. Es gastar el tiempo en tonto querer poner un bozal á una oveja. Vamos, ¿dónde está mi cerdo? Dios me perdone, querer hablar con un pobre ignorante como usted.

Hodson (Sonriendo con malicia y buen humor demasiado convencido de su propia superioridad para enfadarse.) Su cerdo hará un bonito papel en ese coche, Patricio. Cuarenta millas por hora en esa carretera dura, menudos meneos que se chupará.

Mateo (Con ira.) Ya que dice mentiras dígalas con visos de verdad. ¿Qué caballo es capaz de hacer cuarenta millas por hora?

Hodson ¿Caballo ha dicho usted? ¡Qué gracia! Si no se trata de caballos de carne y hueso, sino de un automóvil. ¿Cree usted que el señor Broadbent iría á enganchar él mismo?

Mateo (Consternado.) ¡Cielos! No me diga usted que voy á subirme en un chisme de esos.

Hodson Pues, ¿en qué si no?

Mateo Pero hombre de Dios, ¿por qué no me lo ha dicho usted antes? Vamos. ¡Yo en un auto-

móvil! (Sus oídos perciben el taf-taf de un automóvil que se acerca.) Asesino, se me está echando encima; oigo su estrépito. (Se escapa corriendo por la puerta del jardín, con gran regocijo de Hodson. El ruido del motor cesa; y Hodson adelantándose al regreso de Broadbent, depone al político para recobrar el aspecto de criado. Broadbent y Larry vienen por el bosquecillo. Hodson va hacia la puerta del jardín.)

Broad. ¿Dónde está mister Haffigan? ¿Ha ido á buscar el cerdo?

Hodson Está que no puede con el miedo, señor. El automóvil le ha dado un susto fenomenal.

Broad. (Muy desilusionado.) Caramba, es un fastidio. ¿No ha dejado recado?

Hodson No tuvo tiempo para ello. Echó á correr sin acordarse del cerdo.

Broad. (Animándose.) ¡Ah! dejó el cerdo. Entonces muy bien. El cerdo es lo que importa. El cerdo me ganará todos los corazones irlandeses. Llevaremos el cerdo en el auto á la granja de Haffigan: eso hará un efecto de los gordos. ¡Hodson!

Hodson Mande, señor.

Broad. ¿Crees que puedes reunir gente para que vean el auto?

Hodson Lo intentaré, señor.

Broad. Pues anda.

(Hodson sale por la puerta del jardín.)

Larry (Desesperado.) Una vez más, Tom, ¿quiere usted escucharme?

Broad. Tonterías. Le digo á usted que todo se arreglará perfectamente.

Larry Esta misma mañana me confesó usted cuánta era su sorpresa al descubrir que la gente aquí no tiene el más mínimo sentido humorístico.

Broad. (Súbitamente, muy solemne.) Sí, su sentido humorístico está dudoso. Lo noté al desembarcar. Parece mentira en un país donde cada hombre es un humorista nato. Piense usted en lo que eso significa. (Recalcando.) Larry, estamos en presencia de un gran agravio nacional.

Larry ¿Cuál es ese agravio?

Broad. Lo adiviné, Larry. Lo ví en sus caras. Irlanda no volvió á sonreir desde que sus esperanzas se enterraron con Gladstone.

Larry ¿A qué viene hablar de ese hombre? Mire usted, Tom. Sea usted formal por un momento, si puede.

Broad. (Estupefacto.) ¡Formal yo!

Larry Sí, usted. Dice usted que los irlandeses no saben lo que es lo humorístico. Pues si atraviesa usted á Roscullen en automóvil con el cerdo de Haffigan, le aseguro que lo sabrán. Ya está usted avisado.

Broad. (Reñidor.) Mejor si es así. Gozaré de la broma yo mismo más que ninguno de ellos. (Gritando.) Vamos, Patsy Farrell, ¿dónde está usted?

Patsy (Apareciendo en el bosquecillo.) Aquí estoy, caballero.

Broad. Anda á buscar el cerdo y mételo en el coche: se lo vamos á llevar á mister Haffigan. (Da un golpe en el hombro de Larry que le hace salir saltando por la puerta del jardín, y sigue detrás de él, boyante, exclamando:) Vamos, hombre. Le voy á enseñar á usted cómo se gana un distrito irlandés.

Patsy (Meditabundo.) La verdad, si el cerdo se lleva un golpe del volante de la máquina... (Menea la cabeza animosamente y se aleja hacia la pocilga.)

ACTO CUARTO

La sala-comedor en casa de Cornelio Doyle. Comunica con el jardín por una puerta vidriada en su mitad superior. La chimenea está al otro lado de la habitación, enfrente de la puerta y la ventana, porque el arquitecto no se ha preocupado de los dibujos. La mesa, sacada del jardín, está en medio, y á ella está sentado Keegan, la figura central en una habitación bastante llena de gente. Nora, sentada vuelta de espaldas á la lumbre al extremo de la mesa, está jugando á las damas con él, por la izquierda de él. La tía Judit, un poco más atrás, está sentada enfrente de la lumbre y hace calceta, con los pies en el antehoguero. Un poco á la derecha de Keegan, en el frente de la mesa, y casi sentado en ella, está Barney Doran. Media docena de sus amigos están entre él y la puerta abierta, y fuera hay otros. En el rincón, detrás de ellos, está el sofá, de caoba y crín, que sirve de cama á Broadbent. Contra la pared, detrás de Keegan, está un trinchero de caoba. Una puerta dando al interior de la casa, está cerca de la chimenea, detrás de la tía Judit. Hay sillas junto á la pared, una en cada lado del trinchero. El sombrero de Keegan está en una de ellas, la que está más cerca de la puerta que da á la parte interior de la casa, y su bastón está apoyado en ella. Una tercera silla, también junto á la pared, está cerca de la puerta del jardín.

Hay un contraste grande de ambiente emocional entre los dos lados de la habitación. Keegan está extraordinariamente serio; ningún juego de damas es capaz de poner tan seria la cara de un hombre. La tía Judit está calmosamente ocupada. Nora está tratando de no hacer caso de Doran y de atender á su juego.

Por el otro lado, Doran está retorciéndose en un acceso de alegría maliciosa que ha contagiado á sus amigos. Están llorando de risa, doblados, agarrados de los muebles ó apoyados en las paredes, gritando, chillando, resoplando.

Judit (Cuando el alboroto se calma por un momento.) Cuidado lo que alborota usted, Barney. ¿A qué viene esa risa?

Doran Metió la pata en la rueda pequeña... (Otra vez le da el acceso, y los demás vuelven á las carcajadas.)

Judit Por Dios, tengan ustedes juicio; parecen un montón de chicos. Nora, dale golpes en la espalda, que se va á ahogar.

Doran (Con ojos lacrimosos, sofocado.) Hay para volverse loco. No les dijo al subirse al coche, ¿es este el caballero que paga la tarifa para una jira?

Judit ¿De quién hablaba?

Doran Del cerdo. Era una guasa de las que usan en Inglaterra.

Judit Dios la socorra si no saben mejores bromas que esas.

Doran (Con nuevos síntomas de sofocación.) Luego...

Judit No vaya usted á contarlo otra vez y á trastornarse de nuevo, Barney.

Nora ¿No ve usted, mister Doran, que ya nos lo ha contado tres veces?

Doran Es que cuando pienso en ello...

Judit Pues no piense en ello.

Doran Iba Patsy Farrel en un asiento de atrás con el cerdo entre las rodillas, y mi orgulloso inglés en la delantera guiando, mientras Larry Doyle en la carretera miraba el tren con un meneo de cabeza. Al primer ruido del motor el cerdo dió un bote tremendo y dió con el hocico en las narices de Patsy, haciéndole saltar la sangre. (Explosión de risas; Keegan les lanza miradas iracundas.) Antes de que Broadbent pudiese darse cuenta de lo que pasaba, el cerdo dió un salto por encima de él y fué á caer sobre sus rodillas, y allí probó lo bien que Cornelio le había enseñado á guiar, porque con la pata derecha dió á la palanca y puso el coche en cuarta velocidad,

como si quisiera competir para el premio de Gordon Bennett.

Nora (Con reproche.) Y Larry á punto de ser arrollado. No veo, mister Doran, que sea cosa de risa.

Doran Pues Larry dió un salto atrás de lo menos seis yardas, y hasta bota siete si la abuela de Doolan no le recibe en sus brazos sin querer. (Inmenso alborozo.)

Judit Hombre, tenga usted consideración. ¡La pobre vieja! Y se hizo daño antes, al resbalar de bruces por la escalera.

Doran Pues luego se hizo daño atrás, porque dió en tierra de espaldas cuando Larry chocó con ella como una bala de cañón. (General alegría ante este chiste.)

Nora Menos mal que Larry no se mató.

Doran Pues en aquel momento nadie pensó en Larry cuando el auto con el cerdo guiando tomó la calle Mayor de Roscullen con una velocidad de una milla por minuto. Y eso que era día de mercado, con la calle llena de gente. Lo único que pudo hacer Broadbent, teniendo el cerdo encima, fué accionar el freno de pie; pero desgraciadamente el rabo del cerdo se encontró debajo del pedal; así es, que cada vez que daba á éste estrujaba el rabo y casi lo cortaba, y cada vez más alto gritaba el cerdo y más velocidad llevaban.

Judit ¿Por qué no tiraba el cerdo afuera, á la carretera?

Doran Pero si es que no podía moverse con el animal encima. Estaba como atornillado en su asiento.

Judit ¡Bendito sea Dios!

Nora No veo que todo eso sea cosa de risa. ¿Qué le parece á usted, mister Keegan?

Keegan (Con fiera amargura.) ¿Por qué no? Hay peligro, destrucción, sufrimiento. ¿Qué más queremos para alegrarnos? Prosiga usted, Barney, todavía la historia puede dar más de sí. Díganos otra vez cómo nuestro hermano se hizo trizas.

Doran (Atónito.) El hermano, ¿de quién?

Keegan Mío.

Nora Quiere decir el cerdo, mister Doran. Ya sabe usted su manera de ser.

Doran (Levantándose con brio.) Pues lo siento mucho por su pobre hermano, mister Keegan, pero le recomiendo probarle con un par de huevos fritos para su almuerzo mañana. Hay que ver la guerra que dió aquel ambicioso animal. Porque no contento con botar desde los asientos de atrás á los de delante, botó desde éstos á la calle por delante del coche. Y luego...

Keegan Todo el mundo se rió.

Nora No vuelva usted á contar la historia, mister Doran, que ya es pesada.

Doran En fin, que el coche se echó encima del pobre cerdo y lo despachurró.

Judit ¿Por qué no paró el coche mister Broadbent cuando saltó el cerdo?

Doran Pero ¿usted cree que un automóvil á todo correr se para así? Sí, sí, parar. Y si no fuera más que eso. No llevaba ya dirección y se metió en un puesto de cacharrería como un bólido. Excuso decir el destrozo que hizo. Luego torció y tiró como unos diez pies de tapia, lo cual cortó la población en dos y aplastó la mitad del mercado. (Lanza una carcajada. Nora se levanta ofendida.)

Keegan (Indignado.) ¡Caballero!

Doran (Rápidamente.) Dispense usted, miss Reilly, y usted, mister Keegan. Vamos, que ya me callo.

Nora No sé cómo puede usted hablar así, mister Doran. (Se vuelve á sentar.)

Doran (Reflexivo.) En medio de todo tuvo una suerte de mil demonios el inglés. Porque cuando le recogieron no había sufrido el más mínimo daño, fuera de los destrozos que el cerdo hizo en su traje. A Patsy se le habían descoyuntado dos dedos, pero el herrero se los arregló en seguida. Había que ver el jaleo que se armó. El cacharrero daba gritos desaforados por el destrozo de sus pucheros. Mateo gritaba y se lamentaba por su cerdo, y la policía tomando el número del coche, y todo el mundo muriéndose de risa...

Keegan (Con intensa seriedad.) Es el infierno, el infier-

no. Y que el pueblo no se pueda divertir más que con escenas así.

(Cornelio viene precipitadamente del jardín, atravesando la reunión.)

Cornelio Cuidado con reirse, que ya viene.

(Coloca su sombrero en el trinchero y va á la chimenea donde se coloca de espaldas.)

Judit ¡Por Dios, que no note nada!

(Todo el mundo se calla y se queda serio. Broadbent entra con el traje sucio y desarreglado y con aire de importancia. Atraviesa la habitación y va al extremo de la mesa hasta la puerta del jardín, mientras Larry, quien le acompaña, tira su abrigo encima de la camasofá y se sienta, esperando los acontecimientos.)

Broad. (Quitándose la gorra de cuero con dignidad y colocándola en la mesa.) Espero que no habrán ustedes estado con cuidado por mí.

Judit ¿No habíamos de estar, mister Broadbent? Es un milagro que usted no se haya matado.

Doran ¡Matado! Yo digo que es un milagro que no se haya roto todos los huesos. Yo no sé cómo pudo salir ileso. Vamos, que es incomprensible. Si le parece á usted vamos al cafetín de Doolan, donde nos darán una buena copa de coñac para que se nos salga el susto del cuerpo.

Broad. Se lo agradezco á usted mucho, pero le aseguro que á mí no me ha dado susto alguno.

Doran (Jovial.) Parece mentira. Pero no importa, vámonos, que tomaremos una copa y nos contará usted todo lo que ha pasado.

Broad. Crean ustedes que me conmueve el interés que toman en mi accidente. Puedo decir de veras que me alegro de que haya sucedido, porque me ha demostrado todo lo simpático que es el carácter irlandés.

Varios Hombre, es natural.
Usted todo se lo merece.
Hay que ver que de buena se escapó.

(Un joven, no pudiendo contener la risa, se precipita afuera. Barney pone cara de férrea compresión.)

Broad. Lo único que puedo decir es que quisiera beber á la salud de cada uno de ustedes.

Doran Pues, entonces, venga usted con nosotros.

Broad. (Muy solemne.) No puede ser, porque soy abstemio.

Judit Broad. (Incrédulo.) Pero ¿desde cuándo?

Desde esta mañana, miss Doyle. He tenido una lección (Mirando á Nora de un modo significativo.) que no la olvidaré. Puede ser que por mi abstinencia total hoy haya salido con vida, porque debo decir que mis nervios no se alborotaron en lo más mínimo al ver de frente la muerte. Así, pues, me dispensarán ustedes. (Se recoge para un discurso.) Caballeros, espero que la gravedad del peligro por el que hemos atravesado todos—porque no desconozco que la exposición de los circunstantes no fué menos que de los que estábamos en el coche—será un motivo para que nuestras relaciones se hagan más íntimas y más duraderas. Hemos tenido un día algo agitado; un animal de precio é inocente ha perdido la vida; un edificio público ha sido damnificado; una señora enferma y de edad ha sufrido un accidente, del que me siento personalmente responsable, aunque mi antiguo amigo mister Lorenzo Doyle, desgraciadamente tuvo que aguantar los primeros embates de su primer y muy natural resentimiento. Siento también mucho el daño que sufrió en sus dedos mister Patricio Farrell, y excuso decir que le he indemnizado pecuniariamente por ello. (Murmullos de admiración por su magnanimidad, y una voz: «Es usted todo un caballero».) Con verdadero placer puedo afirmar que Farrell aceptó la cosa como un verdadero irlandés y, lejos de tener algún resentimiento, declaró estar dispuesto á romper todos sus dedos, tanto los de las manos como los de los pies, para mí por el mismo precio. (Aplauso admirativo.) Caballeros, en este país me siento verdaderamente como en mi casa. (Creciente excitación entre los auditores.) Encuentro que en todo pecho irlandés el espíritu de la libertad, (Interrupciones entusiásticas.) la instintiva desconfianza hacia el Gobierno, (Una vocecita cariñosa: «Dios le bendiga».) el amor á la independencia, (Una voz enérgica: «Eso es, independencia».) que la simpatía indignada hacia la causa de las nacionalidades oprimidas, (Un gruñido amena-

zador de todos, el desbordamiento de la pasión patriótica.) y con la afirmación enérgica de los derechos regionales, que en mi propio país se reivindican. Si fuera legalmente posible, yo me naturalizaría irlandés, y si alguna vez tuviese la suerte de poder representar un distrito irlandés en el Parlamento, lo primero que pediría sería una ley autorizando semejante determinación. Estoy seguro de que la mayoría del partido liberal apoyaría mi proposición. (Escepticismo momentáneo.) Sí, señores. (Aplausos frenéticos.) Caballeros, he dicho bastante. (Gritos de: «Siga») No, no me está bien el dirigirme á ustedes para exponerles mis ideas políticas, y no debemos abusar de la cariñosa hospitalidad irlandesa de miss Doyle, convirtiendo su salón en una sala de meeting.

Doran (Enérgicamente.) ¡Bien por Tom Broadbent, el futuro diputado por Roscullen!

Judit (Agitando un calcetín medio arrugado.) ¡Bravo, bravo!

(Todos le vitorean con gran cordialidad, por más que la mayoría se divierte en gritar y alborotar.)

Broad. Gracias, amigos míos, desde lo más profundo de mi corazón.

Nora (En voz baja á Doran.) Trate usted de que se vayan, mister Doran.

Doran Pues bien, mister Broadbent. Quede usted con Dios y le deseamos que nunca se arrepienta de haber cargado con el cerdo de Haffigan. (Se aprietan las manos.) Adiós, miss Doyle.

(Generales apretones de manos. Broadbent se despide de cada uno con efusión. Los acompaña hasta el jardín, y se le oye fuera decir «buenas noches» en todas las inflexiones posibles para un candidato á diputado. Nora, la tía Judit, Keegan, Larry y Cornelio se quedan en el salón. Larry va hacia el umbral y mira la escena del jardín.)

Nora Es una vergüenza burlarse de él de esa manera. Después de todo vale algo más que Barney Doran.

Cornelio En cuanto á su candidatura la veo mal. Todos se reirán de él en la población.

Larry (Volviéndose rápidamente desde la puerta.) Quiá, él

no es irlandés. No conocerá que se ríen de él, y mientras rían él ganará la elección.

Judit La verdad que él mismo no debiera hacer el tonto así.

Larry ¿Está usted segura, tía, que es tan tonto después de todo? Suponga que tuviera usted que votar. ¿Por quién votaría usted mejor, por uno como Barney, quien contó la historia famosa del cerdo, ó por uno como Broadbent?

Judit Yo no votaría á ningún hombre. Lo que hace falta en el Parlamento son algunas mujeres para contrarrestar aquellos discursos tontos.

Broad. (Entrando precipitadamente y quitándose su gabán de chauffeur deteriorado que lo coloca en el sofá.) Bien, eso ya pasó. Debo pedirle á usted perdón por mi discurso, miss Doyle. Pero esas cosas les gustan, sabe usted. Todo ayuda para trabajar una elección.

(Larry toma la silla cerca de la puerta del jardín, la coloca cerca de la mesa y se sienta en ella á horcajadas con los codos apoyados en el respaldo.)

Judit No sabíamos, mister Broadbent, que era usted tan gran orador.

Broad. ¡Bah! es cuestión de rutina. Se adquiere á fuerza de escuchar discursos ajenos. El caso es ganar partidarios.

Judit Ahora que me acuerdo. Dispense, se me había olvidado presentarle á usted á mister Keegan.

Broad. (Dándole la mano con efusión.) Tengo muchísimo gusto en conocerle, mister Keegan. Ya había oído hablar de usted, aunque hasta ahora no había tenido el placer de verle. Y ahora, ¿me permite usted preguntarle su opinión acerca de las probabilidades que tiene mi elección?

Keegan (Friamente.) Sus probabilidades, caballero, son excelentes. Usted saldrá elegido.

Broad. (Encantado.) Así lo espero. Lo creo. (Vacilando.) ¿Es realmente su opinión? ¿No será su entusiasmo por nuestros principios el que influye en su juicio?

Keegan No tengo entusiasmo alguno por sus principios, caballero. Usted se sentará en el Par-

lamento, por lo mismo que ha venido como llovido y no ha hecho usted nada para ganar votos. Es ordinariamente como se logra entrar en aquella fantástica asamblea.

Broad. (Confuso.) Claro. (Pausa.) Eso es. (Pausa.) Hum... sí, sí. (Otra voz boyante.) Creo que me votarán. ¿No le parece?

Judit ¿Por qué no? ¡Hay que ver á quienes votan á veces!

Broad. (Animado.) Eso es verdad, mucha verdad. Cuando veo las nulidades, los logreros, los charlatanes, los... los... los idiotas é ignorantes que compran los votos ó los captan con mil engañifas, no puedo menos que pensar que un hombre honrado, sin doblez, hablando lisa y llanamente lo que el sentido común le inspira y colocado en el terreno de los sanos principios y los deberes públicos, ha de ganarse la voluntad de las masas.

Keegan (Con calma.) Caballero, un tiempo fué, en mi ignorante juventud, en que yo le hubiese llamado á usted hipócrita.

Broad. (Poniéndose colorado.) ¡Hipócrita yo!

Nora (Pronta.) Estoy segura, mister Keegan, de que no ha querido usted decir eso.

Broad. (Con énfasis.) Muchas gracias, miss Reilly, muchas gracias.

Cornelio (Con voz opaca.) En cuestiones de política todos tenemos que fingir un poco. ¿A qué negarlo?

Broad. (Picado.) Supongo que no he hecho ni dicho nada que justifique semejante observación, mister Doyle. Si hay vicio que detesto—y contra el que toda mi vida pública ha sido una protesta—es precisamente el vicio de la hipocresía. Antes admito que uno sea inconsecuente que no falto de sinceridad.

Keegan No se enfade usted, caballero, sé que es usted del todo sincero. Hay en la biblia una sentencia que dice—por cuanto la memoria de un hombre que va para viejo puede recordar las palabras—«que no sepa el lado derecho de tu cerebro lo que piense el lado izquierdo.» En Oxford aprendí que esto es el secreto del extraño poder de los ingleses para apoderarse de ambos mundos.

Broad. No, el texto se refiere á la mano derecha y á la izquierda. Me choca que un sacerdote de su iglesia cite un libro tan protestante como es la biblia. Pero al menos debiera usted citarle con exactitud.

Larry Tom, con la mejor intención no puede usted menos de hacer el asno. No entiende usted la fina ironía de mister Keegan.

Broad. (Recobrando al punto su confianza.) ¡Ya! fué su delicioso humor irlandés, mister Keegan. Claro, claro. ¡Qué estúpido soy! Lo siento. (Dándole golpecitos en el hombro á Keegan.) Las entendederas de John Bull son todavía flojas, ¿sabe usted? Luego el llamarme hipócrita fué broma demasiado pesada para que me la tragara así sin más ni más.

Keegan También debe usted dispensarme por el hecho de que estoy loco.

Nora No hable usted así, mister Keegan.

Broad. (Como para animarle.) Nada, nada; será usted un irlandés con ideas un poco raras, ¿no?

Larry ¿Es usted realmente loco, mister Keegan?

Judit (Escandalizada.) Pero Larry, ¿cómo puede usted hacer una pregunta por el estilo?

Larry No creo que mister Keegan se ofenda por ello. (A Keegan.) ¿Cuál es la versión verídica de la historia de aquel negro á quien confesó usted á su muerte?

Keegan ¿Qué ha oído usted decir de eso?

Larry Pues dicen que cuando el diablo vino para llevarse al pagano negro, le cogió á usted la cabeza y dió tres vueltas con ella antes de soltarla, y que, desde entonces, tiene usted la cabeza trastornada.

Nora (En son de reproche.) ¡Larry!

Keegan (Con suavidad.) No es exactamente lo que ocurrió. (Se recoge para una explicación seria; expectación involuntaria de los demás.) Me enteré de que un hombre negro estaba muriéndose y que la gente se asustaba de acercarse á él. Me acerqué yo y encontré á un indio ya viejecito, quien me contó una de esas historias de desgracia inmerecida, de cruel desventura, de incesante persecución del destino, que algunas veces hacen enmudecer los consuelos de cajón en los labios de un sacerdote.

Pero aquel hombre no se quejaba de sus desgracias. Las había sufrido, según decía, por pecados cometidos en una existencia anterior. Luego, sin una palabra mía de consuelo, murió con una resignación serena tal como mis exhortaciones más expresivas pocas veces han producido en un cristiano, y me dejó sentado allí, á su cabecera, con el misterio de este mundo súbitamente revelado á mi espíritu.

Broad. Ese es un ejemplo notable de la libertad de conciencia de que gozan en nuestro imperio de la India.

Larry Sin duda; pero ¿me permitirá usted preguntar cuál es el misterio de este mundo?

Keegan Pues es bien claro; este mundo, caballero, es un lugar de sufrimiento y penitencia; un sitio donde el tonto prospera y el bueno y sabio es odiado y perseguido; un sitio donde hombres y mujeres se atormentan mutuamente en el nombre del amor; donde los niños son azotados y esclavizados en el nombre de la educación y el cariño paternal; donde los débiles de cuerpo son envenenados y mutilados en el nombre de la curación, y los débiles de carácter son sometidos al horrible tormento de la cárcel, no durante horas, sino durante años, en el nombre de la justicia. Es un sitio donde el trabajo más duro es un remedio contra el horror y el tedio del placer, y donde la caridad se ejerce y las buenas obras se hacen con la idea de la recompensa, para salvarse las almas de los que robaron y gozaron. Ahora, como sabe usted, para mi religión sólo existe un lugar de horror y de tormento, y ese lugar es el infierno. Por eso á mí no me cabe duda de que este mundo nuestro es el infierno, y que todos estamos en él, como me lo reveló el indio—tal vez fué mandado para revelármelo—para expiar crímenes cometidos por nosotros en existencia anterior.

Judit (Horrorizada.) ¡Dios nos tenga de su mano! ¡Qué cosas nos dice ese señor!

Cornelio (Suspirando.) La verdad es ¡qué malo es este mundo!

Broad. Su idea de usted es muy ingeniosa, mister Keegan, y realmente muy brillante. A mí no se me hubiera ccurrido. Pero me parece, y dispénseme la observación, que pierde usted de vista el hecho de que, de los males que describe, algunos son absolutamente necesarios para la conservación de la sociedad, y otros son fomentados sólo cuando los torys están en el poder.

Larry Creo que usted, Broadbent, ha sido tory en existencia anterior, y por eso está usted ahora en este mundo.

Broad. (Con convicción.) Nunca, Larry, nunca. Pero dejando la política fuera de la cuestión, encuentro el mundo bastante bueno para mí, lo encuentro un sitio bastante bonito.

Keegan (Mirándole con extrañeza serena.) ¿Está usted satisfecho?

Broad. Como hombre razonable, sí. No veo males en el mundo— excepto, claro está, los males naturales—que no puedan ser remediados por la libertad, la autonomía y las instituciones inglesas. Así pienso, no por ser inglés, sino porque es de sentido común.

Keegan ¿Entonces se encuentra usted bien en el mundo?

Broad. Claro. ¿Usted no?

Keegan (Desde lo más profundo de su alma.) Yo no.

Broad. (Despreocupado.) Pruebe las píldoras de fósforo. A mí me prueban muy bien cuando mi cerebro está cansado. Si quiere le daré las señas de mi botica.

Keegan (Enigmático, levantándose.) Miss Doyle, ya me da el acceso de manía ambulatoria; dispénseme, pues.

Judit No haga usted caso; ya sabe que puede salir y entrar cuando guste.

Keegan Podremos acabar el juego en cualquier otro rato, miss Reilly. (Va por su sombrero y su bastón.)

Nora No, hemos acabado. (Mezcla las piezas y se levanta.) He sido demasiado mala en otra existencia para jugar á las damas con un hombre tan bueno como usted.

Judit (Cuchicheando.) Calla, calla, hija. No le pongas otra vez sobre este asunto.

Keegan (A Nora.) Cuando la miro á usted pienso que tal vez Irlanda, después de todo, no sea más que un purgatorio. (Va hacia la puerta que da al jardín.)

Nora Vaya usted con Dios.

Broad. (En voz baja á Cornelio.) ¿Es elector?

Cornelio (Meneando la cabeza afirmativamente.) Sí, señor. Y muchos votarán según él les indique.

Keegan (En la puerta del jardín con cortés seriedad.) Adiós, mister Broadbent. Me ha hecho usted pensar. Se lo agradezco.

Broad. (Encantado, precipitándose hacia él para apretarle la mano,) De veras. Encuentra que el contacto con ideas inglesas es estimulante, ¿no?

Keegan No me cansé en escuchar su charla, mister Broadbent.

Broad. (Con leve reproche.) Vamos, vamos.

Keegan Sí, se lo aseguro. Es usted un hombre extremadamente interesante. (Vase.)

Broad. (Entusiasmado.) ¡Qué tipo más amable! ¡Qué hombre más listo, más interesante! A propósito; me parece que necesito lavarme. (Recoge su sombrero y su gabán y vase por la puerta que da al interior.)

(Nora vuelve á su silla y recoge las piezas del juego de damas.)

Judit Keegan está hoy peor. Le ha dado la locura de veras.

Cornelio (Con amargura.) Estoy por decir que está en lo justo, después de todo. ¡Vaya un mundo este! (A Larry.) ¿Por qué fuiste tan tonto de dejarle cogerte el puesto en las elecciones?

Larry (Mirando hacia Nora.) Cogerá más que eso antes de acabar aquí.

Cornelio ¡Ojalá nunca hubiese puesto los pies en mi casa! ¡Maldita sea la hora en que vi su cara gordinflona! ¿Crees que me prestaría trescientas libras sobre la granja, Larry? Ahora que es mía, me parece una tontería no tomar dinero sobre ella, ya que estoy tan apurado.

Larry Si yo puedo prestarte las trescientas libras.

Cornelio No, no, no es lo que yo quiero. Cuando me muera y te deje la granja quisiera poder decir que todo es de mi propiedad, y no la mitad tuya desde antes. Casi juraría que

Barney Doran le va á pedir prestadas quinientas libras á Broadbent para colocar una rueda nueva, porque la vieja está bastante desgastada. Y Haffigan no puede dormir con la idea de aquel rincón de terreno que entra en el suyo y pertenece á Doolan. Tendrá que comprarlo á la fuerza, y para eso tendrá que tomar prestado. Mejor será que yo me adelante á todos. ¿Crees que Broadbent querrá prestarme algún dinero?

Larry Estoy seguro de que sí.

Cornelio ¿Tanto tiene? ¿Crees que podré pedirle quinientas libras?

Larry Te prestará mucho más de lo que vale la finca. Sé, pues, prudente, por Dios.

Cornelio (Con sentido jurídico.) Perfectamente, hijo mío, tomaré mis precauciones; voy un momento al despacho. (Se retira por la puerta interior, evidentemente para preparar su petición á Broadbent.)

Judit (Indignada.) Pero eso es una locura el querer tomar prestado. Como si no supiese lo que trae eso consigo. (Se levanta.) Yo le prestaré, si quiere. (Pone su labor en la mesa y sale detrás de él con un aire resuelto que anuncia intención de estorbar los planes de Cornelio.

Larry y Nora se quedan solos por primera vez desde la llegada de aquél. Ella le mira con una sonrisa que desaparece al verle moverse indiferente en su silla mecedora y reflexionando, no siendo evidentemente ella el objeto de sus cavilaciones, con los labios apuntados como para silbar. Con la garganta oprimida ella recoge la labor de la tía Judit y hace como que va á continuarla.)

Nora Supongo que no te habrán parecido largos.

Larry (Levantando los ojos.) Largos ¿qué?

Nora Los dieciocho años que estuviste fuera.

Larry ¡Ah! esos, no; pasaron como si hubiesen sido una semana. He estado tan ocupado, tuve tan poco tiempo para pensar..

Nora Y yo no tuve otra cosa que hacer sino pensar.

Larry Eso es muy malo. ¿Cuándo empezaste á renunciar á la idea de mi vuelta? ¿Por qué te quedaste aquí?

Nora Supongo que será porque nadie me mandó recado que fuera á otra parte. Por eso fué.

Larry Es verdad, se pudre uno en el mismo sitio si no viene una fuerza exterior que le desarraiga de allí. (Bosteza silenciosamente, pero al ver que ella levanta con viveza los ojos hacia él, se recoge y se levanta con un aire de despertar y de buen humor con objeto de hacerse agradable.) ¿Y cómo lo has pasado por todo ese tiempo?

Nora Muy bien, gracias.

Larry Me alegro. (Descubriendo de repente que no le queda nada por decir, y encontrándose, por lo tanto, cohibido, se pasea por la habitación tarareando cierto aire del «Whittington» de Offenbach.)

Nora (Luchando con sus lágrimas.) ¿Y eso es todo lo que tienes que decirme, Larry?

Larry ¿Qué voy á decir? Como nos conocemos tan bien...

Nora (Un poco consolada.) Sí, es verdad. (El no contesta.) Después de todo, me extraña que hayas vuelto.

Larry No tuve más remedio. (Ella le mira con cariño.) Tom me obligó. (Ella vuelve á bajar la vista para ocultar el efecto de este golpe. El silba otra estrofa; luego prosigue.) Tenía como miedo de volver á Irlanda. Sentía en cierto modo que mi suerte se acabaría si volvía. Y, sin embargo, aquí me tienes ahora.

Nora Tal vez lo encuentres un poco aburrido.

Larry No, todavía no he agotado el interés de pasearme por los antiguos sitios y refrescar los recuerdos románticos de la juventud.

Nora (Con esperanzas.) ¡Oh! ¿entonces te acuerdas de los sitios?

Larry Naturalmente. Tantas cosas me recuerdan.

Nora (No dudando que los recuerdos se refieren á ella.) Ya se supone.

Larry Claro. Me acuerdo de los sitios en donde soñaba tantas veces con los países que pensaba visitar cuando estaba para marcharme de Irlanda: América y Londres, y á veces Roma y el Oriente.

Nora (Profundamente mortificada.) ¿De que te servía pensar en todo eso?

Larry Había tan pocas cosas aquí en qué pensar, querida Nora, excepto á veces á la puesta del sol, cuando me ponía muy sentimental y llamaba Erin á Irlanda y me imaginaba

que recordaba los días de la antigüedad, y así sucesivamente. (Silba el aire de «Añoranzas de Erin.»

Nora ¿No recibiste la carta que te escribí en Febrero último?

Larry Ya lo creo, y realmente pensé contestarte. Pero no tuve ni un momento libre, y supuse que lo dispensarías. Me es tan poco agradable, ¿sabes? escribirte de asuntos que no entiendes y de gentes que no conoces. ¿Y qué podría escribir? Empiezo una carta y luego la rompo. El caso es, Nora, que aunque nos queremos bien tenemos tan pocas cosas de común —me refiero naturalmente á las cosas que se pueden poner en una carta—esa correspondencia es capaz de volverse el trabajo más molesto que imaginarse puede.

Nora Sí, es trabajo para mí saber algo de ti cuando no me dices nunca nada.

Larry (Cariñoso.) Mira, Nora, un hombre no puede sentarse y describir su vida día por día cuando se cae de cansancio.

Nora No te hago ningún reproche.

Larry (Mirándola con algún cuidado.) Pareces estar algo destemplada. (Acércándose más, con ternura.) ¿No tendrás neuralgia ó jaqueca, vamos?

Nora No.

Larry A mí me da alguna vez cuando algo me preocupa. (Absorto, paseándose otra vez.) Sí, sí. (Vuelve á tararear hasta que, de pronto, canta una melodía articulada.)

Aunque el sol me acaricie sonriente
y es aquí primavera eternamente
¡brisa que cruzas el inmenso mar!

(Nora pone su labor en la mesa y le mira con tamaños ojos.)

Cuando beses las costas de mi tierra,

(Con mucha expresión.)

di á mi adorada patria, á mi Inglaterra
que nunca, nunca, la podré olvidar.

(Aquí la melodía desentona. Continúa en voz de tiple, pero cambia otra vez de tono al decir. «Añoranzas de Erin.») Me temo que te estoy molestando, Nora, aunque eres demasiado amable para decirlo.

Nora ¿Ya estás deseando volver á Inglaterra?

Larry Nada de eso, nada.

Nora Pues no se á que viene esa dichosa canción.

Larry ¡La canción! No significa nada: es de un judío alemán como la mayor parte de los sentimientos patrióticos de Inglaterra. No hagas caso, querida, sigue con tu labor y no dejes que te moleste.

Nora (Con amargura.) Roscullen no es un sitio tan divertido que me moleste el hablar contigo á solas después de dieciocho años, por más que no parece que tengas mucho que decirme.

Larry Dieciocho años son muchos años, Nora. Sin embargo, aunque hubiesen sido dieciocho minutos, y aun dieciocho meses podríamos reanudar nuestras antiguas charlas, como dos cotorras. Pero el caso es que no tengo nada que decir, y tú menos, al parecer.

Nora Yo... (Sus lágrimas la ahogan, pero hace un esfuerzo sobrehumano para conservar la calma.)

Larry (Completamente insconsciente de su crueldad.) Dentro de una semana, poco más ó menos, volveremos á ser buenos amigos. Mientras tanto, como sé que no soy muy entretenido me voy á ausentar. Dile á Tom que he ido á pasearme por el cerro.

Nora Pareces quererle mucho á Tom, como le llamas.

Larry (Perdiendo de repente su aire de ligereza.) Efectivamente, le quiero mucho á Tom.

Nora Pues nada, no le hagas esperar por mí.

Larry Sé muy bien que mi ausencia será para ti un alivio. Que fracasó, nuestra primera entrevista después de dieciocho años, ¿no? En fin, no te preocupes, esos grandes acontecimientos sentimentales siempre son fracasos, y ahora ya pasó lo peor. (Vase por la puerta del jardín.)

(Nora se queda sola y lucha desesperadamente contra los sentimientos que la agitan, luego baja la cara al borde de la mesa y se abandona á sus sollozos convulsivos. Estos son tan ruidosos que no puede oir nada y no sospecha que ya no está sola, hasta que se siente enderezada por las manos de Broadbent, quien, regre-

sando lavado y peinado por la puerta interior, observó el estado en que ella se encuentra, primero con sorpresa y cuidado, luego con un trastorno emocional profundo.)

Broad. Miss Reilly, miss Reylly. ¿Qué le pasa? No llore, no puedo verlo, no debe usted llorar. (Ella hace un penoso esfuerzo por hablar, tan doloroso que él prosigue con simpatía impulsiva.) No, no se esfuerce por hablar; ya pasó. Llore usted si la puede aliviar, por mí no se preocupe. (Apretándola contra sí y hablándola como á una niña.) Llore usted en mis brazos, el único sitio cómodo para que llore una mujer es el pecho de un hombre, un hombre verdadero, un amigo. Un buen pecho ancho ¿eh? cuarenta y dos pulgadas de ancho: no haga usted caso, nada de convenciones, somos dos amigos ¿verdad? Vamos, vamos, ya se encuentra usted buena, ¿no es así?

Nora (Al través de sus lágrimas.) Déjeme. Voy por mi pañuelo.

Broad. (Sosteniéndola con un brazo y sacando un pañuelo de seda, grande, de su bolsillo.) Aquí tiene usted un pañuelo, Permítame. (Le enjuga las lágrimas con el pañuelo.) El de usted no vale, es demasiado pequeño, es uno de esos pañuelos chicos y malos de batista...

Nora (Suspirando.) Peor aún, es de algodón.

Broad. Claro que es de algodon, chiquitín y ordinario, no bastante bueno para las preciosas lágrimas de Nora Cryna...

Nora (Estallando en histérica risa y, agarrándole convulsivamente; tratando de ahogar su risa contra la clavícula de Broadbent.) No me haga usted reir, por Dios, no me haga usted reir.

Broad. (Aterrorizado.) A fé mía que no es esa mi intención. Pero, ¿qué le pasa á usted? ¿Qué le pasa?

Nora Nora Creena, Nora Creena.

Broad. (Acariciándola.) Sí, sí, claro, Nora Creena, no importa la pronunciación, yo quiero decir Nora querida, mi Nora, á quien adoro.

Nora (Recobrando su seriedad.) No debe usted hablarme así.

Broad. (Poniéndose de repente prodigiosamente solemne y soltándola.) Es verdad, tiene usted razón. No

quise decirlo, es decir, si quise decirlo, pero conozco que es prematuro. Hice mal en aprovecharme de un momento en que estaba usted algo trastornada, pero me dispensará pues yo también me trastorné un poco.

Nora (Mirándole con extrañeza.) Creo, mister Broadbent, que tiene usted muy buen corazón, pero me parece que pierde muy fácilmente la cabeza, (Vuelve la cara al otro lado como muy avengonzada y añade.) lo mismo que me pasa á mí.

Broad. (Resuelto.) Al contrario, hay que verme cuando estoy realmente agitado, entonces es cuando tengo una calma tremenda. Recuerde usted, hasta la fecha nos hemos visto solos juntos una sola vez, y entonces, siento tener que decirlo, me hallaba en un estado lamentable.

Nora Nada de eso, mister Broadbent, estaba usted muy sereno.

Broad. ¡Ay! no, no tiene perdón, estaba hecho un bestia. Le habré producido á usted una impresión deplorable.

Nora No haga usted caso. No hablemos más de eso.

Broad. No tengo más remedio, miss Reilly, es mi deber. No la entretendré mucho. ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse? (Le señala una silla con solemnidad avasalladora. Ella se sienta con extrañeza. El entonces, con la misma portentosa seriedad, coloca una silla para sí cerca de ella, se sienta y prosigue explicándose.) Ante todo, miss Reilly, permítame que le advierta que hoy no he probado bebida alcohólica alguna.

Nora Parece que no hace una diferencia. Como haría en un irlandés, de todos modos.

Broad. Quizá no. Quizá no. Yo nunca pierdo la cabeza del todo.

Nora (Consoladora.) Bien; sea lo que sea, ahora está usted correcto.

Broad. (Ferviente.) Gracias, miss Reilly; efectivamente, estoy en mi juicio completo. Prosigamos pues. (Tierno, bajando la voz.) Nora, lo que dije la otra noche lo dije en serio. (Nora se mueve como para levantarse.) No, un momento. No crea que quiero apremiarla por la contestación

cuando no hace veinticuatro horas que nos conocemos. Soy un hombre razonable, y estoy dispuesto á esperar tanto como usted quiera, con tal de que me dé alguna esperanza de que la contestación final no ha de ser desfavorable.

Nora ¿Y cómo podría volverme atrás luego? A veces se me figura, mister Broadbent, que no está usted bien de la cabeza, porque dice unas cosas...

Broad. Sí, sé que tengo un genio festivo, hasta el punto que algunas veces la gente duda de si hablo en serio. Por eso mismo me gustaría casarme con una irlandesa. Ella siempre entendería mis bromas. Por ejemplo, usted las entendería, ¿verdad?

Nora (Algo molesta.) Mister Broadbent, yo no podría.

Broad. (Suavizando.) Espere, permita que se lo explique con toda tranquilidad, miss Reilly. Escúcheme hasta el fin. Me atrevo á decir que habrá usted notado que en hablando con usted me he impuesto una reserva enorme, pues no quería herir su suceptibilidad con la confesión demasiado brusca de mis sentimientos. Pues bien; ahora me he convencido de que llegó el momento de ser claro, de ser franco, de ser esplícito. Miss Reilly, me ha inspirado usted un cariño muy fuerte. Tal vez, con su intuición de mujer, lo haya usted notado.

Nora (Levantándose fuera de sí.) Pero, ¿por qué me dice usted esas cosas que no siente?

Broad. (Levantándose también muy agitado.) ¡Que no siento! Pero, ¿qué dice usted?

Nora ¿No conoce usted que me ha dicho cosas que un hombre no debiera decir á una mujer, á menos que... á menos que?... (De repente vuelve á hundirse y apoya la cara en la mesa, como antes.) ¡Por Dios! váyase usted de aquí. Yo no quiero casarme; si de ello no se saca sino sinsabores y desilusiones.

Broad. (Ostentando los más formidables síntomas de rabia y ofensa.) ¿Quiere usted decir que me va á dar calabazas, que no soy nada para usted?

Nora (Mirándole consternada.) ¡Dios mío! no se ofenda usted, mister Broadbent.

Broad. (Con la cara congestionada y casi ahogándose.) No necesito que se me dore la pildora. (Con rabia infantil.) La amo. Quiero que sea mi mujer. (Con desesperación.) No puedo resignarme con su negativa. Estoy desesperado, no sé qué hacer. No tiene usted el derecho de destruir toda mi existencia. Usted... (Una convulsión histérica le para.)

Nora (Casi asustada.) Supongo que no va usted á llorar. Nunca creí que un hombre pudiese llorar. No llore.

Broad. No lloro. Yo... yo... yo dejo esas cosas á sus malditos sentimentales irlandeses. Usted se figura que no siento porque soy un inglés sencillo y calmoso, sin medios para expresarme.

Nora Creo que no se conoce á sí mismo. Sea lo que quiera, no son los sentimientos los que le faltan.

Broad. (Ofendido y petulante.) Es usted la que no tiene sentimientos. Tiene usted tan poco corazón como Larry.

Nora ¿Qué esperaba usted de mí? ¿Que iba á echarme en sus brazos apenas hubiese dicho una palabra?

Broad. (Cogiéndose la cabeza entre los puños.) ¡Oh, qué tonto soy, qué bruto! Ya lo veo, su delicadeza irlandesa tiene la culpa de lo que me pasa. Claro. Claro. De modo que dice usted que sí, ¿eh? ¿No? Sí, sí, sí.

Nora Ya habrá usted entendido que, aunque por mi gusto quedaría soltera, ahora ya no me puedo casar con nadie más que con usted.

Broad. (Apretándola violentamente contra su pecho, con un grito de inmenso alivio y triunfo.) ¡Ah! muy bien, muy bien. Magnífico. Ya sabía yo que acabaría usted por ver la gran cosa que encierra esto para ambos.

Nora (Molesta y nada contagiada de su ardor.) Tiene usted una fuerza atroz, y abusa de ella. Yo nunca he pensado en las ventajas que su proposición podría traer. Cuando usted me encontró aquí le dejé ser amable conmigo, y lloré en sus brazos porque me sentía tan desgraciada que no pensaba en nada sino en el consuelo que me traía. Después de lo

sucedido, ¿cómo había yo de permitir que se me acercara otro hombre?

Broad. (Conmovido.) Está muy bien, Nora; es una delicadeza femenina que aprecio en lo que vale. (Le besa galantemente la mano.)

Nora (Con aire serio y mirándole dudosa.) Seguramente que después de haber dejado á una mujer llorar así, en su pecho, no dejaría ya á ninguna otra acercársele.

Broad. (Concienzudo.) No se debería, por cierto, querida. Pero si he de decir honradamente la verdad, cuando un hombre es verdaderamente amable, su pecho viene á ser una fortificación que tiene que resistir muchos asaltos, por lo menos así es en Inglaterra.

Nora (Secamente, muy disgustada.) Entonces será mejor que se case usted con una inglesa.

Broad. (Poniendo cara mustia.) No, no; las inglesas son demasiado prosaicas para mi gusto, demasiado materiales, demasiado bistek animado. El ideal es lo que yo quiero. El gusto de Larry es todo el contrario: las quiere recias y fuertes y sanotas. Es una diferencia muy conveniente. Así nunca sucedió que nos enamoráramos de la misma mujer.

Nora ¡Y me dice usted así, en mi cara, que ha estado ya enamorado otras veces!

Broad. Lo confieso.

Nora ¿De modo que no soy su primer amor?

Broad. El primer amor es una pequeña locura y una miaja de curiosidad; ninguna mujer que se respete á sí misma se prevalecería de él. Ahora, querida Nora, para mí ya se acabó todo aquello. Los amoríos siempre acaban en riña. Nosotros no hemos de reñir nunca, tendremos un hogar agradable, seremos marido y mujer, habrá en casa comodidad y juicio... y mucho cariño, ¿eh? (Le pasa el brazo por el talle con toda confianza.)

Nora (Fría, tratando de separarse.) No quiero los restos de otra mujer.

Broad. (Sujetándola.) Nadie os exige eso, señora. Nunca he propuesto á otra mujer casarme con ella.

Nora (Severa.) ¿Por qué, si es usted un caballero honrado?

Broad. Pues, para decir la verdad, porque en su mayoría ya estaban casadas. Pero no haga usted caso; no eran más que juegos inocentes. No tenga mala opinión de mí. Después de todo, también usted habrá tenido algún capricho ó dos.

Nora (Herida en su conciencia.) Sí, es verdad. No tengo derecho á ser demasiado exigente.

Broad. (Humilde.) Sé que no soy digno de merecerla, Nora. Pero ningún hombre lo es, ¿sabe usted? cuando la mujer es una mujer realmente amable.

Nora ¡Oh! no soy mejor que usted. Voy á contárselo á usted todo.

Broad. Nada, nada, no hablemos, será lo mejor. Yo no le he contado á usted nada, usted no me cuente nada tampoco. Haya perfecta confianza mutua y nada de cuentos, ese es el camino para evitar riñas.

Nora No se figure que sea algo de que tenga yo que avergonzarme.

Broad. No me lo figuro.

Nora Creí que nunca llegaría el caso de que alguien, fuera de mí, pudiese preocuparse por ello. Fué bastante tonto, en su tiempo, de pensar que Larry...

Broad. (Entendiendo al punto.) ¡Larry! ¡Oh! no le hubiese convencido á usted de ningún modo. Usted no conoce á Larry como yo, querida. No tiene la más mínima disposición para la alegría, sería completamente incapaz de hacer dichosa á una mujer. Es tan listo como fatuo, pero para él la vida es demasiado terrenal; no se preocupa realmente por nada ni por nadie.

Nora Es lo que he descubierto.

Broad. Claro, á la fuerza. Créame usted, querida, de buena se ha librado. Aquí (Oprimiéndola otra vez contra su pecho.) es el sitio mejor para usted.

Nora (Con susceptibilidad irlandesa.) No debe usted apresurarse así. No me gusta eso.

Broad. (Impertérrito.) Le tomará el gusto poco á poco. Debe usted dispensarme, porque es una necesidad absoluta de mi naturaleza el tener siempre á alguien á quien mimar. Además, es bueno para usted; le desentumecerá los

músculos y le dará elasticidad y aplomo á su figura.

Nora ¡Vaya por Dios, si esas son las maneras inglesas! ¿No tiene usted vergüenza de hablar de esas cosas?

Broad. (Con el mayor entusiasmo.) Ni pizca. Por Jorge, Nora, que es una gran cosa el poder alegrarse uno. Vámonos de este cuarto estrecho á pasear por el campo. Necesito el aire libre para expansionarme. Vámonos. Vámonos. (Enlaza su brazo con el de ella y la arrastra al jardín como un huracán tropical arrastra una hoja seca.)

Va atardeciendo más; el Saltamontes disfruta otra vez de la puesta del sol detrás de la gran piedra en la colina, pero esta vez no disfruta ni el estímulo de la conversación de Keegan ni el placer de terrorizar á Patsy Farrell. Está solo, hasta que Nora y Broadbent vienen subiendo la pendiente de bracete. Broadbent sigue alegre y confiado, pero ella vuelve la cabeza al otro lado y casi le saltan las lágrimas.)

Broad. (Parándose para respirar el aire de la colina.) ¡Oh! me gusta este sitio. Me gusta esta vista. ¡Qué bonito sitio para un hotel con una explanada para el juego del golfo. Cada viernes y martes billetes de tren con el hotel comprendido. Le digo á usted, Nora, que yo voy á dar vida á esto. (Mirándola.) Pero ¿qué le pasa? ¿Está cansada?

Nora (Incapaz de retener sus lágrimas.) Estoy avergonzada hasta más no poder.

Broad. (Atónito.) ¡Avergonzada! ¿De qué?

Nora ¿Cómo pudo usted llevarme así por el campo diciendo á todo el mundo que íbamos á casarnos y presentándome á la gente más baja y permitiéndole darme la mano y tomarse con nosotros toda clase de confianzas? ¿Quién me hubiese dicho á mí que llegaría á darle la mano á Doolan á la luz del día en medio de la calle en Roscullen?

Broad. Pero, querida mía, tenga en cuenta que Doolan es un tabernero, un hombre de mucha influencia. Por cierto que le pregunté si su mujer vendría mañana á casa. Me dijo que sí, de modo que debe usted ir en automóvil á hacerle una visita.

Nora (Pasmada.) ¡Yo hacer una visita á la mujer de Doolan?

Broad. Naturalmente, y lo mejor será visitar á las mujeres de todos los electores. Debemos proporcionarnos una lista de todos ellos y mandarnos hacer tarjetas. Claro está que no hay que visitar á los que no tengan voto. Usted, Nora, tendrá un gran éxito como agente electoral. A usted la llaman la heredera, y su visita de usted los halagará, sobre todo cuando usted hasta la fecha no se ha prodigado para con ellos... vamos, supongo yo.

Nora (Indignada.) Y tanto como que no.

Broad. Bien, no debemos mostrarnos orgullosos y reservados. Al contrario, debemos mostrarnos completamente democráticos y proteger á todo el mundo sin distinción de clases. Le digo á usted que soy el hombre de la suerte, Nora. Mi novia es la mujer más deliciosa de Irlanda y encima resulta que para mi elección la cosa viene que ni pintada.

Nora ¿Y quiere usted que me rebaje de ese modo con tal de lograr ser diputado?

Broad. (Boyante.) ¡Ah! Ya verá usted misma qué juego más excitante es el trabajar una elección; se volverá usted loca por verme elegido. Luego le gustará que la gente diga que Tom Broadbent es hechura de su mujer... que ella logró meterle en el Parlamento... en el ministerio, tal vez.

Nora Dios sabe que no le regatearé mi dinero. ¡Pero rebajarme al nivel de la plebe...!

Broad. Para la mujer de un futuro diputado, Nora, nadie es de la plebe del momento que figura en las listas de electores. Vamos, querida, no se apure, no tiene nada de particular. ¿Cree usted que, si lo tuviese, iba yo á consentirlo? Si la mejor gente hace así. Todo el mundo lo hace.

Nora (Quién ha estado mordiéndose los labios y mirando hacia la colina, desconsolada é inconvencida.) Bien, usted sabrá lo que se hace en Inglaterra. Deben de tener muy poco respeto de sí mismos. Voy para casa. Allá veo venir á Larry

y mister Keegan, y no estoy por hablar con ellos en este momento.

Broad. Espérese usted un momento y dígale algo amable á mister Keegan. Me han dicho que dispone casi de tantos votos como el padre Dempsey.

Nora ¡Qué poco conoce usted á mister Keegan! Vería al través de mí como de un cristal.

Broad. No por eso le dejaría de agradar. Lo que lisonjea á un hombre es que uno le considere digno de lisonja. Y no es que yo adule á nadie, no se figure usted. Voy á ir á su encuentro.

(Baja la colina con el firme propósito de saludar á un conocido de influencia. Nora se enjuga los ojos y se va á alejar cuando Larry viene subiendo la pendiente y se encuentra con ella.)

Larry Nora. (Se vuelve ella y apenas le mira sin decir palabra. El continúa angustiado, con tono sumamente conciliador.) Cuando te dejé hace un rato, estaba tan trastornado como tú. No sabía que decir, la lengua se me quedaba pegada en el paladar. Luego he estado pensando en ello, y ahora sé lo que tenía que haber dicho. He vuelto para decirlo.

Nora Vienes tarde. Pensaste que dieciocho años no eran bastantes y que podía esperar un día más. Pues te has equivocado. He dado palabra á tu amigo mister Broadbent, y contigo he concluído.

Larry (Ingenuo.) Pero si es precisamente lo que iba á aconsejarte.

Nora (Involuntariamente.) ¡Bruto de ti, decirme á mí eso en mi cara.

Larry (Recayendo nerviosamente en su peculiar manera irlandesa.) Pero, querida Nora, ¿no sabes que soy irlandés y él es inglés? El te quiere y te conquista. Yo te quiero y riño contigo y tengo que seguir queriéndote.

Nora Haz lo que quieras. Lo mejor será que vuelvas á Inglaterra y te estés con los bisteks animados que tanto te gustan.

Larry (Extrañado.) ¡Nora! (Luego comprendiendo de donde le viene á ella la metáfora.) Mi amigo ha hablado de mí, según veo. Bueno; no importa, tenemos que seguir siendo amigos tú y yo. No

quiero que su casamiento contigo sea su divorcio conmigo.

Nora Más cuidados te inspira él que jamás yo.

Larry (Con sinceridad brusca.) Sí, es verdad, ¿por qué había yo de mentirte? Nora Reilly ha sido una persona de poca consecuencia para mí, como cualquiera de este mísero pequeño lugar. Pero la señora de Tom Broadbent será una persona de gran importancia para mí. Desempeña bien tu nuevo papel y no habrá más desconsideración, dejadez, nada de vanos sentimientos y vanas esperanzas por las tardes en la Torre Redonda, sino vida real, y obra real, y cuidados reales y gozos reales en medio de personas de carne y hueso: vida sólida inglesa en Londres, el verdadero centro del mundo. Tu trabajo consistirá en estar al frente de la casa de Tom y en recibir á sus amigos y en hacer que conserve su puesto en el Parlamento; pero vale la pena del esfuerzo.

Nora Hablas como si yo estuviese obligada á casarme con él.

Larry Hablo como pienso. Has tenido un buen partido, créeme.

Nora ¡De veras! Tal vez haya quien diga que tampoco á él le ha salido mal.

Larry Si con ello quieres decir que para él eres un tesoro, estoy seguro de que así piensa ahora, y en tu mano está que siga pensándolo siempre.

Nora Yo no pienso para nada en mi persona.

Larry ¿Se trata de tu dinero, tal vez?

Nora Yo no he dicho nada.

Larry Para que lo sepas, tu dinero no bastará para pagar el salario de tu cocinero en Londres.

Nora (Con la cara encendida.) Sí, es verdad—y tanta más vergüenza es para ti el decírmelo en la cara si es verdad—mi fortuna nos hará independientes. Porque de salirle á él mal los negocios, podremos volver aquí y vivir con lo mío. Y si tengo que estar al frente de su casa podré hacer que tú no entres en ella, porque contigo he acabado, y ojalá no te hubiese visto en mi vida. De modo que adiós, mister Larry Doyle. (Le vuelve la espalda y va para casa.)

Larry (Siguiéndola con la mirada.) Adiós, adiós. Eso sí que es irlandés. Lo mismo lo de ella como lo mío. Irlandés hasta dejarlo de sobra.

(Broadbent llega conversando animadamente con Keegan.)

Broad. Yo le digo á usted que lo que más ganancia da es un hotel con juego de golfo, siendo el terreno de uno, y si los abastecedores toman interés, y, en general, si uno es un hombre de negocios.

Larry Nora se ha ido para casa.

Broad. (Con convicción.) Tenía usted razón esta mañana, Larry. Tengo que alimentar á Nora para que se desarrolle. Está débil. Y de ahí vienen ideas fantásticas. Hombre, á propósito, ¿le he dicho á usted que somos novios?

Larry Ella me lo dijo.

Broad. (Complaciente.) Está muy entusiasmada, como puede usted suponer. ¡Pobrecita Nora! Pues bien, mister Keegan, como le iba diciendo, empiezo á ver mi camino aquí. Empiezo á ver mi camino.

Keegan (Con una inclinación cortés.) Es usted el inglés conquistador. A las veinticuatro horas de llegar se ha llevado usted la única muchacha rica que hay en el país, y se ha asegurado su elección para el Parlamento. Y me ha prometido usted que, cuando venga yo aquí por la tarde á meditar sobre mi locura, á observar la sombra de la Torre Redonda alargándose con la puesta del sol y á anegar mi corazón en la melancolía del ocaso, me consolará con el ruido y movimiento de un gran hotel y la vista de los niños llevando los mazos de los turistas como para prepararse para la vida por venir.

Broad. (Muy conmovido y sin decir palabra, ofreciéndole un cigarro para consolarle, á lo que Keegan sonríe y menea la cabeza.) Sí, mister Keegan, tiene usted razón. Hay poesía en todas las cosas, aun (Mirando abstraído en la petaca.) en las cosas modernas más prosaicas, si se sabe sacar. (Saca un cigarro para sí y ofrece la petaca á Larry, que coge otro.) Aunque me pegaran un tiro, yo no sería capaz de ello, pero felizmente llegó usted para hacerlo. (Malicioso, despertando de su ensue-

ño y bromeando.) Y yo á mi vez he venido para despertarle un poco, ¿eh, no lo ve usted? ¿eh, eh? (Le da golpecitos en el hombro, medio admirándole, medio compadeciéndole.) Eso mismo, eso mismo. (Volviendo al negocio.) Por supuesto, creo que podré hacer otra cosa mejor que un ferrocarril de vía estrecha. Un buque de vapor es lo que hace falta para utilizar este magnífico río.

Keegan (Cerrando los ojos.) «Silencio, ó Moyle, por el murmullo de las aguas.»

Broad. El ruido de una hélice también es muy bonito, ¿sabe usted?

Keegan Con tal de que no ahogue el Angelus.

Broad. (Tranquilizándole.) Nada de eso, no hay el más mínimo peligro. El ruido de una campana de iglesia suena por encima de todo.

Keegan Tiene usted contestación para todo, caballero. Pero sus planes dejan todavía sin contestación una pregunta: ¿cómo sacar manteca de las fauces de un perro?

Broad. ¿Eh, qué dice?

Keegan No puede usted construir en el aire sus hoteles y explanadas para golfo. Para ello es necesario ser dueño de terrenos. Y ¿cómo sacará usted sus tierras de entre las férreas garras de Mateo Haffigan? ¿Cómo persuadirá á Cornelio Doyle renunciar á su orgullo de ser un pequeño propietario? ¿Cómo se llevarán las ruedas de molino de Barney Doran con sus vapores de usted? ¿Le ayudará Doolan en conseguir una licencia para su hotel?

Broad. Querido amigo, para todo lo que intento y proyecto, el sindicato que represento ya es dueño de la mitad de Roscullen. La casa de Doolan está comprometida, y los cerveceros están en el sindicato. En cuanto á la granja de Haffigan, y el molino de Doran, y la finca de mister Doyle, y las de otros varios, me las habrán ofrecido con pacto de retroventa antes de que transcurra un mes.

Keegan Pero dispénseme, no prestará usted más sobre ellas de lo que valen, así sus dueños le pagarán los intereses, y punto concluído.

Broad. ¡Ah! mister Keegan, usted es un poeta, no un hombre de negocios.

Larry Prestaremos á todos una mitad más de lo que valen ó de lo que creen ellos que valen esas fincas.

Broad. Olvida usted, caballero, que nosotros, con nuestro capital, nuestros conocimientos, nuestra organización, y digámoslo, nuestro hábito de los negocios propios de ingleses, podemos sacar de las tierras diez libras, allí donde Haffigan, con toda su industria, no puede sacar ni diez chelines. El molino de Doran es una antigualla mandada retirar; utilizaré la fuerza hidráulica para alumbrado eléctrico.

Larry ¿De qué sirve dar terrenos á semejantes hombres? Son demasiado pequeños, demado pobres, demasiado ignorantes, demasiado simples para conservarlos entre nosotros; es como dar un ducado á un barrendero.

Broad. Sí, mister Keegan, este país tendrá un porvenir industrial ó un porvenir como sitio de veraneo, no lo sé todavía; pero, de todos modos, su porvenir no está en la mano de pobres diablos como los Doran y los Haffigan.

Keegan Tal vez no tenga porvenir alguno. ¿No ha pensado usted en esta eventualidad?

Broad. ¡Oh! no temo eso. Tengo fe en Irlanda, mucha fe, mister Keegan.

Keegan Y nosotros no la tenemos; solo vemos entusiasmos y patriotismos, y recuerdos y sentimientos más vanos aún. ¡Ah! sí, se comprende que crea usted que si algún porvenir tiene, de vosotros, los ingleses, depende, porque nuestra fe parece muerta y nuestros corazones están fríos y desanimados. Una isla de soñadores que despertaron en vuestras cárceles, de críticos y cobardes, á los que compráis y domináis para vuestro servicio de granujas orgullosos que os ayudan en despojarnos para poderos despojar después á vosotros.

Broad. (Un poco impaciente por esa salida nada comercial.) Sí, sí, pero mire usted, esto se podría decir de cualquier país. El caso es que solo hay dos cualidades en el mundo: capacidad é incapacidad, y solo dos clases de personas:

capaces é incapaces, sean ingleses ó irlandeses, no importa. Yo aprovecharé este país, no porque yo sea inglés y Haffigan y compañía sean irlandeses, sino porque ellos son unos tontos y yo sé por dónde ando.

Keegan ¿Ha pensado usted en lo que va á ser de Haffigan?

Larry Ya le daremos algún destino y le pagaremos más probablemente de lo que saca ahora.

Broad. (Dubitativo.) ¿Cree usted así? No, no, Haffigan es demasiado viejo. No tiene cuenta emplear hombres que hayan pasado de los cuarenta, ni aun para peones de mano, que es lo único para lo que valdría Haffigan. No, Haffigan lo mejor que puede hacer es ir á América ó á Inglaterra. Pobre viejo, está muy acabado, no hay más que verlo.

Keegan ¡Pobre alma perdida, tan listamente amarrada con cadenas invisibles!

Larry Haffigan no importa mucho. Pronto se morirá.

Broad. (Herido en sus sentimientos.) Vamos, Larry, no sea usted insensible. Es triste lo que le pasa á Haffigan. En general, es triste, siempre lo que pasa á los incapaces.

Larry ¡Bah! ¿Qué importa dónde un viejo caduco pasa sus últimos días, ó que tenga un millón en el Banco ó solo el rancho del Hospicio? Los que importan son los jóvenes, los hombres capaces. La tragedia real de Haffigan es su juventud malgastada, su mente embrutecida, su destripar terrones y criar cerdos, hasta él mismo hacerse un terrón y un cerdo... hasta que el alma dentro de él se ha consumido y solo se manifiesta ya por un mal humor que le hiere á él y á los que le rodean. Yo digo que se muera y que no volvamos á tener otros que se le parezcan. Y que la joven Irlanda procure no compartir su suerte, en vez de entregarse á vanas recriminaciones. Venga su sindicato y...

Broad. También su Sindicato de usted, amigo, que usted tiene su parte en el negocio.

Larry Mi Sindicato, como usted quiera. Pues bien, nuestro sindicato no tiene consideración á

nadie; lo mismo le importan vuestros Haffigans, y Doolans y Dorans, que un hato de *culis* chinos. Aprovechará, eso sí, vuestros arrebatos y pamplinas patrioteras para lograr puestos en el Parlamento, con el mismo cinismo del que mete queso tostado en una trampa para coger ratones. Proyectará, y organizará, y encontrará capital mientras vosotros breguéis como bestias y malgastéis vuestro pobre dinero en subvencionar periódicos y políticos para que se escriban artículos y se pronuncien discursos contra su maldad y su tiranía, y para ensalzar vuestro heroismo irlandés, lo mismo que cuando Haffigan se gastó dinero para que embrujaran la vaca de Billy Byrne. Finalmente, os hará desechar la locura y os impondrá el sentido común y la formalidad.

Broad. (Perdiendo la paciencia.) Pero, ¿por qué no puede usted decir sencillamente una cosa sencilla, Larry, sin todo ese fárrago inútil de palabras? El sindicato es una corporación perfectamente respetable de hombres sensatos y de buena posición. Cogeremos á Irlanda por nuestra cuenta y con el hábito de los negocios le enseñaremos á ser productora y gobernarse por sí misma sobre la base de los sanos principios liberales. ¿Está usted conforme conmigo, mister Keegan?

Keegan Ya lo creo. Y hasta votaré por usted.

Broad. (Sinceramente conmovido y apretándole la mano.) No tendrá usted nunca que sentirlo, mister Keegan, le doy á usted mi palabra. Yo tendré aquí dinero, aumentaré los salarios, fundaré instituciones públicas, una biblioteca, una escuela politécnica (independiente de los poderes oficiales, claro está), un gimnasio, un club de cricket, tal vez una escuela de Bellas Artes. Transformaré á Roscullen en una población de jardines y la Torre Redonda será completamente compuesta y restaurada.

Keegan Y nuestro sitio de tormento estará tan limpio y bien ordenado como el más limpio y mejor ordenado que conozco en Irlanda, conocido bajo la poética denominación

de Cárcel de Mountjoy (Monté Gozo). Pero de todos modos, prefiero votar por un demonio activo y capaz que conoce su mentalidad y sus negocios, que no por un patriotero tonto que no tiene ni mentalidad ni negocios.

Broad. (Protestando.) La palabra «demonio» me parece un poco fuerte, mister Keegan.

Keegan No en labios de un hombre que sabe que este mundo es el infierno. Pero si la palabra le ofende, la suavizaré y sólo le compararé a usted con un burro.

(Larry palidece de enfado.)

Broad. (Poniéndose colorado.) ¡Con un burro!

Keegan (Con suavidad) No lo tome á ofensa á un loco que llama hermano al burro y le considera como á hermano muy honrado, útil y digno de confianza. El burro, caballero, es el animal de más rendimientos que hay; práctico; sufrido, cariñoso si se le trata como á un semejante; testarudo si se abusa de él; ridículo sólo en el amor, que le hace rebuznar, y en la política, que le impulsa á revolcarse en la calle y á levantar un polvo del que nadie ha menester. ¿Puede usted negar en sí mismo estas cualidades y costumbres, caballero?

Broad. (Puesto de buen humor.) Pues debo reconocer que tiene usted razón, después de todo.

Keegan Entonces tal vez confiese usted que el burro tiene un defecto.

Broad. Bien, ¿cuál es?

Keegan El que emplea todas sus virtudes—su capacidad, como usted lo llama—en hacer la voluntad de sus amos avariciosos en vez de hacer la voluntad del cielo, que está en él mismo. Es eficaz en el servicio de Mammon, el dios del dinero, poderoso en causar daño, listo en la ruina, heróico en la destrucción. Pero viene aquí á pacer sin saber que el suelo que sus cascos pisan es terreno sagrado. Irlanda, caballero, para bien ó para mal, no se parece á ningún otro país bajo el sol, y ningún hombre puede hollar su suelo ni respirar su aire sin hacerse mejor ni peor de lo que era antes. Produce dos clases de

personas con rara perfécción: santos y traidores. Se la llama isla de santos, pero tal vez de algunos años acá mejor le cuadrara el nombre de isla de traidores, porque nuestra cosecha en este concepto es la flor fina del mundo de la infamia. Pero tal vez llegue el día en que estas islas vivan más por las cualidades de sus pobladores que por la abundancia de sus minerales, y entonces veremos.

Larry Mister Keegan, si empieza usted á ponerse sentimental hablando de Irlanda, le doy las buenas noches. Estamos ya hartos de oir cosas por el estilo y de gente que sutilmente quiere demostrar que todo el que no sea irlandés es un burro. Eso es una majadería y además una grosería. Ello no será obstáculo para el Sindicato, y no interesará tanto á la joven Irlanda como el evangelio del trabajo predicado por mi amigo.

Broad. ¡Ah! sí, sí, el trabajo inteligente es lo que hay que ensalzar. No me ofende en nada su broma, mister Keegan, pero Larry tiene razón en una cosa que dice. El mundo pertenece al trabajo inteligente, á la actividad unida á la capacidad.

Keegan (Con cortés ironía.) He merecido la reprensión, caballeros. Pero créanme ustedes, hago completamente justicia á la capacidad de ustedes y su Sindicato. Según me dijeron, son ustedes dos ingenieros muy inteligentes, y no dudo que la explanada del golfo será un triunfo de su arte. Mister Broadbent logró muy eficazmente su elección, lo que es más de lo que podría obtener el mismo San Patricio si viviese aún. También construirán ustedes muy eficazmente el hotel si para ello encuentran suficiente número de albañiles, carpinteros y plomeros capaces, lo que dudo algo. (Cesando en su ironía y adoptando el tono de un sacerdote que levanta la voz contra el pecado.) Cuando la empresa del hotel haya quebrado (Broadbent se quita el cigarro de la boca, un poco sobrecogido.) la gran costumbre que tienen de los negocios, como ingleses, asegurará el éxito de la liquidación. Ustedes reor-

ganizarán eficazmente todo el plan, liquidarán también eficazmente la segunda quiebra, (Broadbent y Larry se lanzan mutuamente una rápida mirada, porque esto, á menos que el sacerdote sea un antiguo hombre de negocios, debe ser una inspiración.) se desharán eficazmente de los antiguos accionistas después de haberles eficazmente arruinado, y finalmente harán ustedes una bonita ganancia quedándose con el hotel á razón de pocos chelines por libra. (Más y más severo.) Fuera de todas esas operaciones eficaces, harán ustedes efectivas sus hipotecas muy eficazmente, (Su dedo amonestador se alza á pesar suyo.) harán muy eficazmente que Haffigan tenga que irse á América, encontrarán ustedes medio de aprovechar el viejo molino de Barney Doran y de acallarle dándole un empleo de capataz con látigo para dirigir á sus obreros muy eficazmente, y (Con voz baja y amargura.) y cuando este pobre país abandonado se haya convertido en región industrial donde todos trabajaremos como esclavos para hacer dinero para ustedes, con nuestra escuela politécnica para enseñarnos cómo se hace eficazmente, y nuestra biblioteca para embriagar las pocas imaginaciones que sus destilerías hayan dejado subsistir, y nuestra Torre Redonda reparada con sus buenas entradas de á seis peniques, sus refrescos y sus automáticos sacadineros para hacerla más interesante, entonces, sin duda alguna, sus accionistas ingleses y americanos gastarán el dinero que hagamos para ellos muy eficazmente en tiradas y cacerías, en operaciones del cáncer y la apendicitis, en banqueteos y el juego, y ustedes reservarán lo que dejen en más planes de desarrollar países. De cuatro siglos acá el mundo está soñando con esta tontería de la eficacia, y el fin no ha llegado todavía, pero llegará.

Broad. (Serio.) Mucha verdad, mister Keegan, mucha y muy bien dicho. Me recuerda al pobre Ruskin—un gran hombre, sabe usted.—Simpatizo con sus ideas. Créame que estoy de su lado. No se sonría usted, Larry; hace

años solía yo leer mucho Shelley. No nos burlemos de los ensueños de nuestra juventud. (Lanza una bocanada de humo á larga distancia, subiendo por la colina.)

Keegan Vamos, Mister Doyle, dígame, ¿es tan eficaz ese sentimiento inglés como nuestro sentimiento irlandés? mister Broadbent gasta su vida ineficazmente con admirar los pensamientos de los grandes hombres y con servir eficazmente la avaricia de los cazadores de dinero. Nosotros pasamos el tiempo eficazmente con sonrisas burlonas para él y con hacer nada. ¿Quienes de nosotros tienen el derecho de reprochar algo á los otros?

Broad. (Bajando otra vez la colina hacia la derecha de Keegan.) Pero hay que hacer algo, ¿sabe usted?

Keegan Sí, cuando cesamos de hacer cesamos de vivir. Pues bien, ¿qué debemos hacer?

Broad. Lo que está en nuestra mano, claro está.

Keegan O sea construir hoteles y juegos para atraer á desocupados á un país abandonado por millones de trabajadores porque el pais es hambriento, árido, un pais ignorante y oprimido.

Broad. Pero, demonio, los desocupados traerán dinero de Inglaterra á Irlanda.

Keegan El mismo que nuestros desocupados durante tantas generaciones han llevado de Irlanda á Inglaterra. ¿Háse por eso salvado Inglaterra de la pobreza y degradación más horrible que jamás se ha soñado? Cuando fuí á Ingláterra, caballero, odiaba á Inglaterra. Ahora me inspira compasión. (Broadbent apenas puede concebir á un irlandés compadeciendo á Inglaterra, pero al ver que Larry interviene con enfado, renuncia á discutir y vuelve colina arriba con el cigarro en la boca.)

Larry ¡Mucho le importa á Inglaterra su compasión!

Keegan En las cuentas que se harán en el cielo, mister Doyle, un corazón puro sin odio valdrá más aún que un sindicato para desarrollo de las regiones de irlandeses inglesizados... y de ingleses gladstonizados.

Larry ¡Oh! en el cielo sin duda. Nunca he estado allí. ¿Me puede usted decir dónde está?

Keegan Podría usted haberme preguntado esta mañana dónde está el infierno. Ahora no, porque sabe usted que está quí. No desespere de encontrar el cielo, que tal vez no esté muy lejos tampoco.

Larry (Irónico.) En este suelo sagrado, como usted le llama ¿eh?

Keegan (Con fiera intensidad.) Sí, tal vez, aun en este suelo sagrado que tales irlandeses como usted han convertido en un país de derisión.

Broad. (Interponiéndose.) Vamos, no vayan ustedes á reñir ahora. ¡Oh! lo que sois los irlandeses. ¡Qué genio endiablado! (Larry, encogiéndose de hombros de un modo medio cómico, medio impaciente. se vuelve para subir la colina pero luego baja para colocarse á la derecha de Keegan. Broadbent dice en tono confidencial á Keegan.) Sea usted de parte del inglés, mister Keegan, ¡aquí tiene mala fama! pero á lo menos puede perdonarle el ser irlandés.

Keegan Caballero, si me habla de ingleses é irlandeses, olvida usted que soy católico. Mi país no es ni Irlanda ni Inglaterra; sino todo el poderoso reino de mi Iglesia. Para mí, no hay más que dos países: el cielo y el infierno; dos condiciones de las personas: la salvación y la condenación. Estando aquí entre los dos, el inglés tan listo en su tontería y el irlandés tan tonto en su listeza, no puedo en mi ignorancia saber cuál de ambos es el más condenado, pero obraría contra mi conciencia si abriese menos anchamente las puertas de mi corazón más al uno que al otro.

Larry En ambos casos, mister Keegan, sería una impertinencia, puesto que su aprobación no nos importa un bledo. Qué, ¿cree usted que todas sus sandeces pueden influir en dos hombres que tienen entre manos un negocio práctico serio?

Broad. No estoy conforme con eso. Larry, Creo al contrario que esas cosas que dijo mister Keegan, están muy en su lugar y entrañan la pauta moral de la sociedad. Como usted sabe, reclamo el derecho de pensar por mí mismo en asuntos religiosos; pues bien, es-

toy por confesarme un poco... un poco, ¿cómo diré? pues bien, un poco unitario. Pero si la Iglesia anglicana tuviese unos pocos hombres como mister Keegan, le aseguro que ingresaría yo en ella.

Keegan Me hace usted mucho honor, caballero. (Con humildad sacerdotal á Larry.) Mister Doyle, merezco censura por haberle irritado á usted intencionadamente contra mí. Le pido perdón.

Larry (No impresionado y hostil.) No hago ceremonias con usted, por lo tanto no las haga conmigo. Maneras finas y palabras finas son baratas en Irlanda; puede usted reservar ambas para mi amigo aquí, á quien todavía le hacen efecto. Yo sé lo que valen.

Keegan Querrá usted decir que no sabe lo que valen.

Larry (Enfadado.) Quiero decir lo que digo.

Keegan (Volviéndose tranquilamente hacia el inglés.) ¿Lo ve usted, mister Broadbent? solo endurezco los corazones de mis paisanos cuando les predico; las puertas del infierno todavía prevalecen contra mí. Les digo, pues, buenas noches. Estoy mejor solo en la Torre Redonda, soñando con el cielo. (Sube por la colina.)

Larry Ya lo tenemos; lo de siempre; soñando, soñando, soñando, soñando.

Keegan (Parándose y dirigiéndose á ellos por última vez.) Todo ensueño es una profecía, toda broma es una cosa seria en la matriz del tiempo.

Broad. (Pensativo.) Tiempos atras, cuando era niño, soñé que estaba en el cielo. (Los dos le miran con extrañeza.) Era como un sitio de raso azul pálido con una asamblea de viejas beatas que parecían orar, y había alguna persona espantable en el despacho al otro lado de la galería. A mí me gustó muy poco. ¿Cómo es en los ensueños de usted?

Keegan En mis ensueños es un país donde el Estado es la Iglesia, y la Iglesia es el pueblo: tres en uno, y uno en tres. Es una sociedad en la que el trabajo es juego, y el juego es vida: tres en uno y uno en tres. Es un templo en el que el sacerdote es el adorador, y el adorador es el adorado, tres en uno y uno en tres. Es una divinidad en la que toda

vida es humana, y toda humanidad divina: tres en uno, y uno en eres. Es, en una palabra, el ensueño de un loco. (Se aleja por la colina arriba.)

Broad. (Siguiéndole cariñosamente con la mirada.) No se puede negar que es un verdadero partidario de la antigua Iglesia, y un tory de Estado. Es un carácter, será una atracción para la población. Realmente casi igual á Ruskin y á Carlyle.

Larry Sí, y ¿qué bien ha conseguido con todos sus discursos?

Broad. ¡Oh!, calle usted, Larry. Ha mejorado mi espíritu, ha levantado enormemente mi nivel moral. Me siento sinceramente obligado á Keegan. Me ha transformado en un hombre mejor, distintamente mejor. (Con elevación sincera.) Ahora estoy convencido como nunca antes de que tengo razón en dedicar mi vida á la causa de Irlanda. Venga usted conmigo y ayúdeme en escoger el emplazamiento del hotel.

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas